Biblioteca de Patrística

TERTULIANO

a los mártires
el escorpión
la huida en la persecución

Ciudad Nueva

Tertuliano
A LOS MÁRTIRES
EL ESCORPIÓN
LA HUIDA EN LA PERSECUCIÓN

Tertuliano nació hacia el 155-160 en una familia pagana, en Cartago. Su infancia y adolescencia transcurrieron en África, donde recibió una formación clásica. Pronto marchó a Roma para completar sus estudios. Durante estos años comparte los sentimientos paganos de aversión hacia los cristianos. Su formación no le predisponía al cristianismo. Su conducta contrastaba con la moral cristiana, pero por otra parte, su espíritu austero e irónico le mostraba los aspectos ridículos e inmorales del paganismo. Tras su bautismo, hacia el año 195, puso a disposición de la fe su ciencia y dialéctica. Sin embargo, su espíritu rigorista empezó a contrastar con la actitud y con las disposiciones que las autoridades de la Iglesia tomaban. Al conocer la doctrina montanista, sintió gran afinidad con su rigorismo moral. Durante ocho o nueve años se mantuvo en una postura intermedia, pero en el 213 la ruptura con la Iglesia es ya total. Se supone que su muerte ocurrió al comienzo de la década 230-240.

El tema de la persecución está presente en la mayoría de sus obras. En este volumen se ofrecen tres escritos de su pensamiento sobre la actitud cristiana ante la persecución, la confesión de la fe y el martirio. Así, por ejemplo, la exhortación *A los mártires*, del año 197, es un escrito de ánimo, para dar consejos y proponer consideraciones a quienes están a la espera del martirio. En *El Escorpión*, compara la doctrina de los gnósticos sobre la confesión de la fe con el veneno de un escorpión, que paraliza y mata el alma de los cristianos. El libro pretende ser el antídoto contra tales doctrinas. Por último, *La huida en la persecución* es un tratado netamente montanista, donde se opone a la doctrina común y afirma que huir en caso de persecución es contrario a la voluntad de Dios.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

61

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Tertuliano

A LOS MÁRTIRES
EL ESCORPIÓN
LA HUIDA EN LA PERSECUCIÓN

Introducción, traducción y notas de
Constantino Ánchel Balaguer
José Manuel Serrano Galván (†)

UNIVERSIDAD COMILLAS
RESIDENCIA DE PROFESORES
MADRID

Ciudad Nueva
Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

© 2004, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 84-9715-057-0
Depósito Legal: M-15.236-2004

Impreso en España - Printed in Spain

Preimpresión: MCF Textos. Madrid
Imprime: Artes Gráficas Cuesta. Madrid

PRESENTACIÓN

La traducción castellana de los breves tratados tertulianeos que integran el actual volumen de la colección *Biblioteca de Patrística* necesitan una breve presentación ante nuestros lectores.

El joven sacerdote José Manuel Serrano, Licenciado en Clásicas por la Universidad de Murcia, nos había presentado hace dos años su trabajo final de Licenciatura en Teología, dirigido por el Prof. J. Pascual Torró en la Facultad de Teología de San Vicente Ferrer (Valencia), con el objeto de ofrecerlo como una posible publicación en esta Colección. Nuestra antigua convivencia y amistad hizo posible el encuentro.

Para la Licenciatura en Teología había traducido *La huida en la persecución* y se proponía traducir y estudiar para el Doctorado otro tratado de Tertuliano, *Ad Scapulam*, que también versa sobre la situación y conducta de los cristianos en tiempos de persecución. Ante la brevedad del tratado traducido, propusimos al Lic. Serrano la posibilidad de añadir la traducción castellana de alguna obra más del mismo autor patrístico que tuviera cierta relación con las que ya estaban trabajadas. En concreto, vimos la conveniencia de incluir otras dos obras que habían sido tema de la tesis de Doctorado del Dr. Ánchel Balaguer en la Facultad de Teología de Navarra en el año 1979: *El escorpión* y *A los mártires*. El Lic. Serrano hizo suya la propuesta, se puso en contacto con el Dr. Ánchel para llevar a cabo el

trabajo, preparó un esquema amplio para la introducción de estas obras, y realizó una primera revisión de las obras traducidas. Pero la Providencia divina disponía otras metas más altas para el joven sacerdote, y un accidente de tráfico, después de celebrar la Eucaristía el pasado día de Pascua de Resurrección, impidió que terminara la tarea que nosotros le habíamos propuesto.

Siguiendo los deseos que nos había expresado D. José Manuel, contactamos con el investigador Dr. Ánchel Balaguer para que perfilara el trabajo inacabado y diera una última revisión a la introducción y las traducciones. El Lic. Serrano apenas esbozó la traducción del tratado *Ad Scapulam* y, por lo tanto, no se incluye en este volumen. Así pues, el Dr. Ánchel ha sido el encargado de la traducción de los dos primeros tratados tertulianeos del presente volumen, sobre la base de la revisión y sugerencias del Lic. Serrano, y el responsable último de la presente edición.

Finalmente, quisiéramos dejar constancia del impulso de D. Francisco Ortiz Castillo, mecenas de la edición, para que este volumen sirva como ofrenda de agradecimiento a D. José Manuel de todos sus paisanos de El Palmar (Murcia).

El Director

INTRODUCCIÓN

I. TERTULIANO

Al acercarse a la figura de Tertuliano, el historiador es consciente enseguida de estar ante un personaje que no tiene un perfil claro y lineal. Antes bien, percibe múltiples facetas propias de una personalidad compleja y difícil de encorsetar. Sin embargo, se hace preciso acercarse a su vida para conocerla lo mejor posible y, a través de los múltiples avatares de su existencia, comprender su pensamiento y las razones que dan una cierta razón de su evolución.

Pagano de nacimiento y educación, cristiano por conversión, observa cómo en Roma y en su patria, Cartago, se propaga con fuerza el nuevo fenómeno del cristianismo. Su espíritu, inquieto y exaltado, no podía quedarse mudo o imparcial ante los hechos, menos aún cuando el nuevo «camino», que muchos llamaban «secta», no sólo se extendía, sino que era perseguido por las autoridades imperiales y mal visto por el pueblo. El hecho es que primero tomó partido por los perseguidores, y después por los perseguidos.

Tertuliano, en su proceder, coloca al servicio de la causa a la que se adhiere todo su talento, su fuerza, su carácter, y por ello, cuando se convierte, sale en defensa del cristianismo con sus escritos. Combina en su obra el apasionamiento con la fuerza de la elocuencia, la ciencia jurídica con la lógica de los hechos, el ataque con la defensa.

En sus obras aparecen emperadores, procónsules, el pueblo pagano; la Iglesia, obispos, sacerdotes, diáconos, laicos, hombres, mujeres y niños, los confesores, los mártires, los herejes. Describe hechos, juzga situaciones y actitudes, condena unos modos de comportarse, al tiempo que ensalza y alaba otros.

Tertuliano nos habla de los perseguidores y de los cristianos. Pero ¿qué nos dicen de Tertuliano los paganos y los fieles? ¿Quién era Tertuliano? ¿Cuál era su manera de ser? Está fuera del objetivo de esta introducción realizar una biografía científica de nuestro autor: hoy son muchas las cuestiones que se ponen en tela de juicio acerca de él. Por ello conviene limitarse a trazar un esbozo biográfico «tradicional», esto es, sobre la base de lo que tradicionalmente se ha dicho y escrito sobre Tertuliano.

Hoy por hoy, el mejor modo de conocer a Tertuliano es la lectura de sus obras: en sus escritos refiere hechos de su vida y confiesa algunos defectos de su carácter. Pero sobre todo, sus obras manifiestan la fuerte personalidad que les da vida.

No existen fuentes paganas sobre Tertuliano, sobre su persona, sobre su vida. Pero sí hay documentos, inscripciones y relaciones que hablan de los personajes nombrados en sus escritos. Y sobre todo hay fuentes que nos cuentan hechos narrados también por Tertuliano. El contraste entre las dos narraciones y la distinta valoración que en cada documento se dé acerca de los acontecimientos ayudan a definir con otra luz la personalidad del autor.

Entre los cristianos se encuentran fuentes que hablan sobre su vida y sobre su persona, pero son muy tardías y es poco lo que dicen. Sin embargo, también en los escritos cristianos se encuentran narraciones de hechos que aparecen en las obras de Tertuliano; se conoce la vida de la Iglesia; se sabe cuáles eran las disposiciones disciplinares y morales existentes y qué actitud y conducta recomendaba la

Iglesia a los fieles en las distintas circunstancias, especialmente en los momentos de persecución.

Las fuentes cristianas aportan el contexto en el que vivió y escribió Tertuliano y permiten conocer qué cosas son propias y qué otras son patrimonio común de los fieles de finales del siglo II y principios del siglo III, y ayudan a delimitar el alcance de las afirmaciones que hace en sus obras.

Con toda esta información podemos acercarnos a la vida y la personalidad del escritor que asumió la defensa de los cristianos frente a las fuerzas que los perseguían.

Quintus Septimius Florens Tertullianus nació hacia el 155-160 en el seno de una familia pagana, en Cartago. Según refiere san Jerónimo en *De viris illustribus* 53, su padre era oficial del ejército proconsular. Pasó los años de su infancia y parte de su adolescencia en África. En Cartago acudió al gramático y empezó a recibir una formación clásica. La influencia de su paisano Apuleyo estaba muy presente en el ambiente cultural de la capital púnica, y la habilidad retórica era muy estimada.

Siendo todavía adolescente falleció su padre. Pronto marchó a Roma para completar su formación. Llegó a poseer toda la erudición de la época: filosofía, derecho, historia, literatura, ciencias naturales, medicina e incluso algo de ocultismo. Aprendió las artes de la retórica y la dialéctica y dominó perfectamente el griego y el latín, hasta el punto de escribir con facilidad en las dos lenguas.

Durante esta parte de su vida Tertuliano «comparte los sentimientos de burla y aversión hacia los cristianos que primaban en el ambiente pagano en el que se desenvolvía»[1].

Sin embargo, su espíritu inquieto y deseoso de la verdad no pudo quedarse impasible durante mucho tiempo, aceptando sin más la religión de sus mayores: la idolatría

1. Cf. G. CALLONI, *Tertulliano, vita, opera, pensiero*, Modena 1957, p. 9.

no resistía la crítica de su poderosa inteligencia y no llenaba las ansias de su corazón. Por eso estudió e intentó vivir las doctrinas filosóficas y religiosas que pululaban en aquel entonces por el Imperio. Buscaba en ellas la verdad que le satisficiese plenamente[2]. A pesar de estas aspiraciones, su conducta moral dejaba mucho que desear: durante los años de su juventud se dejó arrastrar por el ímpetu de las pasiones[3].

La formación que recibió en el seno de su familia no le predisponía al cristianismo. Tampoco la educación que se impartía en las escuelas y en las cátedras, pues estaba estrechamente vinculada con la religión oficial pagana. Su conducta agitada y desordenada contrastaba con las exigencias de la moral cristiana.

Nada, aparentemente, le conducía hacia el cristianismo. Pero su espíritu austero y, a la vez, irónico, le llevaría a descubrir los aspectos ridículos e inmorales del paganismo, las incoherencias de los sistemas filosóficos, la falsedad de las corrientes mistéricas y ocultistas. Nada de esto colmaba ni satisfacía sus deseos espirituales y religiosos. La situación anímica en que se encontraba le incitaba a la búsqueda, y no hay que descartar que su curiosidad le pusiera en contacto con la Biblia.

A pesar de la lectura de la Sagrada Escritura y de tener ante sus ojos la vida de los cristianos, no conocemos exactamente los motivos de su conversión, aunque podamos adivinarlos de sus escritos[4].

La lectura de la Biblia debió de causarle gran impacto: por las diferencias que tenía con los demás libros paganos y por su elevada doctrina. El espectáculo de los mártires

2. Cf. *ibid.*, p. 10.

3. Cf. TERTULIANO, *De resurrectione carnis*, LIX, 3.

4. Por ejemplo, TERTULIANO, *Ad Scapulam*, V, 4.

cristianos, que pagaban con la vida la confesión de su fe, acabó de decidirlo a abrazar el cristianismo[5].

El bautismo de Tertuliano tuvo lugar en Cartago hacia el año 195. Su conversión debió de ser un pequeño acontecimiento en la comunidad cristiana de la capital del África Proconsular. Enseguida puso a disposición de la fe toda su ciencia y sus conocimientos, su habilidad dialéctica, incluso su fogosidad.

Es posible que pocos años después de haber sido bautizado recibiese Tertuliano el sacramento del Orden. Hasta hace poco era admitido por todos que Tertuliano había sido sacerdote católico. Esto se fundaba en el testimonio de san Jerónimo, que decía que fue presbítero de la Iglesia católica *usque ad mediam aetatem*[6]. Algunas de sus obras, como el *De baptismo*, *De oratione*, *De paenitentia*, inducen a pensar que Tertuliano fue sacerdote: sería difícil explicar, de no haberlo sido, el marcado tono homilético que tienen.

En tiempos recientes se ha puesto en duda que Tertuliano fuese sacerdote. Para sostener esta tesis distintos autores se apoyan en algunas afirmaciones que, acerca de su persona, aparecen en sus escritos, y en el hecho de que ninguno de los escritores contemporáneos de Tertuliano lo mencione. La razón que abona su condición sacerdotal –el tono homilético de alguna de sus obras– la explican diciendo que tuvo funciones de catequista.

Labriolle[7] demuestra que las referencias que Tertuliano hace de sí mismo no prueban que fuese o no sacerdote. En

5. Cf. TERTULIANO, *Apologeticum*, XVIII, 9; L, 13.15.

6. JERÓNIMO, *De viris illustribus*, 53: «Tertuliano fue presbítero [...] de la Provincia de África, de la ciudad de Cartago [...]. Permaneció como presbítero de la Iglesia hasta la mitad de su vida. Después, por envidia y disensiones con los clérigos de la Iglesia romana, incurrió en la herejía de Montano».

7. Cf. P. DE LABRIOLLE, «Tertullien était-il prêtre?», en *Bulletin d'Ancienne Littérature et d'Archéologie Chrétiennes*, 3 (1913), 161-167.

cuanto al hecho de que los escritores contemporáneos no nos hablen de Tertuliano como sacerdote, lo explica del siguiente modo: después de su paso a la herejía lo más razonable por parte de los escritores eclesiásticos de entonces hubiera sido disminuir la importancia que Tertuliano había tenido en la Iglesia. Si no hubiese sido sacerdote, lo hubiesen dejado bien claro. Es más, podrían haber explicado su defección diciendo que el orgullo le hizo pensar que no se le valoraba como era debido y le hizo ver defectos e imperfecciones en la Iglesia. Poco a poco se fue distanciando de ella, hasta que se separó definitivamente.

Pero –continúa Labriolle– este género de consideraciones no aparece en ninguna parte. Esto es una prueba de que Tertuliano fue sacerdote: ya que no podían negarlo, sus contemporáneos optaron por no mencionarlo.

Aun siendo brillante el razonamiento expuesto arriba, no es, sin embargo, concluyente, pues no se apoya en ningún dato positivo, aparte del testimonio de san Jerónimo y del silencio de los escritores contemporáneos a Tertuliano; y el silencio no prueba ni a favor ni en contra.

En el proceso de conversión de Tertuliano se vislumbra una característica que explica en parte su alejamiento de la Iglesia católica. Tertuliano, movido por sus inquietudes espirituales e inclinado por su temperamento al rigorismo, va probando religiones y sistemas filosóficos y los va dejando porque ninguno aplaca sus ansias de verdad ni su afán de mejoramiento.

Es Tertuliano el que decide si una religión debe ser aceptada o no. Y esta decisión está inspirada en la medida en que se adecua o no a lo que su alma le exigía. Con esta disposición, válida cuando se trata de religiones meramente humanas, acudió al cristianismo: si el cristianismo le satisfacía, lo debía aceptar; y si no le llenaba, debía rechazarlo.

El contacto con el cristianismo le hizo ver que era la religión que buscaba, pero también debió darse cuenta de que

la fe cristiana exigía un cambio radical, una entrega de todo el ser y la disposición de cambiar cuando la conducta no estaba de acuerdo con lo que la fe exigía. Tertuliano cambió, pero, al parecer, no del todo. Pasados los primeros años, su espíritu rigorista e inquieto empezó a contrastar con la actitud y con las disposiciones que las autoridades de la Iglesia tomaban. Le parecía que se atenuaban las exigencias del cristianismo. Sin embargo, ni por la Escritura ni por la Tradición podía atacar la postura de las autoridades de la Iglesia ni defender la suya.

Si en ese momento surgía una doctrina que, con un mínimo de fundamento, le permitiese desarrollar su postura, la seguiría. Esa doctrina había aparecido ya en África, procedente de la región de Frigia, en Asia. Era el montanismo. Los catafrigios, con su rigorismo moral, tenían gran afinidad con Tertuliano y basaban las innovaciones en supuestas nuevas luces del Espíritu Santo. Estas inspiraciones serán las que le permitirán sostener a Tertuliano una postura rigorista e intransigente que no podía fundamentar ni en las Escrituras ni en la Tradición.

El paso a la herejía no fue brusco. Primero fueron simpatías hacia la nueva doctrina. Después, fue encontrando más y más defectos en la Iglesia católica y en su doctrina. En esta postura intermedia se mantuvo durante ocho o nueve años (203-212). En el 213 la ruptura con la Iglesia es ya total.

Pero Tertuliano no permaneció mucho tiempo dentro del montanismo. La herejía catafrigia satisfacía su rigorismo, pero las características orientales que llevaba consigo contrastaban con su mentalidad de hombre romano. Además, su espíritu independiente se encontraba encorsetado dentro de la rigidez de la nueva secta. Si no pudo soportar la disciplina de la Iglesia católica, tampoco iba a tener mejor suerte con la disciplina montanista.

Pronto empezó a escoger algunas cosas del montanismo y a dejar otras. El criterio de elección no era otro que el de

su manera de ser y pensar. Poco a poco dejó de ser montanista para pertenecer a una nueva secta en la que permaneció hasta la muerte: la secta tertulianista. No hay noticias de que regresase al seno de la Iglesia católica.

La fecha y circunstancias de su muerte nos son poco conocidas. San Jerónimo afirma que murió a una edad avanzada, y que hasta poco antes de su muerte siguió enseñando y escribiendo. Se supone que su muerte debió de ocurrir al comienzo de la década 230-240, pues ya en tiempos de san Cipriano era un personaje que pertenecía al pasado.

El profesor Drobner menciona tres grandes aspectos interesantes y paradójicos de la figura de Tertuliano, aparte de su teología[8]:

– Su actitud ante el Imperio y la *romanitas* no acaba de estar clara para los autores, pues aunque para unos es el prototipo de contestatario a las instituciones y vida de la sociedad del Imperio, para otros es pionero de la armonía entre cristianismo y *civitas romana*. En el fondo está la peculiar idiosincrasia del Norte de África, de origen púnico, antirromana, y por otro lado el cristianismo, que, según la tradición (otras tradiciones dicen lo contrario) llegó a África por vía de Roma.

– Rechazo verbal de la filosofía, pero uso de ella en la práctica.

– Tertuliano como creador del latín cristiano en cuanto lengua para la expresión de las nociones teológicas, al tiempo que, en contraste con esta innovación, introduce desde el principio las antiguas formas literarias y su retórica.

La *damnatio memoriae* sufrida por nuestro autor tras su paso al montanismo no supuso, a la postre, su rechazo, sino que la mayor parte de sus obras se ha conservado, se leía

8. Cf. H. R. Drobner, *Manual de Patrología*, Herder, Barcelona 1999, p. 174.

en la Edad Media e incluso, según cuenta san Jerónimo en su *De viris illustribus* 53, san Cipriano leía diariamente a Tertuliano y, cuando quería hacerlo, se limitaba a decirle a su *notarius*: «¡Tráeme al Maestro!».

Las obras tertulianeas se hallan críticamente editadas en los dos primeros volúmenes del *Corpus Christianorum, Series Latina* de la editorial Brepols (Bélgica). Braun ha demostrado que la *Pasión de Felicidad y Perpetua,* tradicionalmente atribuida a Tertuliano, no fue escrita por él[9]. La edición de A. Reifferscheid, G. Wissowa y E. Dekkers en el *Corpus Christianorum* es la que se ha tenido en cuenta para traducir las obras tertulianeas que este volumen ofrece al lector de lengua castellana[10].

II. EL ÁFRICA PROCONSULAR CRISTIANA

Tras las guerras púnicas, Cartago renació, y ya en los primeros tiempos del Imperio era la segunda gran ciudad del norte del continente africano, tras Alejandría. Con todo, el desarrollo de Cartago se acrecentó con la llegada al poder del emperador Septimio Severo (193-211), fundador de la dinastía de los «Sirios» o «Severos», oriundo de Leptis Magna, en la provincia romana del África Proconsular. África, el territorio que actualmente corresponde a Túnez y la región de Constantina (Argelia), vio cómo se engrandecían o levantaban ciudades como Leptis, Timgad y Djemila junto a otras de menor importancia.

9. Cf. R. BRAUN, «Nouvelles observations sur le rédacteur de la "Passio Perpetuae"», en *Vigiliae Christianae* 33 (1979), 105-117.

10. Para la traducción del *Scorpiace* también hemos tenido en cuenta algunas variantes latinas propuestas por Giovanna AZZALI BERNARDELLI en su edición crítica (Col. «Biblioteca Patristica», nº 14), Florencia, Nardini Editore, 1990.

En el plano intelectual, Cartago era un centro importante. A fines del siglo II de nuestra era, la ciudad fue ilustrada por Frontón y Apuleyo. Aunque abierta al influjo del helenismo en todas sus formas, era menos cosmopolita que Roma y aparecía como el centro más importante de la literatura en lengua latina de la época. Su población de marinos, soldados y comerciantes se aparta de la gravedad romana por su viveza, turbulencia y pasión[11].

Hay una gran oscuridad sobre la fecha y las condiciones de la primera predicación evangélica en esta parte del mundo romano. Existen dos tradiciones: una la hace de origen occidental, y otra de origen oriental[12]. Pero generalmente se admite que el cristianismo no pudo tener un origen unitario en una provincia cuya posición privilegiada se hacía accesible tanto a las corrientes itálicas como a las orientales. Es muy posible que predicadores venidos directamente de Oriente se unieran, en Cartago, a otros procedentes de Roma, ciudad que, en el siglo II, estaba bastante influida por el pensamiento y las costumbres de la parte oriental del Imperio[13]. Los grandes centros de comunicaciones fueron la sede de las primeras comunidades cristianas más florecientes: Antioquía, Alejandría, Éfeso, Corinto, Roma... Cartago, cuya ubicación estratégica en el comercio mediterráneo era incuestionable, no quedó al margen de este modo de proceder, y su puerto conoció no sólo el abundante tráfico comercial, sino también la llegada de los nuevos heraldos del cristianismo. Desde la capital del África Proconsular, la nueva fe se irradió a otras ciudades de la provincia y de la Numidia, donde pronto hubo comunidades cristianas muy

11. J. DANIÉLOU - H. I. MARROU, *Nueva historia de la Iglesia*, vol. I, Cristiandad, Madrid, 1964, p. 189.

12. R. BRAUN, *Aux origines de la Chrétienté en Afrique: Un homme de combat, Tertullien*, Paris 1992, p. 189.

13. *Ibid.*, p. 190.

florecientes. Es probable que, en el inicio de la evangelización, las numerosas comunidades judías desempeñaran un papel análogo al que se descubre en la lectura de los Hechos de los Apóstoles. Por último, no hay que descartar el papel que en la evangelización del mundo romano desempeñó el ejército: el trasiego de las legiones esparció la fe por todos los rincones del Imperio. En cuanto a la fecha de origen de esta cristiandad, aparte de leyendas tardías que hablan de una estancia de Pedro y de Pablo, es bastante probable que se remonte a los últimos años del siglo I[14].

Cuando, más tarde, África entre en la historia documentada de la Iglesia, hacia el año 180, mostrará un cristianismo en estado adulto, que ha superado ya sus primeros momentos. Esta aparición ocurrirá con el glorioso martirio de un grupo de cristianos en la pequeña ciudad de Scilli, aún no localizada con certeza. Éstos afirmaban poseer *libri et epistulae Pauli*, lo que parece suponer la existencia de una traducción latina del Nuevo Testamento. Con todo, ya antes los cristianos habían sido aludidos y condenados por Apuleyo en su *Asno de oro* 9, 14, 15, escrito sin duda durante el reinado de Marco Aurelio. También el preceptor de este príncipe, el retórico Frontón de Cirta, los había atacado directamente en un discurso pronunciado entre 162 y 166, que parece haber sido en Occidente el primer manifiesto anticristiano salido de medios paganos[15].

El cristianismo africano aparece en plena expansión en el 180, y la Iglesia africana vivió, hasta los tiempos del emperador Decio, en una peculiar situación legal: el cristianismo no era lícito, pero al mismo tiempo la Iglesia podía ser propietaria de algunas entidades e instituciones, como los ce-

14. *Ibid.*, p. 190; Cf. también J. DANIÉLOU - H. I. MARROU, *Nueva historia, ...*, cit., p. 189.

15. R. BRAUN, *Aux origines...*, cit., p. 190.

menterios. Tras el rescripto de Trajano, las autoridades no perseguían de oficio a los cristianos, pero se admitía la denuncia contra personas singulares. En esos casos, los magistrados conminaban a los acusados a renunciar a su fe y sacrificar a los ídolos. Si se negaban, se les aplicaban las penas correspondientes, que abarcaban un amplio campo: exilio o deportación, penas pecuniarias y confiscación de bienes y castigos corporales, e incluso la muerte. La cárcel era una situación transitoria, en espera del juicio y de la sentencia; no entraba dentro del campo de las penas. Quienes eran condenados a muerte entraban en la categoría de *mártires*, y aquellos que recibían otro tipo de penas recibían el título de *confesores* y eran muy apreciados por la comunidad cristiana. Esta situación llevaba a un estado de semiclandestinidad, con períodos de tolerancia y épocas de persecuciones, breves pero a veces intensas. A finales del siglo II, la iglesia de Cartago, la más conocida, se presenta dotada de una gran organización: un buen número de fieles, lugares de reuniones litúrgicas, cementerios, clero y otros testimonios de vida cristiana[16].

La época de los Severos es el momento de apogeo político, social y económico de África. Esta provincia opulenta que alimenta a Roma por el envío periódico de la *annona*, conoce un verdadero «pulular de ciudades», según dice el historiador Gilbert Charles-Picard[17]. Según los cálculos de este mismo investigador, en ese momento la población se elevaba a aproximadamente 6.500.000 habitantes, y la capital albergaría a varios centenares de miles de almas. La política de convivencia y compenetración entre autóctonos e inmigrantes itálicos, hábilmente practicada por los suceso-

16. Cf. P. MONCEAUX, *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne,* vol. I, Paris, 1901, p. 11-17, citado por P. ALLARD, *El martirio* (Col. «Biblioteca de Historia Eclesiástica»), Madrid 1926, p. 129.

17. G. CHARLES-PICARD, *La civilisation de l'Afrique romaine*, Paris, 1959, cit. por R. BRAUN, *Aux origines...*, cit., p. 191.

res de Augusto, fue exitosa en general: púnicos de las costas y bereberes del interior conocieron una promoción social y humana que les hacía fieles ciudadanos de la Roma imperial. Esta lealtad y esta romanización se plasman en las inscripciones monumentales que nos han proporcionado las excavaciones de Túnez y Argelia desarrolladas desde mediados del siglo XIX.

El decreto de Caracalla del año 212, que extendió el *status* de ciudadano romano a todo el Imperio, en lo que se refiere a África no hizo sino sancionar el acabamiento de una evolución[18]. En ese mismo período las comunidades cristianas del país, aunque sufriendo la siega de persecuciones de cuando en cuando, aparecen sólidamente organizadas. El número de cristianos aumentó sensiblemente en algunos años. Tertuliano, en 197, traduce el movimiento de sorpresa e indignación de sus compatriotas paganos al descubrir la gran expansión cristiana: «Andan por ahí gritando que los cristianos invaden la ciudad: cristianos en los campos, en las ciudadelas, en las islas; consideran un perjuicio lamentable el hecho de que personas de todo sexo, edad, condición y dignidad se hagan cristianos»[19].

Quince años más tarde, a fines de 212, cuando el procónsul Escápula retoma la persecución, lo amenaza con un levantamiento en masa de los cristianos, que podrían en buena medida, ofreciéndose espontáneamente a sus golpes, colocarlo en una situación apurada: «¿Qué harás tú –pregunta Tertuliano a Escápula– con tantos miles de hombres, tantos miles de mujeres de toda edad, de toda condición, que presentarán sus brazos a tus cadenas? ¡Cuántos verdugos y espadas necesitarás! ¡Qué sufrimientos para Cartago, cuando

18. Cf. R. BRAUN, *Aux origines...* p. 191.

19. TERTULIANO, *Apologeticum*, I, 7; traducción de J. ANDIÓN MARÁN, Ciudad Nueva (BPa 38), Madrid 1997, p. 21.

cada uno reconozca, en medio de las víctimas, a parientes, vecinos, hombres y mujeres de todo rango, personajes de la más alta distinción, cercanos o amigos de tus amigos!»[20].

También en otras obras se encuentran alusiones al enorme número de cristianos, y también en la que se estudiará y comentará más adelante, el *De fuga in persecutione*, XII, 8.

No se puede negar que haya cierta exageración en estos pasajes, como es propio, además del género apologético de las obras, del carácter apasionado del propio autor. Pero también es cierto que Tertuliano no hubiera podido mentir así como así en un terreno tan fácil de desmentir[21].

A la luz de estos testimonios, parece que estas comunidades tan numerosas no se reclutaban sólo de entre los *humiliores*, como era aún en el caso del año 180 y los mártires escilitanos. Desde entonces llegaron al cristianismo hombres y mujeres de los medios acomodados e influyentes, personas de posición prominente, abogados, retores, gente adinerada, así como aquellos cartagineses a los que Tertuliano, en un tratado especial, recomendará renunciar a los brazaletes de oro o collares de perlas; intelectuales, en fin, que procuran profundizar en su fe y que están más expuestos a las herejías gnósticas: están presentes en todo momento en el pensamiento de Tertuliano.

Esta cristiandad tan numerosa y viva, diseminada por todo el país, parece haber tomado rápidamente conciencia de su unidad. Mientras que Roma mantendrá el griego como lengua litúrgica hasta mediados del siglo IV, la cristiandad africana se latinizó completamente a principios del siglo III. Como atestigua la arqueología, el griego no tuvo gran difusión en África, lo que por otra parte facilitó la expansión

20. TERTULIANO, *Ad Scapulam*, V, 2.

21. Cf. J. M. HORNUS, «Étude sur la pensée politique de Tertullien», en *Révue d'histoire et de philosophie religieuse*, 38 (1958), 4.

del latín, aun en la liturgia de los medios judíos. Tertuliano, que conoce ambas lenguas, como muchos de sus contemporáneos cultos, renuncia al griego para debatir los grandes problemas que se les ponían delante a sus correligionarios. Gracias a este cambio lingüístico de la comunidad cristiana del Norte de África, su obra es el primer testimonio de la latinidad cristiana, mientras que en esa misma época, el representante de la cristiandad romana, Hipólito, no hace sino añadir un capítulo al cristianismo de lengua griega.

Con la unificación lingüística, la Iglesia de África no tarda mucho en afirmar su cohesión y dotarse de una cabeza, que no podía ser más que Cartago[22]. Al finalizar el siglo II se reúne en esta ciudad un concilio de setenta obispos de Cartago y de la Numidia[23] alrededor de Agripino, el segundo obispo de Cartago del que tenemos referencias. La gran ciudad que Salviano llamaría posteriormente *la Roma del mundo africano*, proclamaba así su derecho a ejercer una primacía que no fue contestada hasta que se hizo oficial. A lo largo del siglo III son frecuentes las asambleas de obispos en la sede cartaginesa. Así, en tiempos del predecesor de Cipriano, Donato, se pudo reunir un concilio de noventa prelados entre el año 236 y el 238. Pocas regiones del Imperio contaban con un número tan grande de obispos. Las excavaciones revelan cómo, al tiempo que se expande el cristianismo, por doquier se muestran desamparados los templos de Baal, el Saturno africano, lo que parece indicar conversiones en masa[24]. El mismo Tertuliano escribe su famosa frase: «A vosotros sólo os hemos dejado los templos»[25].

22. R. BRAUN, *Aux origines...*, cit., pp. 192-193.

23. P. ALLARD, *El martirio,* cit., p. 43. R. BRAUN, *o. c.*, p. 193, retrasa este evento hasta el 210-220.

24. P. MONCEAUX, *o. c.*, v. II, p. 11.

25. TERTULIANO, *Apologeticum,* XXXVII, 4: *Sola vobis reliquimus templa.*

La paz parecía haber sido la tónica de los primeros años del cristianismo del África Proconsular. Tertuliano habla de Vigelio Saturnino como el primer procónsul que volvió sus armas contra los cristianos en el 180, año de la muerte de los de Scilli: *Primus hic gladium in nos egit*[26]. Sin embargo, tras él, si bien no hubo una verdadera paz, sí que hubo un período de relativa tolerancia por parte de los gobernadores. Ésa fue la disposición en los primeros años del reinado de Severo[27]. Así, nos encontramos con procónsules como Pértinax (188-89), Didiro Juliano (189-190), Cincio Severo (190-191) o Vespronio Cándido (191-192), que dejaron en cierta tranquilidad a los cristianos.

Respecto a los cristianos, hasta los tiempos de Marco Aurelio había imperado como actitud oficial frente a ellos la postura del rescripto de Trajano a Plinio, con su máxima del «No debe buscárseles»[28]. Es en el reinado de este príncipe filósofo, honesto, «extraordinariamente humano»[29] cuando, sin empeorar la legislación, sí que se aplicó con más inflexibilidad. El emperador era un «menospreciador de una secta que le parecía tener en poco el valor de la inteligencia, que aceptaba el dolor con una resignación en la que él no veía más que un sentimentalismo sin dignidad». Era un «príncipe muy persuadido de sus deberes para con el Imperio e inflexible contra los rebeldes, no hay que extrañarse de que actuara con tanto rigor. Pero la mayor frecuencia de la aplicación bajo su reinado de un principio siempre en vigor no le es imputable. Ésta se explica por las circunstancias del aumento de la agresividad popular, motivada tal vez por los desastres públicos, guerra, epidemias y terre-

26. TERTULIANO, *Ad Scapulam*, III.

27. A. QUACQUARELLI, «La persecuzione secondo Tertulliano», en *Gregorianum* 31 (1950), 566.

28. Cf. A. FLICHE - V. MARTIN (eds.), *Historia de la Iglesia*, vol. 1, Valencia 1976, pp. 302-306.

29. *Ibid.*, p. 322.

motos, de los que la superstición pública hacía culpables a los cristianos[30] (el emperador mismo era una persona muy supersticiosa[31]); y se explica quizás también por el progreso de su propagación, mientras que la ignorancia continuaba considerándolos enemigos de los dioses, de la moral y del Imperio. Pues bien, esta animosidad forzó más de una vez la mano de los magistrados»[32]. Como escribe Sordi, «los propios emperadores no pudieron sustraerse totalmente a las presiones de la opinión pública hostil»[33]. En la práctica se daba a los gobernadores una mayor libertad de acción, y podían perseguir a los cristianos cada vez que considerasen que lo exigía la tranquilidad de la provincia. También se les daba el poder de evitar el procesamiento de los cristianos si lo veían oportuno[34].

Todas estas circunstancias hacían que la tranquilidad fuera precaria, y aconsejaban actuar con prudencia, pues acciones quizás inofensivas podían interpretarse como una provocación. Ésa era la tendencia que solían adoptar en la Roma de los papas. Pero en las provincias la autoridad eclesiástica era a veces menos firme, y siempre podían aparecer personajes exaltados que encrespaban la actitud de los paganos. Un claro ejemplo lo vemos en la aparición del movimiento montanista, que provocó reacciones en contra[35]. Además, «el que los cristianos no estuvieran presentes en los actos de expiación mandados por el emperador para con-

30. Cf. TERTULIANO, *Apologeticum*, XL, 2.

31. Cf. P. ALLARD, *Histoire des persécutions*, vol. 1, Paris ²1894, pp. 34ss.

32. A. FLICHE - V. MARTIN, *o. c.*, pp. 322-323.

33. M. SORDI, *Il Cristianesimo e Roma*, Bolonia, 1965, pp. 128-129 (cf. también FLICHE - MARTIN, *o. c.*, t. I, p. 325).

34. Cf. M. SORDI, *o. c.*, p. 20. K. BIHLMEYER - H. TÜCKL, *Storia della Chiesa*, vol. I, Morcelliana, Brecia 1969; H. JEDIN, *Manual de Historia de la Iglesia*, vol. 1, Barcelona 1996, pp. 252-253.

35. Cf. H. JEDIN, *Manual...*, cit., pp. 255-256.

jurar la peste que azotaba el Imperio dio lugar a revueltas populares»[36].

En Cartago, afirma Quacquarelli[37], cuando el pueblo descubría un lugar de culto de los cristianos, la muchedumbre acudía en masa para asediarlo. No pocas casas eran quemadas durante la celebración de algunas fiestas, como las bacanales. La multitud se dejaba arrastrar por la cólera. El mismo Tertuliano afirma que los gobernantes se dejaban seducir por la ira del pueblo en busca de la popularidad.

En lo que a los emperadores se refiere, el disoluto Cómodo, hijo y sucesor de Marco Aurelio, se inclinó por respetar el cristianismo por influencia de su esposa Marcia[38]. Así, tras el año 180 hay relativa calma en Cartago hasta el año 197, en el que Tertuliano escribirá su *Ad martyras*, donde presenta a un grupo de cristianos encerrados en la cárcel a la espera del martirio.

Tras esto, la Iglesia en Cartago volvió a tener paz de modo precario, hasta 202, con la persecución del procónsul Minucio Timiano, que murió en el ejercicio del cargo, y continuada por el procurador interino Flaviano Hilariano[39]. En ese año apareció un edicto del emperador que prohibía bajo grave pena pasarse al judaísmo o a la religión cristiana[40]. «El tiro iba contra la Iglesia como organización. Toda actividad dirigida a ganar nuevos adeptos podía ser castigada, todo trabajo misionero se hacía, en adelante, imposible; el cris-

36. *Ibid.*, p. 255.

37. Cf. A. QUACQUARELLI, «La persecuzione...», cit., 567-568.

38. Cf. P. ALLARD, *Histoire...*, cit., pp. 452-457. Cf. también EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica*, v, 12.

39. Cf. P. ALLARD, *Histoire...*, cit., p. 85. Sobre la inicial actitud benévola de Severo hacia los cristianos, cf. *ibid.*, pp. 16-28.

40. Cf. ESPARCIANO, *Septimius Severus*, 16, 9: «Se prohíbe bajo pena grave el hacerse judío, y también se ordena lo mismo respecto a los cristianos».

tianismo estaba llamado a ir muriendo lentamente dentro del Imperio»[41].

La fuerza del cristianismo, no ya como individuos, sino como comunidad universal organizada de fuerte resistencia interna, podía parecer inquietante al emperador. Aquí se ve ya una diferencia con Trajano, que parece no querer valorar penalmente, en su mencionado rescripto, el cristianismo como sociedad, como Iglesia. Un siglo más tarde cambian las circunstancias y se acentúa la susceptibilidad, especialmente si la autoridad consideraba que quedaba afectado el tema del servicio militar. Un ejemplo se encuentra en el hecho que Tertuliano relata en el *De corona militis*, aunque el episodio sea un poco posterior en el tiempo[42]. Son los años de los martirios de Felicidad y Perpetua en Cartago, del padre de Orígenes en Alejandría o del obispo Asclepiades en Antioquía.

Con todo, el ardor de la persecución pareció calmarse hasta cierto punto. «En África, en concreto, procónsules como Cayo Julio Aspro y posiblemente sus sucesores, Marco Ulpio Arabiano, Marco Claudio Macrinio, Víndice Hermogeniano y Valerio Bradua Municio mantuvieron una actitud de tolerancia. El mismo Tertuliano cita a Valerio Prudente (209-211) como uno de los que dio prueba de tolerancia para con los cristianos»[43].

Si bien la llegada al poder del emperador Caracalla (211-217) supuso para los cristianos del conjunto del Imperio una época de tolerancia, en Cartago, sin embargo, fue enviado como procónsul en el 211-212 Escápula Tértulo, «cuya actitud beligerante contra los cristianos no puede, consiguientemente, atribuirse a iniciativa de Caracalla, sino que fue ocasionada por las corrientes rigoristas entre los cristianos de

41. H. JEDÍN, *o. c.*, pp. 326-327.
42. Cf. *ibid.*, p. 327.
43. A. QUACQUARELLI, «La persecuzione...», cit., 569.

África, como hemos visto con el ejemplo antes citado del episodio narrado en el *De corona militis*, en que se rechaza el servicio militar para los cristianos»[44] en un momento de especial inestabilidad interna y externa del Imperio, con los enemigos golpeando a su puerta y con revueltas internas, como la que acabaría con la vida del propio Caracalla. Escápula pudo también haberse determinado a tomar esas medidas contra los cristianos por la publicación de los anteriores rescriptos imperiales contra los cristianos, que el jurista Ulpiano recogió en su libro *De officio proconsulis*. Los cristianos sufrieron una terrible persecución, como se nos relata en el *Ad Scapulam*. «Bajo el gobierno de Escápula, el África Proconsular debió sufrir días terribles. Los delatores operaban a golpe seguro, y los odios privados tuvieron su desahogo con los sospechosos. Únase a ello la violencia de los soldados que vigilaban las casas privadas de los cristianos»[45]. Tras este penoso episodio, la Iglesia en África vivió un período de calma relativa hasta la gran persecución de Decio.

III. EL MONTANISMO

Tradicionalmente se han incluido dos de las obras objeto de este volumen dentro del catálogo de obras del período «montanista» de Tertuliano. Esto provoca diversas cuestiones: ¿qué era el montanismo, también conocido como «la nueva profecía» por sus adeptos? ¿Se pueden considerar el *De fuga in persecutione* y el *Scorpiace* como obras «montanistas»? ¿Cuáles son sus aportaciones específicas? Pero para abordar estas cuestiones, es preciso primero detenerse en la cuestión del movimiento montanista, no sin antes citar las

44. H. JEDÍN, *Manual*..., cit., p. 329.

45. A. QUACQUARELLI, «La persecuzione...», cit., 570.

fuentes para el estudio del «movimiento». En primer lugar se situará históricamente a los fundadores de la «secta»; después se presentará su doctrina original y la expansión de ésta; finalmente se reseñará brevemente la supervivencia del montanismo hasta el siglo IV.

1. Fuentes para la historia del montanismo[46]

Documentos reunidos por Eusebio de Cesarea

Se encuentran mencionados en la *Historia Eclesiástica* de este autor, en su libro V. Se presentan varios textos «montanistas», aunque la mayoría de las veces se refieren simplemente pasajes anecdóticos o pintorescos, dejando de lado los aspectos más doctrinales. Con todo, la información que proporciona es de primera importancia. En cuanto a su naturaleza, estos textos son fundamentalmente cartas de los mártires y de los cristianos de Lión dirigidas a las Iglesias de Asia y Frigia y al papa san Eleuterio; un escrito del obispo Apolinar de Hierápolis, que es quizá la refutación más antigua de la herejía; varios tratados antimontanistas y algunas cartas más. De casi todos estos documentos sólo se tiene noticia por las referencias de Eusebio.

Obras de Tertuliano

Nos referimos aquí a las obras del último período de su vida. Desde el año 206 el fogoso africano comienza a de-

46. Para este apartado, cf. G. Bardy, «Montanisme», en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, dir. por A. Vacant - E. Mangenot - É. Amann, vol. X/1, Paris 1928, cols. 2355-2370.

jarse conquistar por la austeridad que exhibían los adeptos de la «nueva profecía». La ruptura con la Iglesia se produce, como hemos visto, en el año 213. Del año 207 al 213 parecen ser los cuatro primeros libros del *Adversus Marcionem*, el *Adversus valentinianos*, el *De carne Christi*, el *De resurrectione mortuorum*, el libro V del *Adversus Marcionem*, el *Scorpiace* y el *Ad Scapulam*. Se nota el influjo montanista especialmente en el *De exhortatione castitatis*, el *De virginibus velandis* o el *De corona militis*.

Ya posteriores al 213 serían el *De fuga in persecutione*, el *Adversus Praxean*, el *De monogamia*, el *De ieiunio adversus psychicos* y el *De pudicitia*. Entra aquí la discusión de si Tertuliano adopta aquí las tesis del montanismo original o si adopta una línea propia, «tertulianista»[47]. Es de lamentar la pérdida del tratado en siete libros *De ecstasi*, contra la Iglesia y el obispo Apolonio, citado por san Jerónimo en su *De viris illustribus* 24, 40, 53.

Otros autores del siglo III

San Hipólito, en su *Syntagma*; también los menciona en otra obra suya: *Philosophoumena*. Clemente de Alejandría en los *Stromata*; algunas alusiones en Orígenes y una carta de Firmiliano de Cesarea escrita en el 256 a san Cipriano.

Documentos posteriores

Hay que esperar casi al final del siglo IV para encontrar documentos sobre el montanismo. No son tratados especí-

47. Cf. D. POWELL, *Tertullianists and cataphrygians*, pp. 33ss., cit. por B. ALAND, «Montano». «Montanismo», en *Diccionario patrístico y de la Antigüedad cristiana*, Salamanca, 1992, t. II, pp. 2097-2099.

ficos, sino referencias dentro de escritos de temática más amplia; así, san Epifanio, en su *Adversus haereses*; Dídimo el Ciego, en su *De Trinitate*; san Jerónimo, en su *Carta* XLI; la *Historia Eclesiástica* de Sozomeno, una carta de san Agustín o el *Haereticarum fabularum compendium* de Teodoreto de Ciro. Los últimos documentos que hablan del montanismo como fenómeno vivo son las leyes de Justiniano, en que se priva a sus miembros de los derechos de reunión, de testar, etc.

2. La nueva profecía

Durante el invierno de 165-166, un ejército romano saqueó Seleucia del Tigris, en Mesopotamia. En el verano siguiente Lucio Vero regresó a Roma para celebrar el triunfo sobre los partos[48]. Parte de sus tropas marcharon por tierra y atravesaron las populosas y florecientes ciudades de Asia. En Éfeso el sofista Flavio Damiano les divirtió a su propia costa. Pero con ellos llegó la peste, contagiada, dicen, en el templo de Apolo, en Seleucia[49]. A esto se unía la guerra contra los marcómanos, que estaba comenzando en el Norte y que obligó a los dos emperadores a ponerse en campaña. «Y mientras sacerdotes llegados de todas partes ofrecían en Roma sacrificios propiciatorios, carros y vagones sacaban gran número de cadáveres de la ciudad»[50].

También en Asia, durante el proconsulado de Lucio Antonio Albo, en 160-161, violentos terremotos sacudieron la provincia. Para los cristianos, un desastre natural era el preludio de una persecución. Los últimos años del reinado de

48. Cf. *Historia Augusta. Verus*, 8, 5.

49. Cf. *ibid.* 8, 1ss.

50. T. D. Barnes, *Tertullian. A historical and Litterary Study*, Oxford 1971, pp. 130-131.

Marco Aurelio son testigos de una gran actividad de los apologistas cristianos. La amenaza era percibida por los fieles. Son los años de Alejandro de Abonuteico, de Celso, etc., enemigos declarados del cristianismo.

Es en este contexto cuando aparece en Frigia, el país de los coribantes[51], el personaje de Montano. Antiguo sacerdote de Cibeles, nacido en Ardabán (Misia), comenzó a dejarse llevar por éxtasis y a pronunciar oráculos[52]. Dice Eusebio de Cesarea que comenzó a profetizar de un modo distinto a como se había hecho tradicionalmente en la Iglesia[53]. El fenómeno profético, tan importante en la Iglesia primitiva[54], parecía haberse extinguido a mediados del siglo II, y es Montano quien lo va a «resucitar» de un modo peculiar. El *Anónimo antimontanista* que cita Eusebio presenta al antiguo sacerdote de Cibeles como un intrigante a quien la ambición había entregado a la influencia del diablo[55]. En sus discursos violentos, durante sus éxtasis, hablaba contra la tradición cristiana y la sucesión apostólica. A él se unieron dos mujeres, Priscila (llamada por Tertuliano «Prisca») y Maximila, que abandonaron a sus esposos[56] y presentaban los mismos síntomas de posesión diabólica. Decían hablar en nombre de Dios el Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de modo pasivo; eran «como la lira que el Espíritu tañía como un plectro»[57]. A través de ellos Dios hablaba directamente al mundo, especialmente a los

51. A. D'ALÈS, *La théologie de Tertullien*, Paris, ²1905, p. 435.

52. T. D. BARNES, *o. c.*, p. 131.

53. Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, V, XVI, 7.

54. Cf. por ejemplo Hch 11, 28; 15, 22. 32; 21, 9. 10; 1 Co 12, 20, etc., y también lo vemos en escritos primitivos como la *Didaché* 13, 3.

55. Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, V, XVI, 17.

56. Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, V, XVI, 19, donde cita a Apolonio. Cf. también B. ALAND, «Montano». «Montanismo», en *o. c.*, p. 1404.

57. EPIFANIO, *Panarion*, XLVIII, 4, 1.

humildes, para darles el valor de ser mártires[58]. Este rasgo de búsqueda del martirio sería uno de los principales de la secta. Sin desentenderse de la regla de fe[59], los profetas no hacían ninguna proposición cismática o especulaciones arriesgadas. Penetrados del sentimiento de que el mundo estaba a punto de acabarse, querían levantar a las almas del letargo en que se encontraban muchas de ellas. Prescribían reglas de gran rigor ascético sin dejar lugar al capricho individual: ayuno, aceptación gozosa del martirio –aunque no el afrontarlo sin necesidad–, rechazo del perdón a los culpables de pecados graves. También rechazaban las segundas nupcias, sin condenar el matrimonio.

Las manifestaciones extáticas se multiplicaban, y hombres y mujeres se dirigían a la llanura entre Pepuza y Tymión, donde decía Montano que se posaría la Jerusalén celestial[60]. Pero los profetas no se consideraban como tales a la usanza normal, antes bien, pensaban que eran la morada del Espíritu Santo, y hasta se identificaban con Él. Los fieles de Montano lo contemplaban, y él mismo a su vez se veía como la encarnación viva del Consolador, del Paráclito anunciado por Cristo en el capítulo 16 del Evangelio de san Juan, que conduciría a los discípulos a la verdad total. Quizá por esta razón los oráculos de Montano aparecían como «complementos del Evangelio»[61], y llenaban las lagunas que Cristo había dejado. «El montanismo no se quedaba en una simple dirección moral y ascética, sino que se convertía en una fe en la misión del Paráclito, encarnado en la persona de Montano, y subsidiariamente en las profetisas y en el valor absoluto de sus enseñanzas»[62].

58. Cf. *De fuga in persecutione*, IX, 4; *De Anima*, 55, 5.

59. P. DE LABRIOLLE, *La crise montaniste*, Paris 1913, p. 89.

60. Por ello también se denominaba a los «montanistas» con el apelativo «pepucianos».

61. P. DE LABRIOLLE, *La crise...*, cit., p. 91.

62. *Ibid.*, p. 91.

Al mismo tiempo la secta se organizaba y fue nombrado «administrador», mientras que otros personajes, entre ellos un tal Temisón, hacían de propagandistas. «Éste, a imitación del Apóstol, escribió una carta católica para catequizar a gentes cuya fe era mejor que la suya»[63].

El movimiento no quedó sin respuesta de los obispos católicos, cuya autoridad jerárquica se veía amenazada. Zótico de Cumano y Juliano de Apamea intentaron en vano medirse con Maximila[64], y Sotas de Anquialo intentó exorcizar a Priscila[65]. Finalmente, comenta Eusebio, se celebraron concilios en que se excomulgó a los innovadores[66], al tiempo que se multiplicaban las refutaciones escritas.

Hay que decir que la doctrina de Montano y de sus discípulos inmediatos apenas difería de la enseñanza ortodoxa. Es más, pretendía remontarse a la tradición ininterrumpida de los profetas, y la insistencia en la doctrina de la parusía no era extraña a las opiniones católicas de aquel momento. El problema vino con las exigencias ascéticas a las que daba lugar y que provocaron su condena como heréticos. Asimismo, Montano[67] hablaba del profeta como de un ser que pierde su personalidad para convertirse en la lira movida por el plectro que es Dios, como un instrumento pasivo, y afirmaba: «Yo no soy un ángel ni un enviado. Soy yo, el Señor, Dios Padre, que he venido, soy yo, el Señor Dios Todopoderoso, que vive en el hombre»[68]. Esto estaba contra la doctrina católica de que el profeta no debía hablar en éxtasis[69].

Además, el montanismo amenazaba con dar al profeta una autoridad mayor que a los obispos, atribuyéndose a sí

63. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, V, XVIII, 5.
64. Cf. *ibid.*, V, XVI, 17.
65. Cf. *ibid.*, V, XIX.
66. *Ibid.*, V, XVI, 10.
67. EPIFANIO, *Panarion*, XLVIII, 4, 10, 11.
68. DÍDIMO, *De Trinitate*, III, XLI, 1. Cf. G. BARDY, «Montanisme», en *o. c.*, col. 2359.
69. Cf. 1 Co 14.

mismo la interpretación de los mandatos de Dios, con la excusa de continuar la «tradición profética». Pero decisivo para ello era la «inminencia» que Montano y sus seguidores daban a la parusía, al afirmar que la llegada de la nueva Jerusalén estaba a punto de producirse en la llanura de Pepuza. De todo ello se seguían consecuencias[70] como el rigorismo ascético ante la inminente parusía, la imposición del ayuno sin interrupción para todos los cristianos, frente a la praxis tradicional de dos medios días a la semana y de manera voluntaria. Al «fallar» este advenimiento de Cristo, se limitó la práctica a los ayunos corrientes estacionales, extendiéndose a la tarde, y se añadían dos semanas de abstinencia en las que sólo se podía comer frutos secos («xerofagia»)[71].

Asimismo también se introdujo la renuncia, exagerada, de todo tipo de apego a este mundo, que llevaba consigo el no huir del martirio[72], o la renuncia al matrimonio: Priscila y Maximila abandonaron a sus esposos, ya que el matrimonio carecía de sentido ante la inminente parusía. La radical abstención, según Priscila, la capacitaba para recibir visiones y comunicaciones proféticas[73]. Montano y Maximila, finalmente, se suicidaron.

La «nueva profecía» se expandió con la rapidez de un incendio[74], no sólo en Frigia, sino también en Lidia, Galacia, Siria (especialmente Antioquía) y Tracia. El influjo llegó hasta Occidente: Lión y Viena de Francia lo atestiguan[75], aunque aquí no llegó a adoptar un carácter «herético», pero

70. Cf. G. BARDY, «Montanisme», en *o. c.*, col. 2360. Cf. también H. JEDÍN, *o. c.*, p. 305.

71. Cf. TERTULIANO, *De ieiunio adversus psychicos*, 1, 2, 10.

72. H. JEDÍN, *Manual...*, cit., p. 306. Cf. también A. D'ALÈS, *La théologie de Tertullien*, cit., p. 437.

73. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, V, 18, 3.

74. Cf. G. BARDY, «Montanisme», en *o. c.*, col. 2360.

75. Cf. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, V, 3, 4.

sí fue favorable a la paz con el movimiento «catafrigio». Según el *Praedestinatus* I, 26, ya el papa Sotero (166-174) había tenido noticia del movimiento, e incluso escribió contra él[76]. El papa Eleuterio también lo condenó, pero la llegada del papa Víctor o de Ceferino[77] (199-217) provocó un cambio de actitud favorable al montanismo. Esto se truncó con la llegada a Roma, en tiempos del papa Víctor, del asiático Práxeas, que pasaría a la historia como promotor de la herejía patripasiana. En la capital imperial se encontraban como jefes de la herejía Proclo y Esquines[78]. Aparentemente los montanistas romanos se distinguían del resto de los cristianos sólo por una moral más rígida. Durante el papa Víctor[79] o el mismo Ceferino[80], Práxeas influyó sobre el Pontífice para que el movimiento fuera condenado. No está claro bajo qué papa fue[81], aunque Tertuliano afirma que fue Ceferino[82], que prestó oídos a las «deformaciones» del asiático.

La muerte de los fundadores de la secta supuso el golpe contra el movimiento. Maximila había dicho que tras ella no habría más profetas, sino «la consumación del mundo»[83]. Probablemente tras ello el montanismo no hubiera ido a más y se hubiera extinguido «si un hombre de la talla de Tertuliano no se hubiera adherido a él, y por lo menos en la discusión literaria, no hubiera vuelto a llamar la atención sobre la nueva profecía»[84]. La secta probablemente desapareció en Roma y sobrevivió en la zona de Frigia.

76. G. Bardy, *o. c.*, col. 2361.
77. H. Jedín, *o. c.*, p. 307.
78. Cf. Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, V, 15, 6; VI, 20, 31.
79. G. Bardy, *o. c.*, col. 2362.
80. Cf. H. Jedín, *o. c.*, p. 307.
81. G. Bardy, *o. c.*, col. 2362.
82. Cf. *Adversus Praxean*, I.
83. Epifanio, *Haer.*, XLVIII, 2, 4. Citado por H. Jedín, *o. c.*, p. 307.
84. H. Jedín, *Manual...*, cit., p. 307.

3. La supervivencia del montanismo

Tras la desaparición de Tertuliano, el montanismo cayó en decadencia. Casi se extinguió, aunque conservamos testimonios de su supervivencia. En el campo literario[85], san Jerónimo[86], el autor del *Praedestinatus*[87], Dídimo[88] o san Epifanio[89] nos hablan del montanismo como una iglesia organizada, con su propia jerarquía, en la que había también mujeres; se habla de la importancia de los ayunos, de su rigorismo y de la paulatina desaparición del fenómeno profético[90], su apartamiento de la regla de fe que habían defendido tanto en sus comienzos[91]. Sobre esto hay divergencias, pues hay autores, como san Epifanio, que afirman que «conservaban la regla de fe»[92].

En Occidente, el montanismo es citado por san Agustín, que en el *De Haeresibus* 85 afirma que quedaba en su diócesis un reducto de «tertulianistas» que poseía una basílica, y que fueron recibidos en la Iglesia.

Aparte de estas menciones, nos encontramos también con el testimonio de la ley del 22 de febrero de 407, del emperador Honorio[93], en que se decreta que los montanistas, presumiblemente una exigua minoría, sufran la confiscación de bienes, incapacitación para hacer contratos, anulación de testamentos, incapacitación para recibir donaciones o legados y hasta la confiscación de los edifi-

85. Una exposición más extensa de este apartado se puede ver en G. Bardy, «Montanisme», en *o. c.*, cols. 2367-2370, donde encontramos interesantes relatos sobre los sucesores de Montano, Priscila y Maximila.

86. Cf. *Ep. XLI.*

87. Cf. LXXXVI.

88. Cf. *De Trinitate*, III, LXI.

89. Cf. Epifanio, *Haer.*, XLVIII, 14.

90. Epifanio, *Haer.*, XLIX.

91. Basilio de Cesarea, *Ep. LXXXVIII*, afirma que bautizaban «en el nombre del Padre, y del Hijo, y de Montano» o «de Priscila».

92. Cf. Epifanio, *Haer.*, XLVIII, 1.

93. Cf. *Codex Theodosianus*, XVI, V, 40.

cios donde se reunían, lo que supuso de hecho la muerte civil.

En Oriente se les persigue abiertamente desde el año 398. A ellos hace alusión Sozomeno[94] y también Procopio[95]. Juan de Éfeso, bajo el reinado de Justiniano, descubrió los restos de Montano, Maximila y Priscila[96]. La última mención que tenemos de ellos como grupo activo data de tiempos de León III Isáurico: Teófano dice que, queriendo el emperador forzarlos a bautizarse, se encerraron en las casas donde celebraban sus misterios y allí se quemaron vivos[97]. Corría el año 722, y se presume que serían una minoría insignificante. Parece que sólo en Frigia y especialmente en Pepucia, sede de la dirección de la secta[98], conservaban aún cierta importancia.

IV. TERTULIANO, MONTANISTA

Los orígenes del montanismo africano permanecen oscuros aún hoy. Es posible que su influencia en Cartago viniera de Roma. Parece ser que la secta buscó conseguir un parecer favorable del papa Sotero y de su sucesor, Eleuterio. Se habla también de la venida de Práxeas a la capital del Imperio durante el pontificado de Víctor (189-199) o de Ceferino (199-217), y que él informó acerca de la situación en Oriente de los «nuevos profetas»[99]. En tiempos del mismo Ceferino, Proclo enseñaba el montanismo en Roma, y parece ser que éste gozó de la amistad de Tertuliano[100].

94. Cf. *Historia eclesiástica*, III, XXXII, 6.

95. Cf. *Historia arcana*, XI, 14 21.

96. Cf. G. BARDY, «Montanisme», en *o. c.*, col. 2369.

97. Cf. *ibid.*

98. Cf. B. ALAND, «Montano». «Montanismo», en *o. c.*, p. 1477.

99. Cf. TERTULIANO, *Adversus Praxean*, I.

100. Cf. TERTULIANO, *Adversus Valentinianos*, 5.

El montanismo, en esos primeros momentos, no pretendió colocarse como rival de la gran Iglesia, sino que se mostró simplemente como una versión algo rigorista, edificante, dentro del seno de la comunidad católica[101] y actuó como una infiltración lenta del verdadero espíritu frigio. En Cartago era considerada como «una corriente extrema, pero ortodoxa»[102].

La evolución religiosa de Tertuliano se presenta como un fenómeno complejo. Las primeras obras de nuestro autor, desde 197, no mencionan el montanismo, bien porque no lo hubiese conocido (quizás aún no había llegado a África), bien porque no lo veía como algo peligroso para la gran Iglesia. Es más, el símbolo de la fe que profesaban era el mismo que el católico[103]. Su vida moral, aunque más austera que la de muchos fieles, sin embargo no era tan extraordinaria que llamase la atención; y como, sin duda, los montanistas de Cartago eran más calmados que sus predecesores frigios y como sus visiones y oráculos no se acompañaban de fenómenos inquietantes o extraños, era fácil que pasasen inadvertidos. Ni siquiera es seguro que formasen un grupo aparte, como hacían marcionitas o valentinianos, sino que guardaban todo el contenido positivo del catolicismo, añadiendo lo que debían a sus revelaciones personales[104].

Tertuliano, como espíritu exaltado y de carácter intransigente, debió de acoger con entusiasmo una doctrina hecha de iluminismo y rigorismo. Es alrededor de 206-208 cuando los especialistas suelen colocar los primeros trazos de «montanismo» en la obra de Tertuliano. Hay quienes hasta lo sitúan como un «montanista virtual» desde el principio de sus escritos, pero, aunque haya algo de verdad en ello,

101. Cf. A. D'ALÈS, *La théologie...*, cit., p. 442.

102. *Ibid.* p. 444.

103. Cf. TERTULIANO, *De virginibus velandis*, I; *Adversus Praxean*, II.

104. G. BARDY, «Montanisme», en *o. c.*, col. 2363.

negar la evolución de sus ideas es ir contra la propia evidencia[105]. Ciertamente Tertuliano es exaltado por temperamento, y tiende al extremo, por instinto, en sus teorías. Ya en el *De spectaculis*, alrededor del año 200, anima a los cristianos a no hacer ninguna concesión al mundo, tampoco la de acudir a los espectáculos públicos, pues el gran espectáculo del que serán testigos los cristianos será el fin del mundo, la venida del Señor y sus ángeles, el juicio de los buenos y los malvados y la nueva Jerusalén[106]. Pero este tinte de «escatología inminente» no es algo que Tertuliano haya extraído del montanismo necesariamente; es algo que flotaba en el ambiente de los cristianos de su época, y puede haberlo fundamentado en el *Apocalipsis*, en san Justino, en el *Pastor* de Hermas[107] o en san Ireneo[108]. Era una concepción particular de la esperanza cristiana muy extendida en su época, una expectación escatológica compartida por muchos contemporáneos. Tertuliano mismo, en varias de sus obras, afirma estar seguro de la inminencia de la catástrofe[109]. Este modo de entender la esperanza será recurrente a lo largo de los siglos siguientes del cristianismo. D'Alès nos muestra incluso una serie de notas que, presentes en sus primeros es-

105. Cf. A. D'Alès, *La théologie...*, cit., p. 445.

106. Cf. Tertuliano, *De spectaculis*, xxx.

107. Cf. Bacht, «Montanisme», en *Dictionnaire de Spiritualité*, Beauchesne, París 1980, col. 1673.

108. Con respecto a san Ireneo, puede consultarse el capítulo 46, «El régimen del milenio según san Ireneo», en A. Orbe, *Introducción a la teología de los siglos II y III*, Sígueme, Salamanca 1988, así como los capítulos siguientes del mismo libro, pp. 954-1048. El milenarismo sobrevivió a estos autores y, aun combatido por la escuela de Alejandría, de modo especial por Orígenes, continuó como tema recurrente dentro la teología de autores católicos como Victorino de Petovio, Lactancio, y también, durante un período de sus escritos, a san Agustín. Cf. A. D'Alès, *o. c.*, p. 448.

109. Cf. Tertuliano, *De spectaculis*, xxix; Id., *Apologeticum*, xxi, 6; Id., *De patientia*, i; Id., *De cultu feminarum*, ii, 9; etc.

critos, nos dan los rasgos de alguien que no es precisamente montanista. Pasamos a citarlas brevemente[110]:

– A pesar de declaraciones imprudentes sobre la indiferencia de los cristianos en materia política, los presenta como servidores del Imperio, interesados en su conservación, ocupados en retrasar el fin del mundo con sus oraciones[111].

– En las cuestiones religiosas, se adhiere al principio de autoridad como única garantía de la unidad contra los extravíos del pensamiento individual, y muestra la tradición apostólica como piedra de toque que permite reconocer y denunciar toda «novedad» individual.

– Compadeciéndose de los sufrimientos, se guarda de condenar la huida en la persecución[112].

– Si bien tiene en alta estima la castidad, no deja de venerar el matrimonio como institución divina, y se limita a desaconsejar las segundas nupcias.

– Aprueba el ayuno, pero aprecia los dones del creador, y maldice la abstinencia altanera de los marcionitas.

– Respeta la autoridad de la Iglesia y admite el perdón para todas las faltas, si bien admite que el pecador renuente no obtiene el perdón.

– Admite que todos los creyentes no son más que una sola cosa en Cristo.

En resumen, como ciudadano y como creyente se adhiere al Evangelio comentado por la práctica de la Iglesia, pero la influencia del iluminismo frigio le hará desviarse de estas enseñanzas.

Es hacia el año 213 cuando Tertuliano rompe abiertamente con la Iglesia. Comienza a hablar de la nueva profe-

110. A. D'Alès, *o. c.*, pp. 445-446.

111. Cf. Por ejemplo, Tertuliano, *Apologeticum*, xxx, 4; xxxii, 1; xxxix, 2.

112. Trataremos más extensamente este tema en nuestro estudio del *De fuga in persecutione*.

cía en el *Adversus Marcionem*, III, 24; IV, 22, del cual sólo poseemos la tercera edición, publicada cuando ya se había producido la ruptura. Es también tras su apostasía cuando invoca la autoridad de los profetas montanistas: Montano, Priscila (a la que también llama «Prisca»), Maximila y Próculo (o «Proclo»)[113].

Hasta entonces podía apartarse poco a poco de la práctica de la Iglesia, caer en los excesos verbales que le hicieron merecedor de los reproches de las autoridades eclesiásticas, además de una gran desconfianza por parte de los fieles. Pero esto no le venía necesariamente por los canales de la nueva profecía, sino que muy bien podía ser consecuencia de su espíritu exaltado, de «hombre de combate», de su carácter indomable, para dirigirse a lo que él veía como la verdad[114].

La «exuberancia apocalíptica», como dice Osborn[115], es capital también para entender la evolución de Tertuliano. Es un «teólogo de la esperanza»[116], basada en la Encarnación y

113. Cf. TERTULIANO, *De ieiunio adversus psychicos*, I, citando a Montano, Priscila y Maximila; ID., *Adversus Praxean*, I, 29, donde cita a Montano, Prisca y Maximila; ID., *De ieiunio adversus psychicos*, XII, donde se cita a Montano; ID., *De exhortatione castitatis*, X, donde habla de Prisca; ID., *De resurrectione carnis*, XI, donde opone triunfalmente «nuestras» costumbres, «nuestra» fe, «nuestras» estaciones, «nuestro» garante, etc., a «vuestras» iglesias, «vuestro» obispo de Útica, etc. Cf. también ID., *Adversus Marcionem*, I, XXIX; III, XXIV; IV, XXII; ID., *De fuga in persecutione*, II; ID., *De anima*, IX; ID., *De ieiunio adversus psychicos*, X, 12, 13, 14, 17; ID., *De monogamia*, 1, 4, 7, 12, 15; ID., *De pudicitia*, 1, 3 4, 9, 10, 19. Cf. G. BARDY, «Montanisme», en *o. c.*, col. 2364.

114. Cf. G. BARDY, *o. c.*, col. 2364.

115. Cf. E. T. OSBORN, *Tertullian, First Theologian of the West*, Cambridge 1997, pp. 214ss.

116. Una interesante exposición del sentido de la historia en Tertuliano lo podemos ver en el artículo de G. HÉBERT, «Tertullien: Une philosophie de l'histoire», en *Penser la foi. Recherches en théologie aujourd'hui*. Mélanges offertes a Joseph Moingt, Paris 1993, pp. 413-423.

en el juicio final; en buena medida esta posición tiene su origen en la suerte de los mártires, como explicación definitiva de una realidad de difícil inteligencia: cómo un Dios bueno puede permitir el sufrimiento del justo. Al final, Dios lo colocará todo en su sitio[117]. El fin del mundo está a punto de llegar. La Jerusalén celestial está tan próxima que hasta ya la han visto: así lo dice en el libro III del *Adversus Marcionem*[118], hablando de una visión que tuvieron las legiones romanas durante cuarenta días en el curso de una expedición a Oriente, presumiblemente la de Septimio Severo contra los partos en 197-198 y contra los últimos restos del ejército de Pescenio Niger. Verdad o no, esto reforzó en Tertuliano sus inclinaciones milenaristas y acrecentó en él la «autoridad del Paráclito», pues coincidía con lo predicho por los profetas frigios. Recordemos que Maximila había anunciado el fin del mundo para poco después de su muerte[119]. Este «final de los tiempos» implica, a sus ojos, una disciplina más estricta, una exigencia de ascetismo que responde a su anhelo más profundo. Esta *extremitas* queda marcada también por una expansión carismática que lo hace sensible a la actividad permanente del Espíritu.

Expectación escatológica, rigorismo ascético y florecimiento espiritual son tres trazos que podían conquistar con facilidad al cartaginés para la nueva profecía. A éstos se puede añadir un cuarto: el respeto de la *regula fidei*, de modo particular en el dogma trinitario[120]. Como escribe Braun, sus posiciones extremas le llevaron a una ruptura real con la Iglesia[121]. El que a un espíritu libre como el suyo se

117. Cf. E. T. OSBORN, *o. c.*, pp. 214ss.

118. Cf. TERTULIANO, *Adversus Marcionem*, III, 24.

119. R. BRAUN, «Tertullien et le montanisme», en *Rivista di Storia e Letteratura Religiosa* 21 (1985), 247.

120. Cf. *ibid.* Cf. también G. BARDY, «Tertullien», en *Dictionnaire de théologie catholique*, cit., cols. 140-143.

121. Cf. R. BRAUN, «Tertullien et le montanisme», en *o. c.*, p. 251.

le presentase la posibilidad de las revelaciones individuales –aun respetando la regla de fe–, dando prioridad a los profetas, supuso una especie de liberación[122]. El pasaje del *De anima*, IX, donde relata el éxtasis profético de una mujer durante la Eucaristía dominical, es buena prueba de su adhesión al montanismo, si bien esos éxtasis no se veían acompañados de los fenómenos mórbidos que se daban en los profetas catafrigios[123]. Es más, curiosamente las visiones vienen a propósito del tema que se está tratando y parecen muy razonables, tienen un orden lógico y proporcionan al orador un argumento de primer orden, irrefutable.

El montanismo se convierte en el refugio de Tertuliano. Como defiende Bardy, termina por reconocerse dentro de las teorías montanistas, y finalmente llega a la adhesión plena a la doctrina de Montano y sus sucesores. Sus últimas obras nos lo colocan, ya no como católico, sino como sacerdote de la comunidad montanista de Cartago y discípulo resuelto del Paráclito[124].

Entre los estudiosos es cuestión todavía polémica afirmar que el abandono de la Iglesia por parte de Tertuliano fue un hecho consumado, o simplemente encabezó una corriente rigorista. Sobre ello hay discrepancias, pues maestros como Bardy o Braun sostienen lo primero, mientras que Barnes[125], Osborn[126] y otros defienden lo contrario. Con todo, es interesante presentar aquí una serie de consideraciones de Braun al respecto, que marcan la diferencia entre lo que él llamaría la Iglesia en cuanto Espíritu, y la Iglesia en cuanto suma de obispos[127]. La idea de Iglesia en cuanto

122. G. Bardy, *o. c.*, col. 2364.

123. Cf. *ibid.*, cols. 2364-2365.

124. G. Bardy, «Montanisme», en *o. c.*, col. 2365.

125. Cf. T. D. Barnes, *Tertullian*..., cit., pp. 83ss.

126. Cf. E. T. Osborn, *Tertullian, First*..., cit., pp. 176ss.

127. *Ecclesia Spiritus* y *Ecclesia numerus episcoporum*.

Espíritu es una realidad que aparece ya desde el principio de sus obras. En su *Ad martyras*, I, 1 ya habla de la *domina Mater Ecclesia*. Este tema es estudiado por el mencionado profesor, que afirma que, con su metafísica de fondo estoico, siempre vio a la Iglesia como un ente espiritual. La concepción «pneumática» de la Iglesia no le vino por el montanismo, pero venía contrapesada, en la época en que escribe el *De praescriptione haereticorum*, por el profundo sentido y conciencia de la tradición apostólica: acudiendo a la serie de obispos, al desarrollo de la liturgia, invitaba a hacer la prueba de la apostolicidad de una doctrina cuyo autor es el Espíritu[128]. Sin embargo, ponía menos el acento en la efusión de Pentecostés que en el reino del Paráclito que está al final. El deber del cristiano, iluminado por el Espíritu, era, para Tertuliano, santificarse para cumplir la voluntad del Padre, según *Mt* 5, 48 y *1 Ts* 4, 3, y esta santificación, que es también una espiritualización, se realiza en una Iglesia que no puede admitir el compromiso con el pecado, con la corrupción, con lo que no sea divino, porque es la asamblea de los santos, la reunión de los «templos de Dios». Esta concepción de una Iglesia que es «propia y principalmente» el Espíritu, contiene elementos que después serán desarrollados hasta el extremo por el donatismo. Si es esencialmente su realismo ontológico el que lo condujo a la concepción de la Iglesia-Pneuma, fue el montanismo el que, al colocarlo en conflicto con la jerarquía acerca de ciertos aspectos de la práctica cristiana, contribuyó poderosamente a hacerle tomar conciencia de la oposición entre su concepción personal y la que prevalecía entre los «católicos»[129].

128. Cf. TERTULIANO, *De praescriptione haereticorum*, XX; XXVIII, 1. Las reflexiones que hemos apuntado de R. BRAUN se encuentran en el artículo antes citado: «Tertullien et le montanisme...», 254-256.

129. Cf. R. BRAUN, *ibid.*, 257.

Es interesante resaltar que la idea del reinado del Paráclito es básica en la teología de Tertuliano. Con todo, es difícil determinar aproximadamente en qué momento entró este tema en su pensamiento. Ya en el *De praescriptione haereticorum*, al tiempo que habla sobre el deber de estar unido a la tradición apostólica, cita en dos ocasiones el texto de *Jn* 16, 13, en que el Señor promete a los apóstoles enviarles el Paráclito, el que lleva al conocimiento de toda la verdad; no obstante, la interpretación que hace en este libro es «católica». A este mismo pasaje de san Juan acudían los montanistas para justificar su profetismo, y cuando Tertuliano se adhiera a la nueva profecía, su punto de vista habrá cambiado, pues en vez de admitir que el Espíritu descendió sobre los apóstoles en Pentecostés, retrasa su venida hasta la época de Montano[130]. Lo vemos en su tratado *De virginibus velandis*: «¿Qué hace el Paráclito, sino trazar la línea del deber, desvelar el sentido de las Escrituras, reformar los modos de pensar, promover el bien? Todo sigue al progreso de los tiempos, todo llega en su momento. Dice el Eclesiastés que hay un tiempo para cada cosa. Ved en el mundo material cómo crecen los frutos... Del mismo modo en el mundo moral, pues el Dios del mundo moral no es otro que el del mundo material, la edad primera pertenece a la mente de Dios; con la Ley y los Profetas vino la infancia; el Evangelio trajo los ardores de la juventud; hoy el Paráclito señala la madurez: Él ha sucedido a Cristo y la humanidad no conocerá otro»[131].

En este tratado, Tertuliano presenta por primera vez la doctrina montanista del Paráclito, pero no rompe aún con la gran Iglesia, de la que se apartará después, pero ya reconoce una cierta evolución de la revelación que se consuma-

130. A. D'Alès, *La théologie...*, cit., pp. 448-449.

131. Tertuliano, *De virginibus velandis*, 1.

rá con una nueva efusión del Paráclito tras la época apostólica. La cita de *Qo* 3, 17: *Hay un tiempo para cada cosa,* será clave en su paso al montanismo[132].

Munier[133] hace una interesante distinción entre la *regula fidei*, la «doctrina», defendida tanto por católicos como por montanistas, que permanece inalterable, y la *disciplina*, que sí puede cambiar por impulso del Paráclito. Y Así Tertuliano, si bien en el *De praescriptione haereticorum* admitía que el Espíritu, tras Pentecostés, confirmó a los apóstoles en la posesión de la plenitud de la verdad de fe[134], en el *De monogamia*, escrito tras su paso a la secta frigia (hacia 213), afirma que, si bien el Espíritu ha conferido a los apóstoles la plenitud de la verdad, «¿por qué –pregunta– el mismo Espíritu no podría ayudar, viniendo tras los apóstoles, para conducir a la *disciplina* a esa plenitud de la verdad, a través de los pasos de las diversas épocas, conforme dice el Eclesiastés: *Hay un tiempo para cada cosa*?»[135].

Esa *disciplina* se refiere a todo aquello que no pertenece al dominio de la fe: las leyes morales, los ritos, las cuestiones disciplinares y también las cuestiones doctrinales no comprendidas expresamente en la *regula fidei*. Es ése el dominio del Paráclito en el que está llamado a intervenir para santificar a los fieles[136], manifestándoles las exigencias que el Señor no había podido imponer a sus discípulos, pues no eran ca-

132. No trataremos la doctrina de Tertuliano sobre el Paráclito y la Santísima Trinidad. Sobre ello podemos recomendar, entre otros escritos, el artículo de C. MORESCHINI, «Tradizione e innovazione nella pneumatologia di Tertulliano», en *Augustinianum* 20 (1980), 633-654.

133. Cf. CH. MUNIER, «L'autorité de l'Église et l'autorité de l'Esprit d'après Tertullien», en *Revue des Sciences Religieuses* 58 (1984), 77-90.

134. Cf. TERTULIANO, *De praescriptione haereticorum*, VIII, 14-15; XXVIII, 1. E. T. OSBORN, *Tertullian, First theologian...*, cit., p. 211.

135. Cf. TERTULIANO, *De monogamia*, III, 10.

136. Cf. TERTULIANO, *Adversus Praxean*, XIII, 3; ID., *De pudicitia*, XI, 3.

paces de llevar el yugo[137]. Los responsables de la gran Iglesia no dejaron de objetar que, en virtud de este principio, se podía atribuir al Paráclito todo tipo de novedad[138]. Pero Tertuliano responde que el espíritu del mal se muestra antes en la corrupción de la doctrina; en cuanto al Paráclito, éste garantiza todas las verdades de la fe cristiana, pero también revela todo lo que el Señor le ha confiado en materia de disciplina, con el fin de enseñar a los fieles[139]. La *disciplina* y la *conversatio* pueden ser susceptibles de cambio y renovación, pues la gracia de Dios no cesa de llevarlas a la perfección. El advenimiento del Paráclito marca para los cristianos la llegada a la edad adulta[140], y esas nuevas exigencias han llegado a través de la mediación de los nuevos profetas, Montano, Prisca y Maximila, y no sólo de ellos, sino que la manifestación del Espíritu aparece como algo tangible gracias a los fenómenos extáticos, que son rechazados por la gran Iglesia, la de los «psíquicos». Esos fenómenos carismáticos atestiguan la presencia del Espíritu y son el signo distintivo de la verdadera Iglesia. Y lo mismo que acusa a los marcionitas de carecer de ellos y acusa de «impotencia espiritual» a la secta[141], también arremete con el mismo argumento contra la gran Iglesia.

En *De Pudicitia*, I, 10-13 relata nuestro autor su «conversión» a la secta y sus razones[142]. Intenta justificarse y considera un error el haber continuado perteneciendo a la comunidad en la que antes se encontraba integrado, la de los «psíquicos», en la cual veía la incoherencia de que fornicarios y adúlteros encuentren el perdón por parte de los

137. Cf. ID., *De monogamia*, II, 3.

138. Cf. *ibid.* XIII.

139. Cf. *ibid.* II, 3.

140. Cf. TERTULIANO, *De virginibus velandis*, I, 6-7.

141. CH. MUNIER, «L'autorité...», en *o. c.*, 88.

142. Cf. el interesante artículo de V. GROSSI, «A proposito della conversione di Tertulliano al montanismo» (*De Pudicitia* I, 10-13), en *Augustinianum* 23 (1987), 57-70.

obispos. El análisis que hace Grossi sobre las consecuencias de la actitud de Tertuliano, que coloca en primer lugar su propia «conciencia», al margen de la comunidad de fe a la que hasta entonces pertenecía, es muy profundo, y nos hace ver cómo esta actitud sería un precedente y estaría en el fondo de los grandes problemas suscitados por la modernidad y la llamada «libertad de conciencia», y, ya en el seno del cristianismo, por Lutero y la Reforma protestante.

La evolución de Tertuliano hacia el montanismo no deja de ser interesante. He aquí una exposición resumida de algunos de los rasgos que se encuentran en la doctrina de la nueva profecía siguiendo varios de sus escritos.

Barnes, en su célebre estudio sobre nuestro autor, comienza comentando el episodio del *De corona militis*, en el cual se rechaza de plano que el cristiano pueda servir en el ejército, y afirma como contrario a la fe el llevar cualquier tipo de guirnaldas, pues es símbolo de connivencia con los ídolos[143]. A pesar de ser una posición extrema, este punto de vista podía ser visto con simpatía por muchos cristianos, quizás la mayoría. Es una concreción del tema de la idolatría, ya tratado anteriormente en su libro *De idololatria*. Con todo, ya aborda una cuestión que había suscitado debate en la comunidad cristiana de Cartago: para muchos, el soldado del que se hace mención en el episodio se habría expuesto al martirio de modo temerario.

En el *De ieiunio* se acomete una tarea bastante más difícil. Las prácticas montanistas sobre el ayuno eran una innovación. Prolongaban los ayunos (*stationes*), que en general duraban medio día, hasta la noche, además de la *xerofagia*, esto es, de alimentarse a base de frutos secos durante dos semanas y abstenerse de lavarse[144]. Con todo, co-

143. Cf. T. D. BARNES, *Tertullian...*, cit., p. 134.

144. Cf. TERTULIANO, *De ieiunio adversus psychicos*, I.

menta Osborn, ese tipo de ayuno encuentra su precedente en los preceptos de varios obispos; por ello no debe haber objeción contra el ayuno y la *xerofagia* si se practican bajo el impulso del Paráclito[145]. Además, no hay comparación con herejes como Marción, pues éste enseña la abstinencia perpetua, mientras que los montanistas practican la *xerofagia* sólo durante dos semanas al año y vuelven a comer normalmente cuando ha pasado esta temporada[146].

Dice Barnes que este tratado sobre los ayunos se dirige a dar ánimos a la propia comunidad montanista. Primero rebate los ataques que los católicos dirigían a su comunidad y fundamenta la práctica del ayuno en la enseñanza de la Biblia, y después se retuerce en un ataque salvaje, pues –afirma–, mientras que las prácticas de ayuno montanistas dan lugar a la humildad, a saber soportar las penalidades de la cárcel y la tortura y afrontar el martirio con alegría, en el lado católico se encuentran «antitestimonios», como un reciente «mártir», que murió sólo porque estaba demasiado bebido para renegar[147]. Es más, los católicos se han convertido en gente glotona y sensual que consideran su estómago como su Dios. En fin, frente a los cristianos que se preparan para el final en su lucha contra el mundo, «un cristiano bien gordo le haría mejor papel a los osos o leones que a Dios, a no ser que deba ejercitar su delgadez ante las bestias»[148].

Otro tema que suscita gran preocupación a nuestro autor es el del matrimonio y las segundas nupcias. Aparte de la cuestión que los especialistas se han planteado de si su matrimonio fue anterior o posterior a su conversión al cristia-

145. Cf. *ibid.*, XIII.

146. E. T. OSBORN, *Tertullian, First Theologian...*, cit., p. 212.

147. Cf. T. D. BARNES, *Tertullian...*, cit., pp. 135-136, comentando *De ieiunio adversus psychicos*, XII, 3.

148. TERTULIANO, *De ieiunio adversus psychicos*, XVII, 9.

nismo, o si se quedó viudo, hay que decir que este tema tiene raíces antiguas, tanto cristianas como paganas, pero recibió la confirmación en la nueva profecía, ya que, como afirma Eusebio[149], Maximila y Prisca abandonaron a sus maridos para dedicarse a una existencia célibe. En el interior de nuestro Tertuliano se debatía la batalla entre unas exigencias de pureza muy fuertes y la natural sensibilidad hacia el sexo opuesto. Reconoce que en su juventud cometió adulterio, y en su edad avanzada clamaba por una existencia pura[150]. Lo cierto es que, con respecto a las segundas nupcias y a su visión de la mujer, se aprecia una evolución clara en su pensamiento. Así, en lo que se refiere a las mujeres, en el libro II de su *De cultu feminarum*, que se remonta a 196-197, habla de las mujeres elogiosamente[151]; en su libro I, ya de época montanista, habla de ellas como hijas de Eva, puerta de entrada del diablo, desertora de la ley divina y que sedujo a Adán, imagen de Dios[152]. Entre esas dos obras nuestro autor desarrolló dos temas que después retomaría en su etapa montanista. Una larga sección del *De oratione* trata del hecho de que vírgenes y casadas vistan el velo en la iglesia[153].

En los dos libros *Ad uxorem* muestra un gran aprecio por el matrimonio. Ante una eventual viudedad de su esposa, cristiana como él, en el primer libro elogia la continencia, apelando continuamente a las epístolas de san Pablo, estigmatiza las segundas nupcias como concupiscencia y le plantea como reto el imitar los ejemplos de castidad de mujeres paganas. La continencia ayuda a ganar la vida eterna, y

149. *Historia eclesiástica*, V, XVIII, 3.

150. Cf. TERTULIANO, *De resurrectione carnis*, LIX, 3.

151. Cf. ID., *De cultu feminarum*, II, 1, 1.

152. Cf. ID., *De cultu feminarum*, I, 1, 1.

153. Cf. ID., *De oratione*, XXI, 1ss.

además tendrá consuelo en pensar en sus palabras. Pero como los argumentos no parecen del todo convincentes, en el libro II la exhorta a que, en caso de que se case, lo haga al menos con un cristiano. Hacerlo con un pagano sería poner en serio peligro su fe, su vida y sus prácticas cristianas[154].

Ya en su período montanista, abordó el problema de otra manera. En el *De exhortatione castitatis* intenta persuadir a un católico a que no se case de nuevo tras la reciente muerte de su esposa. Rechaza las segundas nupcias de modo decisivo: es contrario a la voluntad de Dios, y el mismo san Pablo lo prohíbe en *1 Co 7*, 27. Tertuliano busca pruebas en las Escrituras y coloca el énfasis en el valor espiritual de la continencia y la virginidad. Es más, cita a la profetisa Prisca: «La pureza dota de armonía al alma, la persona pura contempla visiones y escucha voces que hablan mensajes de salvación»[155]. Las segundas nupcias no son más que un tipo de fornicación[156].

El *De monogamia* abunda en este mismo tema. Para los «psíquicos», excluir las segundas nupcias es una innovación herética. ¿Acaso no ha inaugurado el Paráclito una disciplina nueva y excesivamente áspera? Por otro lado, los herejes, ante la inminencia del fin, se abstienen rígidamente del matrimonio[157]. Ante esas objeciones, Tertuliano responde que la regla de fe permanece intacta ante la acción del Paráclito, hay una continuidad porque no hay ruptura con la regla de fe. Los herejes primero corrompen la regla de fe, y sólo entonces pervierten la disciplina, y como no hay tal corrupción de la doctrina, la nueva disciplina es auténtica[158]. El Paráclito da testimonio a Cristo y al Dios creador de

154. Cf. T. D. BARNES, *Tertullian...*, cit., pp. 137-138.

155. TERTULIANO, *De exhortatione castitatis*, X, 5.

156. Cf. *ibid.*, IX, 1.

157. Cf. ID., *De monogamia*, I, 1.

158. Cf. ID., *De monogamia*, II, 1-3. Cf. E. T. OSBORN, *Tertullian, First...*, cit., pp. 210-211.

acuerdo con la regla de fe, y entonces continúa revelando la nueva disciplina, que puede ser pesada, pero que es auténtica[159].

De hecho, el Paráclito podría haber pedido la virginidad o la continencia absoluta, lo cual no hubiera sido una innovación, ya que el Señor fue célibe y abrió la puerta del cielo a los «eunucos»[160], y el apóstol Pablo, *ipse castratus*, prefería la continencia[161], el Espíritu nos llama a una época de celibato, pues el fin se aproxima[162], más aún después de que han pasado ciento sesenta años. El Paráclito lo anunció antes de definirlo. Pero como consolador, ha moderado sus exigencias al matrimonio único por consideración a la debilidad humana[163].

La Escritura muestra que la disciplina de la monogamia no es una novedad extraña; fundamentada en la antigüedad, ha sido restaurada ahora como una posesión especial de los cristianos[164]. Como de costumbre, la economía de la salvación es central en su argumentación. Desde Moisés hasta Cristo se había tolerado el divorcio por la dureza del corazón humano, y lo mismo que la ley nueva de Cristo lo anuló, la nueva profecía ha eliminado las segundas nupcias. La debilidad de la carne ahora puede ser vencida por la presencia del Paráclito[165], y los que digan lo contrario apelando a una supuesta debilidad humana son los auténticos herejes, no los seguidores de la nueva profecía. «El Paráclito nos enseña que hemos de ayunar con frecuencia, pero no que nos casemos con frecuencia»[166].

159. Cf. TERTULIANO, *De monogamia*, II, 4.

160. Cf. Mt 19, 12.

161. Cf. 1 Co 7, 7.

162. Cf. 1 Co 7, 29.

163. Cf. TERTULIANO, *De monogamia*, III, 1, 10, 11, 12. Cf. E. T. OSBORN, *Tertullian, First...*, cit., p. 211.

164. Cf. TERTULIANO, *De monogamia*, IV, 1.

165. Cf. *ibid.*, XIV, 4-7.

166. E. T. OSBORN, *o. c.*, pp. 211-212.

En el *De virginibus velandis*, Tertuliano defiende que el Paráclito, que completa el Evangelio, exhorta a que las vírgenes vayan vestidas con velo durante las ceremonias litúrgicas, costumbre que era extraña a la Iglesia en Cartago. Para ello[167] se remonta a la tradición de otras Iglesias, también en África, y al mismo san Pablo[168].

La cuestión del martirio y lo que Tertuliano piensa sobre él en su época montanista se verá en los próximos apartados de esta obra, cuando se estudien las obras que mejor representan su pensamiento: el *Scorpiace* y el *De fuga in persecutione*.

Otra obra muy representativa de su etapa montanista es el *De pudicitia*. En este tratado se adentra en un tema que ya había abordado en el *De paenitentia*, donde admitía la posibilidad de una segunda penitencia para la remisión de los pecados cometidos tras el bautismo. En el *De pudicitia* restringe tal posibilidad a los pecados veniales. Pero la cuestión no se queda en un aspecto meramente «disciplinar»: si se pueden perdonar unos pecados y otros no. Las consecuencias de esta idea serán fatales para la teología tertulianea.

La ocasión de este tratado es conocida: un obispo, a quien Tertuliano llama irónicamente como «pontífice máximo, obispo de obispos, bendito papa»[169], ha hecho publicar un edicto en virtud del cual se pueden remitir todos los pecados de adulterio y fornicación, lo cual provoca la indignación de nuestro autor. Se ha debatido ampliamente sobre qué personaje fue el autor de tal manifiesto, y, aunque algunos investigadores ven tras dicha retahíla de títulos al obispo de Roma, sin embargo la mayoría se inclina por identificarlo con Agripino, obispo de Cartago[170]. En el *De pu-*

167. T. D. Barnes, *Tertullian...*, cit., pp. 140-141.

168. Cf. 1 Co 11, 5ss.

169. *Pontifex maximus, episcopus episcoporum, benedictus papa.*

170. Cf. por ejemplo, G. Bardy, «Tertullien», en *o. c.*, col. 161; T. D. Barnes, *Tertullian...*, cit., p. 141.

dicitia afirma con claridad que hay tres tipos de pecados *irremissibilia*: la idolatría, los pecados contra el sexto mandamiento, como solemos decir en nuestra terminología clásica (*impudicitia* es el término que utiliza él) y el homicidio. Y no se contenta con afirmarlo, sino que se esfuerza en probarlo acudiendo a la Escritura.

Lo cierto es que, como afirma Bardy[171], en el período entre la composición del *De paenitentia* y del *De pudicitia* la Iglesia de Cartago se había modificado en una dirección más severa, y Agripino había creído conveniente volver a las prácticas más indulgentes de sus predecesores. No tenemos que sorprendernos de estas variaciones. Hipólito nos hace ver que en Roma, durante el papado de Calixto, se muestra demasiada indulgencia para con los pecadores, y que sus reformas fueron mal vistas por los partidarios de la severidad. Más tarde, en tiempos de san Cipriano, sabemos que se dará un tira y afloja entre éste y el papa de Roma acerca de la cuestión de los *lapsi*. Pero no vamos a abundar en esta cuestión, sino en otra que es más importante para nuestro autor en su período montanista.

En efecto, la cuestión más de fondo que se plantea es ver quiénes han de ser los ministros del perdón. Si bien el *De paenitentia* no menciona esta cuestión, en el *De pudicitia* se contempla cómo tal función parece corresponder al obispo. Nuestro autor, citando el edicto, dice: *Ego... dimitto*. Agripino se apoya, sin duda, en los ejemplos del Salvador, en las lecciones dadas por el Nuevo Testamento; pero es Él quien manda y, después de haber justificado su misericordia, legitima sus derechos; la Iglesia tiene el poder de remitir los pecados y la Iglesia está representada por el obispo, que es su cabeza: ¿no es el obispo, en efecto, el que ha heredado los derechos conferidos a Pedro por el propio Señor?

171. Cf. G. Bardy, *o. c.*, col. 162.

Contra esta objeción de Agripino, Tertuliano se retuerce fieramente y, viendo que no puede contestar el principio general de que la Iglesia pueda perdonar los pecados, hace una sutil distinción: la Iglesia, dice, es propia y principalmente el Espíritu, es decir, la Trinidad Divina, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y después los fieles que a ella se agreguen. Entonces, la Iglesia perdonará los pecados, pero la Iglesia-Espíritu –por el ministerio de un hombre espiritual–, y no la Iglesia en cuanto suma de obispos[172]. «Insiste en el principio: *solus Deus peccata dimittit*, y cuando se le objeta con el texto clásico de *Mt* 16, 19, niega simplemente a la Iglesia el poder de las llaves. Este poder se le confirió a Pedro a título personal, no se extiende a los demás obispos»[173].

Por eso llega a formular la frase que encontramos en el *De exhortatione castitatis*, XIV: *Ubi tres, ibi Ecclesia, licet laici*, alusión que también encontramos en el *De fuga in persecutione*, XIV, 1.

En el *De pudicitia*, XXI hace una interesante distinción entre *disciplina* y *potestas*. La primera se refiere a la norma a la que todos deben someterse, y que es el oficio de los obispos, a los que compete *no presidir mandando, sino sirviendo*. Pero la *potestas* se refiere a los dones dados a cada uno directamente por Dios, como sucede con hacer milagros o perdonar los pecados. Esa *potestas* sólo la tienen el profeta y el apóstol, en cuanto que su maestro es directamente el Espíritu Santo. Ya no quedan apóstoles, pero el Espíritu sigue suscitando *nuevos profetas*, en los cuales habla el Espíritu. Pero he aquí las terribles palabras que destrozan la misericordia divina: «Esto (la *potestas* de perdonar) yo lo reconozco mayormente en los nuevos profetas porque en ellos está el Espíritu Paráclito, que afirma: la Iglesia puede perdonar un

172. TERTULIANO, *De pudicitia*, XXI.

173. J. QUASTEN, *Patrología*, pp. 630-631.

delito, pero no lo hará, para que no se cometan otros». «Tertuliano no niega una Iglesia, pero el criterio de veracidad del ser cristiano no lo coloca en esta etapa de su vida en la transmisión de la fe y de la doctrina apostólica a las Iglesias instituidas por los apóstoles, sino a la acción directa del Espíritu en sus profetas. De hecho, niega a la Iglesia-institución el poseer la *potestas* apostólica, ya que ésta, siendo *virtus* propia, no era transmisible; la concede aún a la Iglesia de Montano porque poseía el Espíritu Paráclito en sí. En ese sentido interpreta las palabras de *Mt* 16, 18 relativas a Pedro»[174], sería el poder de los *espirituales*, «apóstoles o profetas. De hecho, la Iglesia, propia y principalmente, es el mismo Espíritu, en el cual está la trinidad de una divinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Reúne aquella iglesia que el Señor pone en los tres y, desde entonces, también dentro del número de los que están unidos en la misma fe: ellos son considerados la Iglesia por parte de su autor y del que la consagra. Por eso la Iglesia perdonará los pecados, pero la Iglesia-Espíritu por medio del hombre espiritual, no la Iglesia-número de obispos. Del Señor, y no del siervo, es el derecho y la libertad, de Dios mismo, no del sacerdote (obispo)»[175].

«Pero la cristiandad no siguió la lectura del Evangelio de Tertuliano y de los montanistas, pues creían en una Iglesia humilde, compuesta cada vez más de gente necesitada de conversión y perdón, más que de ser rechazada»[176].Tampoco tuvo éxito su concepto de eclesiología, que antes se ha mencionado. En este momento «la Iglesia no tiene para él, por así decirlo, ninguna realidad visible: reside esencialmente en el Espíritu Santo, que es sobre la tierra el principio de unidad entre

174. V. Grossi, «Instituzione e Spirito in Tertulliano (*De praescriptione - De pudicitia*)», en *Augustinianum* xx (1980), 645-654, p. 651.

175. Tertuliano, *De pudicitia*, xxi.

176. V. Grossi, *ibid.*, 652.

los fieles, lo mismo que en el cielo es el principio de unidad de las tres Personas divinas: Pues «la Iglesia es propia y principalmente el mismo Espíritu, en el cual está la Trinidad de la única divinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. (A la Iglesia) la congrega el Señor, que la puso en grupos de tres. Y así, por ello, también todo número (de personas) que están de acuerdo en esta fe, son contados como Iglesia por parte de Aquel que es su autor y el que la ha consagrado»[177].

Estamos aquí bien lejos de la visión «católica» de la Iglesia que Tertuliano había mostrado en su período católico en el *De praescriptione haereticorum*. Hablando como lo hace en el *De pudicitia*, Tertuliano expresa sus propias ideas o las del pequeño grupo al que se había adherido[178].

Dos de las obras objeto de este estudio han sido incluidas tradicionalmente dentro del catálogo de obras del período montanista de Tertuliano. En este caso concreto, pertenecen al grupo de las dirigidas contra los «psíquicos», el modo como denomina despectivamente a los católicos[179].

V. LA CONFESIÓN DE FE Y EL MARTIRIO

1. Los términos *martyr* y *confessor* en Tertuliano

Es conveniente, en primer lugar, clarificar las cuestiones terminológicas, como se ha hecho en el apartado anterior. Tertuliano es el primer teólogo en lengua latina, y en buena

177. Tertuliano, *De pudicitia*, XXI.

178. Cf. G. Bardy, «Tertullien», en *o. c.*, col. 143.

179. Cf. J.C. Frédouillé, *Tertullien et la conversion de la culture antique*, Études Augustiniennes, Paris 1977, p. 291; Cf. T. Ortolan, «Fuite pendant la persecution», en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, dir. por A. Vacant - E. Mangenot, Librairie Létouzey et Ané, 1920, t. VI, 1ª parte, cols. 951-955.

medida es el que acuña muchos de los términos que pasan al «latín cristiano». Pero no debemos olvidar que en el caso del martirio no se está hablando de elevadas cuestiones dogmáticas, que la gran masa del pueblo no comprendería en toda su hondura, sino de una situación vital crítica, clave y a la que con frecuencia se enfrentaba el cristiano de a pie, si bien no de una manera tan organizada como sucedió con la persecución de Decio. No era un acontecimiento extraño el encarcelamiento o condena de cristianos.

El temperamento de Tertuliano, original, independiente e individualista, marca profundamente tanto su estilo literario como el vocabulario que utiliza en sus escritos. Ahora bien, en el momento de dirigirse a los habitantes de Cartago para hablar del martirio, su lenguaje se debía conformar al modo de expresarse del pueblo en esa etapa.

Hay que dejar sentada una primera base, imprescindible para abordar el tema: el concepto y el término *martyr* en Tertuliano tienen una profunda raíz bíblica. Para comprobarlo, lo más adecuado es acudir a las citas de la Biblia que hace el africano. No hay que olvidar, sin embargo, que estamos en una sociedad todavía bilingüe, y que Tertuliano conocía y manejaba la traducción de los LXX y los originales griegos del Nuevo Testamento. Y tampoco hay que soslayar su papel tan «personal» en traducir a su manera la Biblia, que en muchas ocasiones cita de memoria. Eso se aprecia sobre todo en sus citas del Apocalipsis, pues siempre que en el texto griego se habla de *martyr* en el sentido de cristiano que confiesa su fe y por ello sufre la muerte, no empleará la palabra *testis*, traducción normal al latín, sino que lo transcribe como *martyr*[180]. Se utilizan estos textos

180. Cf. Así nos encontramos con *animae martyrum*, cita de Ap 6, 9 en *De oratione*, V, 3; VIII, 5; IX, 8; *De resurrectione carnis*, XXV, 1 y XXXVIII, 1.

para hacer patente el valor del martirio, como en *Scorpiace*, XII, 1. En este mismo capítulo habla Tertuliano de *Antipas, fidelissimus martyr.*

También utiliza nuestro autor en sus citas bíblicas la palabra *martyrium* en el sentido de «testimonio», como en *Scorpiace*, XIII, 11: *Ne ergo confundaris martyrium Domini nostri*[181]. En ese mismo capítulo cita en varias ocasiones textos de san Pablo a favor del martirio. Pero en otras ocasiones, como en *Adversus Marcionem*, IV, XXXIX, 4, tiene el significado de «testimonio», pero de testimonio relacionado con el martirio. También hay casos en que, al hablar de martirio, prefiere expresarlo con el plural *martyria*[182].

Cuando en el texto griego encontramos *martyria*, nuestro autor lo vierte al latín como *testimonium*, al igual que la Vulgata. Traduce *martyrein* por *testimonium dicere*, *testimonium perhibere* y *testari*, como en la cita que hace de *Jn* 5, 36-37 en varias de sus obras[183]. Asimismo, el testimonio del Padre o de Cristo se dice siempre *testimonium*, como en *Adversus Marcionem*, IV, XXXVI, 10 o XXII, 8.

Para abordar un estudio terminológico en este campo es clave el tratado *Ad Martyras*, que según algunos autores es el escrito de Tertuliano más antiguo[184]. En cualquier caso,

181. Cita de 2 Tm 1, 8, que en la *Vulgata* se lee: *Nolite erubescere testimonium Domini nostri.*

182. Cf. H. A. M. HOPPENBROUWERS, *Recherches sur la terminologie du martyre de Tertullien à Lactance*, (Col. *Latinitas Christianorum Primaeva*, nº 15), Dekker & van der Vegt, Nimega 1961, p. 23.

183. Cf. TERTULIANO, *Adversus Praxean*, XXI, 13; ID., *De praescriptione haereticorum*, XXVIII, 6, hablando de la predicación de Pablo: *testimonium reddere*; ID., *Adversus Marcionem*, IV, XVIII, 7 = V, XIII, 3 = V, XIV, 6: *testimonium perhibere*; de Dios sobre Cristo, ID., *Adversus Praxean*, XXXI, 3, *testari*; ID., *De anima*, XVII, 13, *testificari*. En un sentido no bíblico *testimonium dicere*, ID., *De resurrectione carnis*, XLVIII, 3; *De idololatria*, X, 6.

184. Confrontar diversos autores: Mohrmann, Braun, Quasten, Campenhausen...

sí que es general entre los investigadores el reconocer que se trata de un escrito temprano. Escrito en forma de carta de consolación[185], al estilo de la *Consolación a Helvia* de Séneca, contrasta con las obras de tinte polémico donde también se recoge en parte su doctrina sobre el martirio, como son *Ad nationes*, *Apologeticum*, *Ad Scapulam* o el *Scorpiace* y el *De fuga in persecutione*. Las tres primeras son obras en que se dirige a los paganos, y la dos últimas son obras dirigidas a la comunidad cristiana.

La palabra *martyr* en latín aparece por primera vez en Tertuliano[186] en *Ad martyras*, I, 1, claro ejemplo de préstamo lingüístico de la lengua griega a la lengua latina; «en las palabras que designan una persona concreta o una cosa, el latín cristiano prefería tomar prestado del griego el término, como sucede con los que designan las instituciones jerárquicas o las divisiones del pueblo cristiano»[187]. Y así, esas expresiones que nuestros escritores recogen se deben a que ya habían entrado en la lengua hablada[188].

Ya en nuestro autor podemos ver cómo la palabra tiene el valor que hoy le damos: «el cristiano que da su vida porque quiere permanecer fiel a su fe»[189], como en *Scorpiace*, VI, 10 o en VI, 11.

185. Cf. CH. MOHRMANN, *Monumenta Christiana*, Utrecht 1950, t. I, 3, p. 187.

186. G. CLAESSON, en su *Index Tertullianeus*, Institut des Études Augustiniennes, Paris 1974, vol. 2, p. 936, recoge 39 registros de esta palabra.

187. H. A. M. HOPPENBROUWERS, *o. c.*, p. 7. Cf. CH. MOHRMANN, «Les emprunts dans la latinité chrétienne», en *VC* 4 (1950), 196.

188. No debemos olvidar la situación de bilingüismo que se vivía en las primeras comunidades en el Occidente del Imperio, de liturgia en griego y de uso frecuente de esta lengua, al tiempo que la lengua vernácula de la mayoría de sus componentes era el latín.

189. En los medios paganos el primer autor que recoge esta significación es Amiano Marcelino, ya en pleno siglo IV, en su *Historia* XXII, 11, 10.

Pero el vocablo *martyr* también se emplea para referirse a los prisioneros que esperan el suplicio[190] porque, si bien se llama mártir al que ha sufrido la muerte, ésta llega después de los suplicios que la preceden[191]. Por eso se habla de *martyr* al referirse a los que esperan en la cárcel la muerte[192]. Tertuliano no distingue tan netamente *martyr* de *confessor* como después lo haría san Cipriano.

En el de *De praescriptione haereticorum*, III, 5, hay un pasaje que habla de la posible caída en la herejía de un mártir. Estamos ante la «clase» de los mártires de la Iglesia primitiva, es decir aquellos que no habían llegado a morir en los padecimientos y habían recuperado la libertad. Eso les convertía en personas con mucho prestigio dentro de la comunidad, sin ser miembros de la jerarquía, como tampoco lo eran los doctores o las viudas y vírgenes: sería un carisma, un don de Dios, lleno de gracias, pero que no excluía el que se pudiese caer en la herejía[193]. El haber resistido durante la persecución y haber sido por ello «mártir» otorgaba un gran prestigio[194], que podía suponer que el personaje llegase incluso a alcanzar el episcopado.

Otro interesante texto que nos ofrece nuestro autor es el de *Ad martyras*, I, 1, donde se dirige a los cristianos en

190. Cf. H. A. M. HOPPENBROUWERS, *o. c.*, p. 11.

191. Cf. TERTULIANO, *Scorpiace*, XXXVII, 5.

192. Cf. ID., *Ad martyras*, I, 6; ID., *De pudicitia*, XXII, 3.9.

193. Cf. S. VICASTILLO, *Tertuliano. «Prescripciones» contra todas las herejías*, Ciudad Nueva, Madrid 2001, pp. 146-147. Por eso nuestro autor deja bien claro que en el fondo *nemo mayor nisi christianus, nemo autem christianus nisi qui ad finem usque perseuerauerit* (*De praescriptione haereticorum*, III, 6). Como ya veremos en el comentario al *De fuga in persecutione*, en su época de exacerbado montanismo preferirá antes la apostasía en medio de las torturas a huir ante el perseguidor.

194. Por eso niega al glotón Pristino el título de mártir, al que los «psíquicos» consideran como tal. Cf. TERTULIANO, *De ieiunio adversus psychicos*, XII, 3.

prisión como *martyres designati*, es decir, elegidos por Dios para recibir el martirio. Calca aquí una fórmula oficial, haciendo referencia a los «cónsules designados».

En su interesantísimo estudio sobre la terminología del martirio de Tertuliano a Lactancio, el profesor Hoppenbrouwers niega que expresiones que nuestro autor emplea, como *Perpetua fortissima martyr*[195], *Rutilius, sanctissimus martyr*[196], o *Iustinus philosophus et martyr*[197], tengan un significado cultual, aunque esté próximo al sentido que la Iglesia y su liturgia dan a la expresión «mártir»[198]. El vocablo griego *martyr* tiene la significación primera de «testigo» en un proceso forense. Si bien pasa al latín a través del griego de la Biblia, como ya hemos visto, ello no excluye que siga conservando en el fondo ese matiz «jurídico», como podemos leer en *De fuga in persecutione*, XII, 5. Por ello nuestro autor se refiere a la muerte de san Pablo de la siguiente manera: *et postea Paulo quem paradysi quoque compotem fecit ante martyrium*[199]. El martirio es un hecho frecuente en la vida de la Iglesia, *tot charismata perperam operata, tot sacerdocia perperam functa, tot denique martyria coronata*[200]; *(ecclesia) martyrum exornata*[201].

En cuanto al término *confessor*, aparece en Tertuliano por primera vez a modo de neologismo cristiano. Pero parece ser que aún no se halla el vocablo cargado del contenido semántico de nuestro *confesor*[202]. Así, encontramos varias veces el término en nuestro autor[203] bajo la fórmula de una

195. ID., *De anima*, LV, 4.

196. ID., *De fuga in persecutione*, V, 3.

197. ID., *Adversus Valentinianos*, V, 11.

198. Cf. H. A. M. HOPPENBROUWERS, *Recherches...*, cit., p. 13.

199. TERTULIANO, *Scorpiace*, XII, 1.

200. ID., *De praescriptione haereticorum*, XXIX, 3.

201. *Ibid.*, XXXVI, 5.

202. Cf. H. A. M. HOPPENBROUWERS, *o. c.*, pp. 38-41.

203. Siete veces según el inventario de G. CLAESSON, *Index Tertullianeus*, cit., vol. 1, p. 260.

proposición relativa comprimida, y se trata de un comentario de una cita bíblica. Hoppe[204] se inclina por derivar el origen de *confesor* del verbo *confiteri* basándose en la inclinación que Tertuliano tiene de buscar expresiones vigorosas. Por ello prefiere acudir a formar derivados verbales en -tor/-trix antes que acudir a una oración de relativo[205].

Un primer significado del término *confessor* es «profesar la verdadera fe en Cristo». En cambio, en *Scorpiace*, XI, 3, nos encontramos con un uso ambiguo de *confessor*: «Cuando (el Espíritu Santo) quiere que se visite a los hermanos que están en la cárcel, nos impone que cuidemos al que soporta la confesión[206]». Para Hoppenbrouwers[207] aquí no se referiría a los confesores en cuanto que están a punto de alcanzar el martirio cruento, sino que el contexto en que se presenta esta cita es el de la confesión en este mundo, para que en el cielo Cristo nos confiese a nosotros. No coincide aquí con la explicación que da Giovanna Azzali Bernardelli, para la que sería una clara referencia a los que van a morir mártires.

2. La causa «externa» de la persecución. Paganos y judíos

Para Tertuliano la causa de la persecución es siempre la misma[208]: la ignorancia[209] o el odio por parte del paganismo

204. Cf. H. Hoppe, *Syntax und Stil Tertullians*, Leipzig 1903, p. 142.

205. Por ejemplo, tenemos *De carne Christi*, XVII, 6; *De ieiunio adversus psychicos*, X, VI; etc.

206. G. Azzali Bernardelli en su edición de *Scorpiace* (Col. «Biblioteca Patristica», nº 14), Nardini Editore, Florencia 1990, propone la lectura *confessuris*.

207. H. A. M. Hoppenbrouwers, *Recherches...*, cit., pp. 39-40.

208. Cf. A. Quacquarelli, *La persecuzione...*, cit., p. 570.

209. Cf. Tertuliano, *Apologeticum*, I, 1.

suscitado por el demonio[210]. Si bien por un lado intenta dejar en buen lugar a los buenos emperadores presentándolos como protectores de los cristianos[211], por otro intentará mostrar el verdadero rostro del cristianismo, dejando en evidencia la degeneración de la sociedad pagana. En este empeño escribe dos obras capitales: el *Apologeticum* y *Ad nationes*.

Podemos, en fin, resumir aquí las ideas principales:

1. A los cristianos se les persigue por el mero hecho de serlo, de pertenecer al *nomen Christianum*[212]. De hecho, el que reniega de su condición de cristiano obtiene la libertad: las acusaciones que se hacen, por tanto, son inválidas; la única acusación verdadera es la de ser cristiano[213].

2. Son falsas las acusaciones implícitas que se hacen a los que son cristianos, sin más fundamento que los rumores: «Se dice de nosotros que somos los peores de los delincuentes, porque cometemos infanticidios en secreto y luego hacemos banquete con las víctimas. Se dice que después del convite nos dedicamos al incesto, con la complicidad de los perros, que tiran al suelo las antorchas. Se dice que, como alcahuetes de las tinieblas, nos procuramos la vergüenza de impías obscenidades»[214].

3. Los paganos sí que realizan las acciones que intentan imputar a los cristianos[215].

4. Frente a las acusaciones de impiedad por no adorar a los dioses del Imperio, Tertuliano responde con una afirmación clara de que hay un único Dios, el de los cristianos,

210. ID., *De spectaculis*, VIII.

211. Tal es el caso de Septimio Severo, aunque durante el reinado de éste se produjeron persecuciones anticristianas.

212. Reminiscencia del uso clásico de *nomen* para indicar un pueblo, como en la expresión *nomen Latinum*.

213. Cf. TERTULIANO, *Apologeticum*, II-III.

214. *Ibid.* VII, 1.

215. Cf. *ibid.*, IX; XXXV.

mientras que los dioses de los paganos serían simplemente demonios[216].

5. Frente a las acusaciones de no respetar al emperador por no adorarlo, responde reafirmando la unicidad de Dios y su soberanía, a la que está sometido el mismo César[217]. Eso sí, como buenos ciudadanos piden a Dios por el soberano[218]. Incluso, gracias a la oración de los cristianos, el inminente fin del mundo se demora[219].

6. Deja en evidencia a los filósofos paganos, que no vivían una vida recta y cuyas ideas eran a veces disparatadas, frente a la equidad y moderación virtuosa de los cristianos[220].

7. Abundando en lo positivo, el autor habla de los cristianos como de «un cuerpo por la conciencia de religión, por la unidad de disciplina y por la asociación de la esperanza»[221]. En el mismo capítulo XXXIX del *Apologeticum* relata cómo se reúnen para orar, para escuchar la Escritura y aprender la doctrina de boca de los presbíteros que presiden; socorren a sus hermanos, sobre todo huérfanos, viudas, encarcelados, náufragos...; sepultan a sus difuntos..., y la marca por la que los conocen es el clásico «mirad cómo se aman unos a otros»[222]. Lo que es más, aman a sus ene-

216. Cf. *ibid.* X-XXVIII. Puede conectarse con este argumento el que se culpara a los cristianos de todas las catástrofes que sucedían: *ibid.* XL, 2: «Si el Tíber se desborda, si el Nilo no inunda las campiñas, si el cielo se cierra, si la tierra tiembla, si viene el hambre o la peste... inmediatamente decís: ¡Los cristianos al león!». Recordemos que en la época del Bajo Imperio, desde fines del siglo II, comienza una serie de desastres naturales al mismo tiempo que se produce la decadencia de la economía y el conjunto del sistema imperial. Tertuliano rechaza la acusación: «Antes de Tiberio, es decir, antes del advenimiento de Cristo, ¿cuántas calamidades cayeron sobre el orbe y sobre la ciudad?»: *ibid.* XL, 3.

217. Cf. *ibid.* XXXIII-XXXIV.

218. Cf. *ibid.* XXX.

219. Cf. *ibid.* XXXII.

220. Cf. *ibid.* XLVI-XLVIII.

221. *Ibid.* XXXIX, 1.

222. *Ibid.*, XXXIX, 7.

migos[223]. De hecho, si se encuentra a un cristiano en la cárcel no es por haber cometido un delito, sino por el *nomen Christianum*[224].

Los cristianos no se merecen el calificativo de *tertium genus*, despreciativo y cargado de odio[225]. Como consecuencia, lo que hacen los paganos en nombre del Estado, del pueblo, de la humanidad, de los dioses, etc. no es sino una auténtica *Zeomaquia*[226]. Un detalle curioso que cita nuestro autor y que se convertirá en un tópico en la literatura cristiana: los buenos emperadores protegen a los cristianos, mientras que los malos los persiguen[227].

Hacemos un inciso sobre una cuestión que es mejor no ignorar. Tertuliano, en *Scorpiace*, X, 10 habla de los judíos como causantes de la persecución: *synagogas Iudaeorum, fontes persecutionum*. Esta frase ha sido tomada por multitud de autores como indicadora de que los judíos tomaban parte activamente en la persecución, promoviéndola, en esa época. Los estudios de T. D. Barnes han demostrado que esta interpretación es errónea. Se refiere el cartaginés al hecho de que las primeras persecuciones comenzaron en las sinagogas, pero ya no tenía vigor esto a fines del siglo II y principios del siglo III[228].

3. Tertuliano y los adversarios del martirio

En este apartado se considerará parte de una cuestión que se estudiará con más amplitud en el comentario al *De*

223. Cf. *ibid.* XXXI; XXXVI; XXXVII.

224. *Ibid.* XLIV; ID., *Ad nationes*, I, II.

225. Cf. *ibid.*, I, VIII; ID., *Scorpiace*, X.

226. Cf. ID., *Ad Scapulam*, IV.

227. Cf. ID., *Apologeticum*, V.

228. Cf. T. D. BARNES, «Tertullian's Scorpiace», en *Journal of Theological Studies NS* 20 (1969), 132; ID., «Tertullian the Antiquarian», en *Studia Patristica* 14 (1976), 3-20. Cf. también A. QUACQUARELLI, *La persecuzione...* cit., p. 562.

fuga in persecutione, la de la naturaleza y origen de la persecución. Aquí nos limitaremos a señalar uno de los grandes combates sostenidos por nuestro autor contra los gnósticos. Éstos negaban la validez del martirio para los hombres «espirituales».

Para los gnósticos la salvación provenía más del conocimiento (gnosis) que del bautismo. Así el martirio sería un «bautismo de sangre», un bautismo segundo, más eficaz que el primero pero, en el fondo, del mismo orden[229]. Por ello, si el bautismo primero tenía una importancia muy relativa, cuánto más el segundo. El primero en sostener esta tesis fue Basílides de Alejandría: el martirio era innecesario, no había nada malo en que el gnóstico negara su fe ante un tribunal en tiempos de persecución[230].

Un problema aparentemente infranqueable se presentaba al gnóstico: Jesucristo prometió que confesaría ante su Padre a aquellos que le confesaran ante los hombres, y que negaría a los que le negaran[231]. ¿Cómo escapar ante esta declaración tan clara y tajante?

La respuesta vino de Heracleón, discípulo itálico de Valentín, otro de los grandes maestros gnósticos[232]. Heracleón distinguió entre la confesión verbal y la confesión cotidiana por la fe (evidentemente no es nuestra fe teologal, sino la gnosis de estos personajes) y los actos. Ni el martirio ni la confesión verbal eran suficientes para lograr la salvación. Por eso, la apostasía era irrelevante, y de hecho imposible para el gnóstico[233].

229. Cf. T. D. BARNES, *Tertullian...*, cit., p. 167.

230. Cf. *ibid.* Cf. también TERTULIANO, *Adversus omnes haereses* I, 5: *martyria negat esse facienda*, EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, IV, VII, 7.

231. Cf. Mt 10, 32; Lc 12, 8.

232. Cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata*, IV, 71, 1ss., sobre todo 72, 2.

233. Clemente de Alejandría, que se consideraba un verdadero gnóstico cristiano, coincidía con He-

La postura de nuestro autor africano es completamente diversa de la de los gnósticos. En primer lugar, su empeño constante será mostrar la verdadera naturaleza del cristianismo, tan vilipendiado por los paganos. Acabamos de verlo resumidamente. Es después, en vista de su fracaso, cuando defiende el martirio, ya que su validez se ponía en duda dentro de las filas cristianas. Se abordará la respuesta que Tertuliano dirige a los gnósticos en el tratado *Scorpiace.*

VI. EL TRATADO *AD MARTYRAS*

1. Fecha y ocasión

Pocos años después de su conversión, Tertuliano escribe la *Exhortación a los mártires*. Es una de sus obras más antiguas. El contexto de su redacción es el siguiente: en el año 197 el mundo romano presenciaba el epílogo de las luchas civiles entre los partidarios de Septimio Severo, Niger y Albino. La guerra acabó con la victoria de Severo.

Septimio Severo no estaba mal dispuesto en relación con los cristianos, y en su casa abundaban los fieles, tanto entre la servidumbre como entre sus allegados. Sin embargo, durante su gobierno hubo persecuciones en algunas provincias del Imperio, especialmente en Egipto y en África Proconsular.

racleón en su valoración de la *confessio quotidiana*. Para él lo importante era la confesión delante de Dios, no delante de los hombres, y el conocimiento del único Dios verdadero. Pero esto no llegaba al extremo de que se debiera negar ante la amenaza de la tortura y de la muerte. Por eso vería como conveniente huir durante la persecución, como hizo él mismo durante la persecución de Septimio Severo, escapando de Alejandría a Capadocia. Cf. *Stromata*, IV, 73, 1ss.; IV, 15, 3; IV, 16, 3; Cf. también, sobre la huida de Clemente, Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, VI, I, 1 ss.

En el año 197 se había desatado en África la persecución, y un buen número de cristianos aguardaban en la cárcel la celebración del juicio. A estos fieles se dirige Tertuliano en la obra *Ad martyras*. Sobre la fecha y la paternidad de la obra hay unanimidad entre los estudiosos.

2. Contenido

Es un escrito de exhortación y de ánimo, con el que intenta dar unos consejos y proponer unas consideraciones que les sirvan de ayuda en las pruebas que les esperan. La naturaleza de exhortación de la obra explica que Tertuliano no haga una exposición sistemática de la doctrina sobre el martirio ni se detenga a relatar la situación del Imperio, de la Iglesia y de los fieles. Sin embargo, detrás de las consideraciones del *Ad martyras* se encuentra una doctrina y un contexto histórico.

De las palabras de Tertuliano se puede sacar alguna información de la situación de los cristianos en la cárcel. En concreto, todo parece indicar que, al entrar en la cárcel, eran despojado de sus bienes e incluso de muchos de sus derechos. Sin embargo, los presos podían recibir visitas. Las cárceles son lugares de paso, pues en el derecho romano no existía la prisión como pena. La cárcel era un lugar de espera y se permanecía en ella mientras duraba la instrucción del proceso.

Los juicios se celebraban en lugares públicos. Ordinariamente era la sala de audiencias del pretorio; pero debido a la gran concurrencia, muchas veces era necesario buscar lugares más amplios: un estadio o los baños públicos. No estaba excluida la tortura durante la instrucción del proceso.

La sentencia, en caso de confirmarse la condición de cristiano del acusado, podía ser la confiscación de los bienes, el destierro, algún tormento corporal o la muerte. En este caso,

el cristiano pasaba de confesor de la fe a mártir. Los tipos de muerte, siguiendo la enumeración de Tertuliano, eran espada, cruz, bestias, fuego. El criterio para sentenciar un tipo u otro de pena de muerte quedaba al arbitrio del juez. De todo este tipo de muertes, el más teatral era el de las bestias. Los condenados eran presentados al público formando parte de un desfile: la pompa circense. En Cartago era costumbre amenizar este desfile con algunos tormentos.

Un aspecto de interés que se desprende de la lectura del *Ad martyras* es el de la relación de los fieles cristianos con los confesores de la fe. En primer lugar era habitual que los fieles visitaran a los confesores de la fe detenidos en la prisión. El objeto de estas visitas era procurarles compañía y algún alivio material; pero sobre todo, les daban ánimos para perseverar en las pruebas que iban a padecer por la fe, haciendo hincapié en la fortaleza y la esperanza.

Por otra parte, los confesores de la fe eran especialmente estimados por la comunidad cristiana: tanto los que ya habían pasado por las pruebas como los que estaban en esos momentos sometidos a ellas. Tenían tanta consideración que muchos fieles acudían a ellos para pedirles bienes de orden espiritual. Sabían que, si morían, se presentarían enseguida delante de Dios y su intercesión tendría particular eficacia. Si no morían, su oración y sus peticiones serían más gratas a Dios y gozarían de mayor audiencia. Esto era lo habitual, aunque ya en estos tiempos comienzan los confesores a desempeñar un papel que, decenios más tarde, será más intenso y frecuente: interceder por aquellos que, tras cometer algún pecado especialmente grave y haber recibido la absolución ya una vez, deseaban volver a reconciliarse con la Iglesia. Su papel se concretaba en suplicar la paz para estos cristianos reincidentes en el pecado. En la época de las persecuciones sistemáticas y generalizadas, a mediados del siglo III, con la proliferación de los *lapsi*, su intervención ante la autoridad de la Iglesia fue más solicitada.

VII. EL *SCORPIACE*

El título de esta obra es intencionado –el antídoto específico contra el veneno del escorpión–, y le sirve para comparar la doctrina de los gnósticos con el veneno de un escorpión, que paraliza y mata, en este caso el alma de los cristianos. El libro pretende ser ese antídoto «contra las picaduras del escorpión», contra tales doctrinas[234]. Y lo que es más, este antídoto no es amargo, sino «más dulce que la miel»[235].

1. Fecha y ocasión

Tradicionalmente se han venido dando los años 211-213 como las fechas que vieron nacer el *Scorpiace*[236]. Ha habido, sin embargo, estudiosos que situaron la fecha de composición alrededor de los años 202-203[237]. Habitualmente, tanto para la segunda como para la primera fecha, el dato se afirma como algo adquirido por las investigaciones anteriores o de otros eruditos. Y es lógico que sea así, pues prácticamente para todos esos autores la fecha de composición no es un tema que les preocupe. Sin embargo, la fecha de composición de esta obra puede ser un factor influyente a la hora de considerar la ortodoxia o heterodoxia del tratado.

Para determinar la fecha de composición de las obras de Tertuliano se suelen tener en cuenta estos tres criterios:

234. Un excelente estudio reciente sobre el *Scorpiace* es el de G. Azzali Bernardelli, citado arriba.

235. Tertuliano, *Scorpiace*, 1, 5.

236. Cf., por ejemplo, J. Tixeront, *Mélanges de Patrologie et d'Histoire des dogmes*, París 1921, p. 123; A. Orbe, «Los primeros herejes ante la persecución. Estudios Valentinianos, V», en *Analecta Gregoriana*, Series Facultates Theologicae, Sectio A (n. 15), 83 (1936), p. 50.

237. Cf. P. Allard, *Histoire...*, cit., p. 93.

1. alusiones a acontecimientos históricos que aparezcan en sus obras; 2. distinción de las obras católicas, semimontanistas y montanistas; y 3. referencias que el autor haga a otras obras suyas escritas con anterioridad.

Los dos últimos criterios son de poca utilidad para el *Scorpiace*, pues nos encontramos ante una obra de pensamiento netamente católico, pues frente a los planteamientos gnósticos sobre la confesión de la fe y del martirio no había diferencias de relieve entre católicos y montanistas. Además, las referencias a otras obras en este escrito son tan confusas que no aportan ayuda alguna.

Si nos fijamos en el primer criterio, alusiones a acontecimientos históricos, se encuentran en la obra algunas genéricas sobre las circunstancias de una comunidad cristiana perseguida. No es fácil deducir de esa situación, constante y frecuente, una fecha precisa. Sí hay una referencia a un hecho concreto: la concesión de los Juegos Píticos a la ciudad de Cartago. De las palabras de Tertuliano, parece que la concesión ha sido reciente, pues siguen llegando visitas de las ciudades vecinas para congratularse con los habitantes de Cartago.

Ahora bien, aunque la referencia sea precisa, hasta la fecha no ha sido posible datar ni la concesión ni la celebración de estos Juegos Píticos, aunque sí hay constancia histórica de su celebración. Quizá pudieron concederse en el 203, con ocasión de la visita del emperador a su ciudad natal y al África Proconsular[238]. Sin embargo, tampoco esto es determinante para datar la obra, pues entre la concesión de los juegos y su celebración transcurría un plazo de tiempo más o menos largo, probablemente de varios años, pues la ciudad necesitaba instalaciones adecuadas, como, por ejemplo, la construcción de un odeón, que era la sede ade-

238. Cf. BARNES, *Tertullian's...*, cit., p. 128.

cuada para estos juegos. En otra de sus obras, *De resurrectione carnis,* hace alguna alusión a su construcción, pero tampoco este dato ayuda a poner claridad sobre el año de publicación del *Scorpiace*; es más, puede complicar más el problema, pues sería introducirse en el problema general de la datación de todas las obras de Tertuliano.

Recientemente, y sobre la base de las relaciones internas de las obras de Tertuliano sobre el martirio y el estudio del desarrollo y enriquecimiento de la temática tratada, Azzali Bernardelli concluye que hay que situar el *Scorpiace* entre el *Ad martyras* y el *De corona militis*, por una parte, y el *De fuga in persecutione* y el *Ad Scapulam*, por otra, siendo el *Scorpiace* el engarce entre estas cuatro obras que recogen el pensamiento de Tertuliano sobre la confesión de la fe y el martirio. Por estas razones encuadra la obra en el contexto de la persecución de Escápula, a lo largo del año 212[239].

2. Estructura y contenido

En el tratado se distinguen claramente dos líneas del pensamiento gnóstico, que se hacen patentes cuando la confesión de la fe puede ir vinculada al martirio: la primera se centra en la negación de la necesidad y bondad del martirio, negando que ésa sea la voluntad del Dios bueno; la segunda se centra en que no es ante los hombres de este mundo ante los que hay que confesar, sino ante los del cielo[240].

La primera de las tesis se tratará más por extenso en el comentario al *De fuga in persecutione*, pues es uno de los

239. Cf. G. Azzali Bernardelli, pp. 10-11.

240. Sobre el pensamiento gnóstico, cf. S. Vicastillo, *Tertuliano. «Prescripciones» contra todas las herejías*, cit., pp. 55-62.

argumentos que se manejan en él a propósito de la huida o no en momentos de persecución. Sin embargo, conviene hacer aquí alguna consideración, por ser también tema tratado en esta obra.

Parte Tertuliano de la bondad del martirio. Éste se opone a la idolatría, a la que se ve abocado el que apostata[241]. Dios había mandado en el *Éxodo*: *No tendréis otros dioses fuera de mí*[242]. El gnóstico intenta zafarse de la objeción clara de la Sagrada Escritura, de la que Tertuliano hace un extenso uso, sobre todo del Deuteronomio. En oposición con la doctrina católica, el gnóstico afirma que la voluntad de Dios, que es bueno, no puede ser querer algo malo para los suyos, como es la muerte derivada de la confesión de la fe. Si lo quisiera habría que concluir, o bien que Dios no existe, porque un Dios bueno no puede querer el mal, o bien que el Dios que los cristianos proponen es otro distinto del revelado en Cristo[243]. Estas objeciones generales ya habían sido respondidas por Tertuliano en el *De praescriptione haereticorum*. Aquí reafirmará que el Dios que prohíbe la idolatría es el Dios de Israel y, si no se le obedece, se cae en la apostasía[244].

Pero ¿cómo puede Dios, que es bueno, querer una cosa mala, la muerte del hombre? La respuesta de Tertuliano es apodíctica y contundente: Dios es bueno y su voluntad también; por tanto todo lo que quiera su voluntad será bueno. En el caso del martirio la bondad radica en que libra de un mal, la idolatría. El martirio es la medicina de Dios y produce la vida eterna. En la lucha contra el diablo, el premio es la salvación, y si nos fijamos en los combates normales en la arena del circo, nadie se queja de las heridas recibidas durante el combate que concluye en victoria[245]. Además,

241. Cf. *ibid.*, III.
242. Ex. 20, 2.
243. Cf. TERTULIANO, *Scorpiace*, IV, 2.
244. Cf. *ibid.*, IV, 3ss.
245. Cf. *ibid.*, V, 6ss.

como algunos cristianos han cometido pecados tras su bautismo, por medio del martirio recuperan la amistad con Dios: el martirio obtiene la salvación indefectiblemente[246].

Entonces, objeta el gnóstico, Dios es un asesino. Sí, Dios mata, replica Tertuliano retóricamente, pero a fin de que las víctimas vivan eternamente. De hecho, «la Sabiduría ha matado a sus hijos»[247]. Para dar razón de que Dios dé lugar al martirio, nuestro autor aduce una serie de textos de la Escritura[248], mostrando cómo desde el principio de los tiempos, desde Caín y Abel, los justos han padecido persecución. Más adelante, en el Evangelio, el Señor declara bienaventurados a quienes padezcan persecución por causa de la justicia[249]. Y esto no es válido únicamente para los primeros discípulos, sino para todos los seguidores de Cristo hasta el fin de los tiempos[250].

Cuando el gnóstico se ve acorralado ante este razonamiento, acude a uno de los mitos valentinianos. Heracleón, uno de sus seguidores, es quien lo expone más lúcidamente: la confesión ante los tribunales y los hombres mencionada en el Evangelio no se refiere exactamente a los tribunales de aquí en la tierra, sino a otro tribunal formado por los verdaderos hombres, los hombres celestes. Allí es donde el hombre espiritual ha de confesar su fe. Y refuerzan el rechazo al valor de la confesión de la fe con un nuevo razonamiento, fruto de una de las sutiles distinciones de la exégesis gnóstica de *Mt* 10, 32[251]: los católicos piensan que es

246. Cf. *ibid.*, VI, 9.

247. Cf. *ibid.*, VII, 2. Los estudiosos discuten sobre si la fuente de esta cita es Pr 9, 2 o Si 4, 11.

248. Cf. TERTULIANO, *Scorpiace*, VIII, 1ss.

249. Cf. Mt 5, 10 y TERTULIANO, *Scorpiace*, IX, 2.

250. Cf. *Scorpiace*, VIII, 8.

251. Esta cuestión es estudiada de modo magistral por el gran especialista A. ORBE, «Los primeros herejes ante la persecución. Estudios valentinianos V», en *Analecta Gregoriana* 83 (1956), 90-100.

lo mismo confesar ser cristiano (ante el tribunal) y confesar «en» Cristo (por la *confessio quotidiana*). Pero no, pues la primera, en el fondo, puede encubrir una hipocresía, ya que gente que haya llevado una vida desordenada puede hacerla; la segunda, confesar «en» Cristo, siempre será verdadera confesión, aunque de hecho sólo la dan los hombres espirituales, que están tan poseídos por Cristo que, aunque le nieguen con la palabra, nunca podrán negarle con las obras, pues sería lo mismo que Cristo se negase a sí mismo: «Aunque niegue ser cristiano[252], Cristo no me negará, pues no le he negado»[253]. Pero Tertuliano replica: «Por aquella negación será igualmente culpable, porque negando ser cristiano niega que Cristo esté en él, y por lo tanto, niega a Cristo»[254].

En cuanto a la cuestión de confesar la fe ante los hombres celestiales, la rechaza por engañosa, sin fundamento en las palabras del Señor. El que llega al cielo es porque lo ha merecido[255]. Es más, si esto es como dicen los discípulos de Valentín, en el cielo deberá haber una persecución como la de aquí en la tierra[256], con tribunales, familiares y amigos que delatan al cristiano, sinagogas de judíos, tormentos, fieras, etc. Y además, desprovistos del cuerpo. La confesión no puede existir separada de la persecución.

Por otro lado, las palabras y predicciones de Cristo acerca de la persecución se cumplieron tanto con los apóstoles como con las generaciones posteriores: «... del mismo modo que suceden, así es como lo anunció, y del mismo modo que lo anunció, así suceden»[257], «Si aún no se realizan las cosas que se predican, ¿cómo se realizará lo que no ha sido predicado?»[258]. Más aún: los que mejor conocen la médula

252. *Christianus es?* era la pregunta que dirigía el juez al acusado de ser cristiano.

253. TERTULIANO, *Scorpiace*, IX, 12.

254. *Ibid.*, IX, 13.

255. Cf. *ibid.* X, 7.

256. Cf. *ibid.* X, 9-17.

257. *Ibid.*, XI, 6.

258. *Ibid.*, XI, 7.

de las Escrituras son los discípulos primeros del Señor: Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Pablo, etc., que recogieron en sus escritos, sus enseñanzas[259] y sus vidas[260] lo que habían aprendido de Cristo. «Dondequiera que lea estas cosas aprendo a padecer... Reconozco lo que querían decir por el mismo final de sus vidas. No padecieron nada que no hubieran sabido de antemano que era necesario»[261]. El comentario que hace de *2 Tm* 1, 7-8 es digno de ser transcrito, aunque no nos detenemos en él en este momento: «En efecto, padecemos con valor por causa del amor de Dios, y con templanza, cuando sufrimos siendo inocentes. Pero si en otro lugar prescribe la paciencia, ¿en qué cosas prescribe esa paciencia, sino en los padecimientos? Si en otro lugar los apartó de la idolatría, ¿qué arrancará con más firmeza de la idolatría que el martirio?»[262].

Termina el tratado con una referencia a Pablo, que no duda en acudir a Jerusalén tras oír la profecía de Ágabo, a pesar de los requerimientos de los discípulos. Éstos, si bien le pedían que no se marchase, era por cariño al Apóstol, no por el rechazo del martirio: «En efecto, él, que siempre había enseñado con coraje, dijo: *¿Por qué lloráis,* dice, *y entristecéis mi corazón? Pues no sólo desearía padecer cadenas en Jerusalén, sino hasta morir por el nombre de mi Señor Jesucristo.* Y de ese modo cesaron, diciendo: *Hágase la voluntad del Señor*; es decir, tenían fe en que los sufrimientos pertenecían a la voluntad de Dios»[263].

259. Cf. *ibid.*, XII, que es una excelente recopilación de argumentos y citas bíblicas a propósito del martirio: 1 P 2, 20ss.; 1 P 4, 12ss.; 1 Jn 4, 18; Ap 2, 10.12ss.; Ap 2, 3, Ap 3, 7ss.; 2, 17; 2, 26; 3, 5; 3, 12; 3, 21; 6, 9-11; 7, 14; 21, 8; Hch 7, 58ss.; Rm 11, 1; Flp 3, 5; 2 Ts 1, 3.4; Rm 5, 3ss.11; 8, 17-18.35-39; 2 Co 11, 23ss.; 12, 10, 4, 8-10.16-18; 2 Ts 4-8, 2 Tm 4, 6-8; 2, 11-13; 1, 7-8, etc.

260. Cf. TERTULIANO, *Scorpiace*, XIII; XV, 1.

261. Cf. *ibid.*, XV, 4.

262. *Ibid.*, XIII, 12.

263. *Ibid.*, XV, 5.

Por eso las argucias contra el martirio de Valentín y los suyos serían rechazadas airadamente por el Apóstol en caso de que se las hubieran presentado[264]. «Menos aún tengo miedo de que Dios desee la sangre de los hombres y que Cristo no reclama la reciprocidad de su pasión como si también uno mismo hubiese de alcanzar la salvación por ella»[265].

VIII. EL TRATADO *DE FUGA IN PERSECUTIONE*

1. Fecha y ocasión

Suele datarse esta obra alrededor del año 211-212, durante la persecución de Escápula[266], y se la asocia normalmente al *Scorpiace*, aunque no faltan autores como Barnes que datan esta última obra como anterior a esa fecha, e incluso a su período montanista[267]. El *De fuga in persecutione* ha sido calificado como «más que un ataque, [de] una bravata»[268].

Nos encontramos con un tratado de género exhortativo que está dirigido a un tal Fabio. Éste había escrito a Tertuliano pidiéndole consejo sobre qué hacer en tiempos de persecución. Fabio sería un católico, y nuestro autor lo llama *frater* porque quizás su ruptura con la gran Iglesia aún no se había producido, aunque sería inminente.

2. El *De fuga in persecutione*, obra montanista

Ateniéndose a los criterios dados por Barnes acerca de las expresiones que se encuentran en las obras de Tertulia-

264. Cf. *ibid.*, xv, 6.

265. *Ibid.*

266. H. Leclercq, «Fuite de la persecution (la)», en *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie*, Paris, Librairie Létouzey et Ané, 1923, t. v, 2ª parte, col. 2666.

267. T. D. Barnes, *Tertullian...*, cit., p. 172.

268. H. Leclercq, *o. c.*, col. 2666.

no y que son indicativas de montanismo[269], se ve que aparecen varias. Algunas, sin embargo, no abundan, como es el uso del *nos* montanista frente al *vos* católico, pues hay que tener en cuenta que la obra no se dirige a un enemigo directamente, sino que critica a los tibios en la persecución con la intención de atraerse al vacilante Fabio hacia el montanismo. Sin embargo, hay otros criterios que sí se manifiestan en esta obra:

– Citar a Montano, Prisc[il]a o Maximila. Si bien en esta obra no se encuentran citados expresamente, sí hay en ella varios oráculos montanistas[270]: *De fuga in persecutione*, IX, 4: «Eres deshonrado, dice, eso es bueno para ti; quien no es deshonrado ante los hombres es deshonrado ante el Señor. No te avergüences; la justicia te lleva ante el público. ¿Por qué te avergüenzas llevando una alabanza? Hay poder cuando atraes las miradas de los hombres». El otro oráculo también se encuentra en ese mismo párrafo: «No deseéis morir ni en los lechos ni en los abortos ni por fiebres suaves, sino en el martirio, de modo que sea glorificado el que sufrió por vosotros»[271].

– La referencia a la «nueva profecía». No se hace expresamente, pero lo dicho en el anterior punto lo muestra. Recomendar los estados extáticos. Nuestro autor habla en varios pasajes de acudir al Espíritu: *De fuga in persecutione*, IX, 4.

– La mención de los dones espirituales poseídos sólo por los montanistas. *De fuga in persecutione*, IX, 4.

– La designación del Espíritu Santo con el nombre de *Paráclito*. *De fuga in persecutione*, I, 1; y XIV, 3. Curiosamente, en el primer y el último párrafos de la obra, como enmarcando el carácter montanista de la doctrina que va a exponer.

269. T. D. BARNES, *o. c.*, pp. 43-44.
270. H. LECLERCQ, *o. c.*, col. 2668.
271. *De fuga in persecutione*, IX, 4.

–La ofensa a los católicos llamándolos «psíquicos». Es cierto que en esta obra no se hace uso de ese vocablo, pero los insultos que dirige a los pastores que huyen en la persecución coloca a los espirituales, los que reciben al Espíritu Paráclito, frente a la jerarquía. Véase *De fuga in persecutione*, X.

– Junto a éstos, se puede adjuntar otro, que es la profusión en el uso de la Sagrada Escritura para apoyar sus tesis, característico de su peculiar evolución espiritual, y que se agudiza, curiosamente, según avanza en su tendencia montanista. Hay más de cien citas o alusiones bíblicas en una obra relativamente breve, como la presente, pero interpretadas según sus peculiares criterios[272].

3. Estructura de la obra

A continuación, la estructura de la obra, expuesta de modo sucinto:

Introducción y captatio benevolentiae: *De fuga in persecutione*, I, 1: la consulta de Fabio sobre si hay que huir o no en tiempos de persecución hace a Tertuliano retomar un tema que ya había tratado en parte. Llamamiento a acoger al Paráclito.

Pone en orden la pregunta de Fabio. ¿De dónde proviene la persecución: de Dios o del diablo? Nada sucede sin la voluntad de Dios. *De fuga in persecutione*, I, 2. La persecución como prueba que Dios envía, para separar los servidores auténticos de Dios de los que no lo son. *De fuga in*

272. J. H. Waszink, *Tertullian's Principles and Methods of Exegesis*, en Schoedel-Wilken (eds.), *Early Christian Literature and the Classical Intellectual Tradition*. In honorem Robert M. Grant, (Collection de Théologie Historique nº 53), Beauchesne, París 1979.

persecutione, I, 3-6. El diablo es un mero medio para la persecución, que proviene de Dios. *De fuga in persecutione*, II, 1 - III, 2.

Se introduce en el tema de la huida en momentos de persecución. Aunque parezca mala a los sentidos, esta última es algo bueno, pues es conforme a la voluntad de Dios, que es racional. *De fuga in persecutione*, IV, 1-3.

Objeciones: Huir para no renegar de Dios. Es una falta de confianza, pues Dios tiene todo en su poder, también el que uno reniegue o no. El ejemplo de Rutilio. *De fuga in persecutione*, V, 1-3.

Otra objeción: la vida de los apóstoles y el precepto de «huir de ciudad en ciudad». Este precepto ha dejado de tener aplicación una vez que el Evangelio se ha extendido fuera de Israel, lo mismo que cesó el precepto de no entrar en ciudades de samaritanos y tratar a los gentiles. *De fuga in persecutione*, V, 1 - VI, 7.

Es absurdo huir de lo que el mismo Dios envía, la persecución. La debilidad de algunos no lo justifica: *El que estima su vida más que a mí no es digno de mí*. Los ejemplos de la vida de Cristo, que, en el monte de los olivos, ayudado por el Espíritu, permanece firme. Los apóstoles siguieron el mandato del Señor. *De fuga in persecutione*, VII, 1 - IX, 2.

No hay que dar lugar al mal, sino evitar la ira y el miedo, exhortación del Espíritu al martirio. *De fuga in persecutione*, X, 1-4. Comparación de la huida con una deserción. Es preferible morir en el combate a salvar la vida huyendo (apostatar).

Los pastores del pueblo de Dios han huido, son malos pastores, que no exponen la vida por sus ovejas. *De fuga in persecutione*, XI, 1-3.

Salvarse pagando un rescate: es equivalente a huir, pues es despreciar a Cristo, que nos ha comprado con su sangre. Rechazar el martirio, sea huyendo, sea pagando un rescate,

es renegar de Cristo. El ejemplo de Pablo. Además, los Estados no exigen semejante tributo, con el que se convertiría a la Iglesia, tan extendida, en una secta tributaria. Los Estados, movidos por el Anticristo, lo que buscan no es el dinero de los cristianos, sino su exterminio o apostasía. *De fuga in persecutione*, XII, 1-9. No sirve la excusa de «dar al que pida». *De fuga in persecutione*, XIII, 1-3.

Última objeción y conclusión final: No sirve la excusa de que no se pueden hacer reuniones litúrgicas. Confianza en la fe. Además, bastan las reuniones en grupos de tres. *De fuga in persecutione*, XIV, 1.

Conclusión: hay que conservarle a Cristo una esposa virgen, que no sea un negocio. No hay que tener miedo al sufrimiento, pues el amor arroja el temor. El Paráclito acudirá a defendernos en interrogatorios y tormentos.

BIBLIOGRAFÍA

D'ALÈS, Adhemar, *La théologie de Tertullien*, Beauchesne & Cie. Eds., Paris ²1905, 535 pp.

ALAND, Barbara, «Montano. Montanismo», en *Diccionario Patrístico y de la Antigüedad Cristiana*, dir. por Angelo di BERARDINO, (Col. «Verdad e Imagen», nº 98), Sígueme, Salamanca 1992, t. II, pp. 1475-1477.

ALLARD, Paul, *El martirio* (Col. «Biblioteca de Historia Eclesiástica»), Madrid, Voluntad, [1926], 352 pp.

ALLARD, Paul, *Histoire des persécutions*, Paris, Librairie Victor Lecoffre, ²1894, t. II, 553 pp.

BACHT, Heinrich, «Montanisme», en *Dictionnaire de Spiritualité*, dir. por Charles BAUMGARTNER, Beauchesne, Paris 1980, t. X, cols. 2355-2370.

BARDY, Gustav, «Montanisme», en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, dir. por A. VACANT - E. MANGENOT - É. AMANN, Librairie Létouzey et Ané, Paris 1928, t. X, 1ª parte, cols. 2355-2370.

BARDY, Gustav, «Tertullien», en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, dir. por A. VACANT - E. MANGENOT - É. AMANN, Librairie Létouzey et Ané, Paris 1928, t. XV, 1ª parte, cols. 130-171.

BARNES, Timothy David, *Tertullian. A historical and Litterary Study*, Clarendon Press, Oxford 1971, pp. 320.

BLAISE, Albert, *Dictionnaire Latin-Français des auteurs chrétiens*, Brepols S. A., Turnhout, 913 pp.

BRAUN, René, *Aux origines de la Chrétienté en Afrique: Un homme de combat, Tertullien*, Conferencia pronunciada el 19 de febrero de 1965 ante la sección de Toulon de la Assotia-

tion Guillaume Budé, incluida en el libro recopilatorio *Approches de Tertullien. Vingt-six études sur l'auteur et sur l'oeuvre* (1955-1990), Institut des Études Augustiniennes, Paris 1992, pp. 189-208.

BRAUN, René, *Deus Christianorum. Recherches sur le vocabulaire doctrinal de Tertullien,* Études Augustiniennes, Paris ²1977, p. 738.

BRAUN, René, «Tertullien et le montanisme: Église institutionnelle et Église spirituelle», en *Rivista di Storia e Letteratura Religiosa* 21 (1985), 245-257.

DANIÉLOU, J. - MARROU, H. I., *Nueva historia de la Iglesia*, Madrid, Cristiandad, [1964], t. I, 598 pp.

DANIÉLOU, Jean, *Les origines du christianisme latin,* (Col. «Histoire des doctrines chrétiennes avant Nicée», vol. III), Du Cerf, Paris 1978, 391 pp.

DROBNER, Hubertus R., *Manual de patrología*, [Barcelona], Herder, [1999], pp. 173-180.

FLICHE, Agustín - MARTIN, Víctor (eds.), *Historia de la Iglesia*, Valencia, Edicep, [1976], t. II, p. 726.

FRÉDOUILLÉ, Jean-Claude, *Tertullien et la conversion de la culture antique,* Études Augustiniennes, Paris ²1977, 548 pp.

GROSSI, Vittorino, «A proposito della conversione de Tertulliano al montanismo» *(De Pudicitia* I, 10-13), en *Augustinianum* 23 (1987), 57-70.

JEDIN, Hubert (coord.), *Manual de historia de la Iglesia*, Herder, Barcelona ²1980, t. I, p. 631.

LECLERCQ, Henri, «Fuite de la persecution (la)», en *Dictionnaire d'Archéologie Chrétienne et de Liturgie*, dir. por Fernand CABOL y Henri LECLERCQ, Librairie Létouzey et Ané, Paris 1923, t. V, 2ª parte, cols. 2660-2684.

MELCHIORE DE S. M., «Tertuliano», en *Diccionario de Espiritualidad*, dir. por Ermanno ANCILLI, Herder, Barcelona 1983, t. III, pp. 496-499.

MUNIER, Charles, «L'autorité de l'Église et l'autorité de l'Esprit d'après Tertullien», en *Revue des Sciences Religieuses* 58 (1984), 77-90.

ORTOLAN, T., «Fuite pendant la persecution», en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, dir. por A. VACANT - E. MANGE-

NOT, Librairie Létouzey et Ané, 1920, t. VI, 1ª parte, cols. 951-964.

OSBORN, Eric T., *Tertullian, First Theologian of the West*, University Press, Cambridge [1997], 285 pp.

QUACQUARELLI, Antonio, «La persecuzione secondo Tertulliano», en *Gregorianum* 31 (1950), 562-589.

QUASTEN, Johannes, *Patrología* (Col. BAC nº 206), Madrid ³1984, t. I, pp. 546-635.

SINISCALCO, Paolo, «Fuga», en *Diccionario Patrístico y de la Antigüedad Cristiana*, dir. por Angelo di BERARDINO, (Col. «Verdad e Imagen» nº 98), Sígueme, Salamanca 1992, t. I, pp. 898-899.

SORDI, Marta, *Il Cristianesimo e Roma*, Bolonia 1965.

POWELL, Douglas, «Tertullianists and cataphrygians», *Vigiliae Christianae* 29 (1975), 33-54.

VICASTILLO, Salvador, *Tertuliano. «Prescripciones» contra todas las herejías*, col. «Fuentes patrísticas» 14, Ciudad Nueva, Madrid 2001.

Tertuliano

A LOS MÁRTIRES

A LOS MÁRTIRES

Capítulo I

1. Tomad, bienaventurados mártires designados, entre los alimentos de la carne que en la cárcel os suministra de sus bienes la Madre Iglesia y cada uno de los fieles os proporciona de sus riquezas, tomad también algo de mí que sirva para alimentar el espíritu. No es bueno que la carne esté satisfecha y el espíritu hambriento[1]. O dicho de otro modo, si se cuida lo que es débil, igualmente no se debe desatender lo que es más débil aún.

2. Yo no soy el más indicado para exhortaros. Sin embargo los mejores gladiadores no sólo son alentados desde lejos por sus consejeros y jefes. También son animados por los ignorantes e inútiles, de modo que se aprovechen del clamor de aliento del pueblo.

3. Ante todo, bienaventurados, *no contristéis al Espíritu Santo*[2], que entró con vosotros en la cárcel. Si no hubiera entrado con vosotros hoy no estaríais allí. Por lo tanto, esforzaos para que continúe con vosotros en ese lugar y de allí os conduzca hasta el Señor.

4. La casa del diablo es la cárcel y en ella retiene a su familia. Pero vosotros habéis llegado a la cárcel para que

1. Cf. Mt 26, 41; Mc 14, 38. 2. Ef 4, 30.

también lo aplastéis en su casa; pues ya lo habéis vencido cuando luchasteis contra él en el exterior.

5. Que no pueda decir: «en mis dominios están; los tentaré con odios viles, con defecciones o con disensiones entre ellos». Que huya de vuestra presencia y, reprimido y paralizado, se esconda en sus profundidades cual culebra hechizada y ahuyentada por el humo. Que no tenga en su reino una situación tan ventajosa que le permita combatiros; antes bien, que os encuentre protegidos y armados con la concordia; porque vuestra paz es su guerra.

6. Algunos en la Iglesia, no teniendo esta paz, se han acostumbrado a suplicarla a los mártires que están en la cárcel. Por lo tanto, debéis mantenerla, fomentarla y custodiarla entre vosotros, para que podáis también proveer a otros si fuese necesario.

Capítulo II

1. La impedimenta del alma y tal vez vuestros padres os acompañaron hasta la puerta de la cárcel. Desde entonces estáis segregados del mundo; cuánto más lo estaréis del espíritu de este mundo y de sus cosas. No os turbe el estar segregados del mundo. Si considerásemos que el mismo mundo es más prisión que cárcel, entenderíamos el entrar en la cárcel como salir de ella.

2. El mundo tiene tinieblas más densas, que ciegan los corazones de los hombres. El mundo pone cadenas más grandes, que atan las mismas almas de los hombres. Peores inmundicias exhala el mundo: las impurezas de los hombres.

3. En definitiva, el mundo contiene muchos más reos, a saber, todo el género humano. Y por último, padece, no los juicios del procónsul, sino los juicios de Dios.

4. Considerad, pues, bienaventurados, que habéis sido trasladados de la cárcel al cuerpo de guardia. Este lugar tiene tinieblas, pero vosotros estáis liberados por Dios. Aquello despide un olor desagradable, pero vosotros sois olor de suavidad[3]. Se espera al juez, pero vosotros tenéis que juzgar a los mismos jueces[4].

5. Que se entristezca allí aquel que anhela el fruto del mundo. El cristiano fuera de la cárcel renunció al mundo: en la cárcel también renunció a la cárcel. Estáis fuera del mundo; nada importa en qué lugar del mundo estéis.

6. Y si perdisteis algunos goces de la vida, considerad qué negocio es perder algo para ganar cosas mayores. No digo ahora nada del premio al que Dios invita a los mártires. Mientras tanto, comparemos la conversación del mundo con la de la cárcel, y veamos si no es mayor lo que adquiere el espíritu que lo que pierde la carne.

7. Es más, la carne no pierde aquellas cosas que son necesarias, gracias al cuidado de la Iglesia y a la caridad de los hermanos; y además, el espíritu consigue aquello que siempre fue provechoso para la fe: no ves dioses ajenos, no coincides con sus imágenes, no participas de los días sagrados de los paganos mezclándote con ellos, no eres atormentado con vapores inmundos, no eres abatido con los clamores de los espectáculos ni con la atrocidad, furor o deshonestidad de los asistentes; tus ojos no chocan con los lugares de las obscenidades públicas: estás libre de los escándalos, de las tentaciones, de los malos recuerdos y también de la persecución.

8. La cárcel ofrece al cristiano lo mismo que el yermo ofrecía a los profetas[5]. El Señor mismo frecuentemente mar-

3. Cf. Ef 5, 2.
4. Sb 3, 8; 1 Co 6, 2.
5. Cf. 1 R 19, 4.

chaba a un lugar solitario para orar con más libertad y para retirarse del mundo[6]. Finalmente, en la soledad manifestó su gloria a los discípulos[7]. Quitémosle el nombre de cárcel y llamémoslo lugar de retiro.

9. Y aunque el cuerpo está encerrado, aunque la carne está retenida, todas las cosas están manifiestas al espíritu. Caminas de una parte a otra en el espíritu, paseas en el espíritu y no te propones caminos oscuros o largos pórticos, sino aquella vía que conduce a Dios. Siempre que camines en el espíritu por esta vía, estarás fuera de la cárcel.

10. Las piernas, sujetas con grilletes, no sienten nada cuando el alma está en el cielo. El alma lleva de un lado para otro a todo el hombre y lo conduce a donde quiere. Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón. Que nuestro corazón esté allí donde queremos tener el tesoro.

Capítulo III

1. Es bueno, bienaventurados, que la cárcel sea incómoda para los cristianos. Estamos llamados a la milicia del Dios vivo desde que respondimos a las palabras del juramento de fidelidad. Ningún soldado acude a la guerra con refinamientos ni sale de la alcoba al campo de batalla, antes bien, viene de tiendas de campaña estrechas y sin estorbos. En ellas es patente toda la aspereza y están ausentes la bondad y la suavidad.

2. También en la paz aprenden a padecer la guerra con trabajos e incomodidades, caminando con las armas, reco-

6. Cf. Mt 17, 1ss; Mc 9, 1ss; Lc 9, 28ss; 2 P 1, 16ss.

7. Cf. Mt 6, 21.

rriendo el campo, excavando los fosos, agrupándose para formar la tortuga. Todo esto cuesta sudor para que ni los cuerpos ni las almas se espanten al pasar de la sombra al sol y del sol al hielo, de la túnica a la loriga, del silencio al clamor, del descanso al tumulto.

3. Por lo tanto, bienaventurados, considerad todo lo que haya de duro en esto como ejercicio de las virtudes del alma y del cuerpo. Tenéis que sufrir un buen combate[8], en el cual Dios vivo es el presidente; el Espíritu Santo, el preparador de atletas; la corona, de eternidad; el premio, de la sustancia angélica; la ciudadanía, celeste[9]; la gloria, por los siglos de los siglos.

4. Así pues, vuestro instructor Jesucristo, que os ungió con el Espíritu Santo[10] y os condujo a este combate, quiso apartaros de una condición de vida más libre para entregaros a un ejercicio más duro y robustecer vuestras fuerzas. Ciertamente también los atletas se aíslan del mundo para entregarse a una disciplina más estricta y ocuparse en fortalecerse. Se abstienen de la lujuria, de los alimentos más gratos, de las bebidas más agradables; se hacen violencia, se mortifican, se fatigan: cuanto más se hayan esforzado en los ejercicios, tanto más esperarán alcanzar la victoria.

5. Y aquéllos, como dice el Apóstol, para conseguir una corona corruptible[11]. Nosotros, que hemos de conseguir la eterna, consideramos la cárcel como palestra, desde donde, bien ejercitados en todas las incomodidades, nos conducirán al estadio donde está el tribunal; porque la virtud se construye con la dureza y se destruye con la molicie.

8. Cf. 1 Tm 6, 12.
9. Cf. Flp 3, 20.
10. Cf. 1 Jn 2, 20.
11. Cf. 1 Co 9, 25.

Capítulo IV

1. Sabemos por el aviso del Señor que la carne es débil y el espíritu pronto[12]. No nos ablandemos porque el Señor reconozca que la carne es débil. Precisamente por esto predijo que el espíritu esté pronto, para mostrar quién debe estar sujeto a quién; esto es, para que la carne sirva al espíritu, lo que es más débil a lo que es más fuerte; y así la carne tome la fortaleza del espíritu.

2. Que hable el espíritu con la carne de la común salvación, pensando no ya en las incomodidades de la cárcel, sino en la lucha y el combate. Quizá la carne temerá la pesada espada, la elevada cruz, la rabia de las bestias y la grandísima pena del fuego y todo el ingenio de los verdugos en los tormentos.

3. Pero que el espíritu se oponga a la carne: aunque estas cosas son muy crueles, han sido recibidas por muchos con ánimo sereno, incluso libremente deseadas, a causa de la fama y de la gloria; y no sólo por los hombres, sino también por las mujeres, para que vosotras, bienaventuradas, actuéis como corresponde a vuestro sexo.

4. Sería largo si enumerase cada caso de los que se mataron con la espada, llevados por su voluntad. De entre las mujeres tenéis a Lucrecia, que habiendo padecido el estupro, dirigió contra sí el cuchillo en presencia de los allegados, para que apareciera la gloria de su castidad. Mucio quemó su mano derecha en el ara para que la fama recogiera este hecho suyo.

5. Y no menos hicieron los filósofos: Heráclito se cubrió con estiércol de buey; Empédocles se precipitó a los

12. Mt 26, 41; Mc 14, 38.

fuegos del monte Etna; y Peregrino se arrojó, no hace mucho, a la hoguera, en vista de que las mujeres también despreciaron los fuegos. Así lo hizo Dido para no ser obligada a casarse después de la muerte de su amadísimo marido; igualmente la mujer de Asdrúbal, que, ardiendo Cartago, corrió apresuradamente con sus hijos hacia el incendio de su patria para no ver a su marido suplicando a Escipión.

6. Régulo, jefe de los romanos capturado por los cartagineses, no queriendo que él, siendo uno solo, fuese compensado por muchos cautivos cartagineses, prefirió entregarse a sus enemigos y, ajustado en una especie de arca y atravesado desde fuera con clavos por todas partes, padeció tantas cruces. La mujer deseó por su propia voluntad a las bestias, y ciertamente áspides, serpientes más horribles que el toro o el oso; las cuales Cleopatra puso sobre sí para no caer en manos de los enemigos.

7. Pero es mayor el miedo a los tormentos que el miedo a la muerte. ¿Cómo se presentó la meretriz de los atenienses ante el verdugo? Ésta, sabedora de la conjura y siendo atormentada por este motivo por el tirano, no delató a los conjurados, y, por último, escupió su lengua, cortada con los dientes, a la cara del tirano, para que supiese que ningún efecto tenían en ella los tormentos, aunque mucho insistiesen.

8. Es conocido lo que hoy es la máxima solemnidad entre los lacedemonios: la *diamastígosis*, esto es, la flagelación. En esta fiesta sagrada, cada uno de los nobles adolescentes es azotado con flagelos ante el altar, estando presentes los padres y los parientes, que los exhortan para que perseveren. La distinción y la honra se consideran con mayor timbre de gloria si el alma resiste a las llagas mejor que el cuerpo.

9. Si tan poca gloria terrena hace posible que se desprecie, a costa del vigor del alma y del cuerpo, la espada, el

fuego, la cruz, las bestias y los tormentos por el premio de la alabanza humana, puedo afirmar que estos padecimientos son pequeños para la consecución de la gloria celeste y de la merced divina. Si tanto se hace por el vidrio, ¿cuánto más se hará por la verdadera perla? ¿Quién no pagará gustosísimamente por obtener la verdadera perla tanto cuanto otros gastan por la falsa?

Capítulo V

1. Ahora dejo a un lado la gloria. El deseo de la fama entre los hombres y cierta pasión del ánimo estimaron en nada todas estas crueldades y los sufrimientos del tormento. ¿Cuántos nobles, desocupados, hacen de gladiadores movidos por el deseo de hazañas? Ciertamente descienden hasta las mismas fieras por la ambición de la fama, y los mordiscos y las cicatrices que reciben les hacen creerse más hermosos. Algunos se entregaron a las llamas para recorrer un cierto espacio con la túnica ardiendo. Otros caminaron entre los látigos de los cazadores del circo con las espaldas muy sufridas.

2. No sin motivo, bienaventurados, permitió Dios estas cosas en el mundo: para exhortarnos a nosotros ahora y para confundirnos en aquel día, si por temor nos resistiésemos a padecer por la verdad para alcanzar la salvación, aquello que otros desearon por vanidad para alcanzar la perdición.

Capítulo VI

1. Pero dejemos a un lado estos ejemplos de audacia debidos al deseo de llegar a ser algo. Contemplemos la condición humana, para que aquellas cosas que acostumbraron a suceder a otros individuos contra su voluntad, nos tengan

preparados cuando se dé el caso de emprender algo con audacia. ¡Cuántas veces los incendios abrasaron a las gentes! ¡En cuántas ocasiones las fieras, escapadas de sus jaulas, devoraron a los hombres en sus selvas y en medio de las ciudades! ¡Cuántos han sido muertos por los ladrones con la espada y han sufrido la muerte de cruz a manos de los enemigos, después de ser torturados e incluso maltratados con todo tipo de ultrajes!

2. Sucede que alguien que duda padecer por Dios, puede padecer lo mismo a causa de los hombres. Tenemos ejemplo de esto en los tiempos actuales: ¡Cuántas personas, y de qué condición, sufren, a causa de un hombre, muertes que son impensadas para su alcurnia, para su dignidad, para su cuerpo, para sus años: y son muertas, bien por este hombre mismo si contra él lucharon; o bien por sus adversarios, si por este hombre resistieron.

Tertuliano

EL ESCORPIÓN

EL ESCORPIÓN

Capítulo I

1. La tierra supura un gran mal a partir del pequeño escorpión. Causa toda clase de venenos, toda especie de calamidades, todo tipo de dolores. Nicandro[1] lo describe de este modo. Sin embargo, el origen de todos estos males radica tan sólo en un movimiento violento de la cola, no de la boca; es la cola la prolongación posterior del cuerpo, que se yergue para herir. [...] Ahí está el secreto de los escorpiones: en esa serie de nudos, a modo de venilla sutil intrínsecamente envenenada que, arqueándose con ímpetu hacia arriba, aprieta el aguijón en lo más alto. Así atormenta.

2. Por esta semejanza, la máquina de guerra que impulsa los dardos retrocediendo recibe el nombre de escorpión. Cuando pica, clava el aguijón, abre un delgado canalillo e introduce el veneno en la herida. El verano es la época habitual de peligro, y su violencia se enardece cuando soplan los vientos sur y ábrego. Entre los remedios existentes, los naturales son los más abundantes. Alguno está rodeado de magia. La medicina sana con bisturí y brebajes.

3. Incluso hay personas que, apresurándose por obtener protección, beben alguna poción preventiva. Pero la activi-

1. Es el conocido toxicólogo nacido en Colofón y que vivió en el siglo II a. C.

dad sexual les agota y necesitan beberla de nuevo. Los cristianos tenemos como protección la fe, a no ser que quede lesionada por la desconfianza al hacer la señal de la cruz, pronunciar el exorcismo y ungir la picadura de la bestia.

4. De este modo socorremos, a menudo, incluso a los paganos, pues Dios nos ha otorgado aquella potestad que el Apóstol manifestó cuando despreció el mordisco de la víbora. Entonces, si la fe, de suyo, protege, ¿qué se pretende con este escrito? Proteger también a la fe, a su modo, cuando padezca sus peculiares escorpiones: son una raza cruel, mezquina y variada, y se arman y pertrechan al unísono en una época que no es otra que la canícula.

5. Esto es la persecución para los cristianos: cuando la fe está ardiente y la Iglesia se incendia como la zarza, justo entonces hacen irrupción los gnósticos, avanzan los valentinianos, salen a la luz, enardecidos, todos los negadores del martirio para atacar, herir y dar muerte. Actúan en estas ocasiones porque saben que muchos cristianos son sencillos, ignorantes y débiles, y están la mayor parte a merced del viento, siendo cristianos si les conviene. Por eso se dan cuenta de que sólo han de atacar cuando el temor ha abierto las puertas del alma, especialmente cuando alguna atrocidad ha coronado ya la fe de los mártires.

6. Así, dirigen la cola, en primer lugar, al sentimiento, actuando como si azotasen el aire. Y dicen: «¿Por ventura han de padecer todo esto hombres inocentes?» Para que los consideres como hermanos o como paganos de los mejores.

7. «¿Se ha de tratar de este modo a una secta que no molesta a nadie?» Después insisten: «Estos hombres perecen sin motivo»[2]. El perecer, y sin motivo, constituye la pri-

2. Era una de las acusaciones que debían soportar los verdaderos mártires cristianos por parte de los herejes gnósticos.

mera herida. A partir de aquí ya matan: «Pues estos sencillos de espíritu –dicen– ignoran qué es lo que está escrito, y su sentido; no saben dónde, cuándo ni ante quiénes se ha de confesar; a no ser que esta sencillez no sea tal, y el morir por Dios, para que me salve, sea, en ellos, vanidad e incluso demencia».

8. «Así pues, ¿da muerte Aquel que debería salvar? Cristo murió una vez por nosotros. De una vez para siempre fue muerto a fin de que nosotros no perezcamos. Entonces, si me reclama la vida, ¿acaso espera obtener la salvación de mi muerte? ¿Por ventura reclama Dios la sangre de los hombres, máxime si rechaza la sangre de los toros y machos cabríos? Es cierto que Dios prefiere el arrepentimiento del pecador a su muerte[3]. ¿Cómo, pues, desea la muerte de los no pecadores?».

9. Es difícil que estos asertos, unidos a otros sofismas venenosos de los herejes, no hieran a nadie: causarán la ansiedad, si no la ruina, o bien excitarán la cólera, si no es que producen la muerte. En cambio, si en el momento del ataque la fe está vigilante, tú serás el anatema que hará de sandalia para el escorpión, el cual, destrozado y abandonado, morirá allí mismo en su propio pus.

10. Hay que tener en cuenta que, si la herida se consuma, el veneno penetra en el interior del cuerpo y se dirige con rapidez a las vísceras. Al punto se embotan los sentidos primeros; la sangre, principio de vida, se hiela; la carne se olvida del espíritu y la desazón convierte en odioso el Nombre[4]. La mente busca por dónde vomitar para expulsar la fe herida en la herejía o en el mundo: así ocurre cuando el cristiano débil ha recibido la picadura. Al presente, en

3. Cf. Sal 99, 13; Ez 33, 11.
4. Es decir, a Cristo y al nombre cristiano.

las circunstancias actuales, estamos en pleno verano, en la misma canícula de la persecución promovida por el mismísimo Cinocéfalo[5].

11. Unos cristianos han sido abrasados ya por las llamas; la espada ha quitado la vida a otros; algunos han sido devorados por las bestias. Hay otros que, en la cárcel, tras sufrir azotes de varas e incluso con garras, desean el martirio. Nosotros mismos estamos acechados desde lejos como liebres que se han de cazar. Mientras, como de costumbre, los herejes atacan.

12. Así pues, la ocasión aconseja que prepare con este escrito nuestra triaca para curar los ataques de nuestras bestiecillas. Si lo lees, la beberás. No es una bebida amarga. Como *las palabras del Señor son más dulces que la miel y el panal*[6], ellas harán de condimento. Como la promesa de Dios mana leche y miel[7], lo aquí escrito tendrá ese sabor. *¡Ay de aquellos que convierten lo dulce en amargo y la luz en tinieblas!*[8].

13. Así obran quienes se oponen al martirio: al considerar perdición lo que es salvación, convierten lo dulce en amargo y la luz en tinieblas; y al preferir esta misérrima vida a la otra bienaventurada, ponen lo amargo en lugar de lo dulce y las tinieblas en lugar de la luz.

Capítulo II

1. En primer lugar hay que estudiar no tanto la bondad del martirio cuanto su utilidad; y antes de hablar de su utilidad es preciso conocer su necesidad. Para conseguirlo hemos

5. El mono con cabeza de perro que existía en Egipto como símbolo del dios Thot.

6. Sal 11, 7.

7. Cf. Ex 3, 17.

8. Is 5, 20.

de ver qué es lo que Dios ha querido y mandado, ya que la autoridad divina es superior. Así, quienes nieguen la bondad del martirio, después de ser vencidos en sus posturas podrán ser instruidos sobre su conveniencia: es congruente con esta tarea que se obligue a los herejes, no que se les persuada. A la pertinacia hay que vencerla, no convencerla.

2. Y, en verdad, lo que se demuestre como instituido y ordenado por Dios, será considerado, con mucho, lo mejor. Pero antes de utilizar los Evangelios averiguaré lo que dice la Ley, que es su raíz. De la Ley sacaré a la luz la voluntad de Dios y lo reconoceré. *Yo soy Dios, tu Dios* –dijo– *el que te sacó de la tierra de Egipto. No tendrás más dioses que yo. No te fabricarás efigies de aquellas cosas que están en el cielo y abajo, en la tierra y en el mar, bajo la tierra. No adorarás estas cosas ni les servirás. Yo soy el Señor, tu Dios*[9]. De igual modo podemos ver en el mismo libro del Éxodo: *Vosotros habéis visto cómo os he hablado desde el cielo. No os haréis dioses de plata y tampoco de oro*[10].

3. En conformidad con lo anterior se lee en el Deuteronomio: *Escucha, Israel: El Señor, tu Dios, es solamente uno y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas y con toda tu alma*[11]. Y más adelante: *No te olvidarás del Señor, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. Temerás al Señor, tu Dios, y a Él solo adorarás y te unirás, y en su nombre jurarás*[12].

4. *No irás tras los dioses ajenos, propios de los pueblos que os rodean, porque tu Dios, que está en medio de ti, es un Dios celoso, no sea que, encolerizado, se indigne y te extermine de la faz de la tierra*[13].

9. Ex 20, 2ss.
10. Ex 20, 22.
11. Dt 6, 4ss.
12. Dt 10, 20.
13. Dt 11, 16-17.

5. Pero también, cuando pronunció bendiciones, dijo: *Tendréis bendiciones si escucháis los mandamientos del Señor, vuestro Dios, que Yo os mando hoy, y no os alejáis del camino que os prescribo para servir a dioses ajenos, que no conocéis*[14].

6. Hablando de estos dioses dice que se han de extirpar de todas partes: *Entregaréis al anatema todos los lugares en los que los pueblos que poseeréis en heredad sirvieron a sus dioses: lugares que están sobre los montes y collados, bajo los árboles frondosos. Destruiréis todos sus altares, derribaréis y romperéis sus ídolos y talaréis sus bosques sagrados. Quemaréis con fuego las imágenes de sus dioses y borraréis sus nombres de aquel lugar*[15].

7. Después de haber entrado, por fin, en la tierra de promisión y de haber exterminado a los pueblos que habitaban en ella, vuelve a decir: *Guárdate de imitarlos después de haber sido exterminados de tu presencia, y de desear sus dioses diciendo: ¿cómo obran los pueblos con sus dioses, para obrar yo también así?*[16].

8. Incluso asevera: *Si en medio de ti se alzase un profeta o soñador y te diese una señal o prueba y dijese: vayamos y sirvamos a dioses ajenos que no conocéis; no escuchéis las palabras de ese profeta o soñador, porque os prueba el Señor, vuestro Dios, para que le temáis con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma. Iréis tras vuestro Dios y lo temeréis, custodiaréis sus mandatos y escucharéis su voz, le serviréis y os allegaréis a Él. Aquel profeta o soñador morirá, pues habló para alejarte del Señor, tu Dios*[17].

9. Desde otro punto de vista vuelve a afirmar: *Si tu hermano, el hijo de tu padre o de tu madre, o tu hijo, o tu hija,*

14. Dt 11, 27ss.
15. Dt 12, 2ss.
16. Dt 12, 30.
17. Dt 13, 1ss.

o la mujer que está en tu regazo, o el amigo que es como el reflejo de tu alma, te dijese en secreto: vayamos y sirvamos a otros dioses que no conoces ni tú ni tus padres, dioses de los pueblos que te rodean, próximos o lejanos; no vayas con él ni le escuches[18].

10. *No tendrá tu mirada consideración para con él, ni lo echarás de menos ni lo salvarás. Lo denunciarás. Tus manos serán las primeras que se alzarán contra él para darle muerte y las manos de tu pueblo después. Lo lapidaréis y morirá, porque pretendió alejarte del Señor, tu Dios.*

11. Habla después a las ciudades. Dice que si constara que alguna de ellas se pasaba a dioses ajenos por el consejo de hombres inicuos, se dará muerte a todos sus habitantes y se arrojarán todas sus cosas al anatema y se recogerán todos los despojos y se pondrán ante sus puertas y se quemarán en el fuego con todos sus vasos, estando todo el pueblo en la presencia de Dios, el Señor[19]. *Y no se convertirá jamás en habitable ni se reedificará de nuevo, y no se adherirá a tus manos nada de lo que fue dado al anatema, para que el Señor se aparte de la indignación de su ira*[20].

12. También dispuso el Señor el conjunto de maldiciones que habían de pronunciarse con motivo de la abominación de los ídolos: *Será maldito el hombre que hiciere una escultura o ídolo abominable fundido, obra de manos del artífice, y lo colocase en un lugar oculto*[21]. Por otra parte, en el Levítico se lee: *No vayáis tras los ídolos ni os hagáis dioses de metal fundido. Yo soy el Señor, vuestro Dios*[22]. Y en otro lugar: *Los hijos de Israel son los siervos de mi casa. Éstos son los que saqué de la tierra de Egipto. Yo soy el*

18. Dt 13, 6ss.
19. Cf. Dt 13, 15ss.
20. Dt 13, 16ss.
21. Dt 27, 15.
22. Lv 19, 4.

Señor, vuestro Dios. No os haréis imágenes, obras de vuestras manos, ni os erigiréis ídolo esculpido alguno. No pondréis en vuestras tierras piedras labradas para orar. Yo soy el Señor, vuestro Dios[23].

13. Todo lo anterior fue pronunciado por Moisés como algo que hacía referencia a todos los que el Señor, Dios de Israel, sacó de Egipto, del mundo más supersticioso, de la casa de la servidumbre humana.

14. Pero a continuación se comprueba que todos los profetas dan a entender la misma Ley con las palabras del mismo Dios, que enaltece, con la repetición de los mismos preceptos, fundamentalmente el primero. Tanto más cuanto advierte que hay que guardarse de toda fabricación y culto de los ídolos, como se lee en David: *los dioses de los gentiles son de oro y plata; tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen, tienen narices y no huelen; tiene boca y no hablan; tienen manos y no tocan; tienen pies y no andan. Serán semejantes a ellos los que los hacen y confían en ellos*[24].

Capítulo III

1. No he de ser yo quien juzgue si Dios prohíbe justamente que se destine su nombre y su honor a la mentira; si con justicia se opone a que regresen a Egipto aquellos que rescató del error de la superstición; si es justo que no tolere que se alejen de Él los que ha elegido para sí. Por lo tanto, que nadie espere de mí que me retracte de esto, a saber: si ha querido Dios que se observe la disciplina que estableció, y si castiga con razón el olvido de la disciplina que quiso que se observase; ya que si no quisiera que se ob-

23. Lv 25, 55; 26, 1.

24. Sal 135, 15ss; 115, 4ss.

servase la habría instituido en vano, y si no quisiera que se vengase, en vano hubiera pretendido que se observase.

2. Trato, pues, de demostrar que lo dispuesto por Dios contra la superstición ha sido tanto para vencerla como para castigarla, porque toda la razón de ser del martirio está fundamentada ahí. Moisés se había alejado al monte para estar con Dios[25], y mientras, el pueblo, no pudiendo soportar su ausencia tan necesaria, intenta fabricarse dioses. Por este motivo se perderá.

3. Aarón es urgido y ordena que se lleven al fuego los pendientes de sus mujeres. Perderían, con esta decisión, los auténticos adornos de las orejas, a saber, las palabras de Dios. El sabio fuego les fundió la imagen del becerro, sugiriéndoles que tenían el corazón donde estaba su tesoro, es decir, en Egipto, nación que deifica incluso a cierto buey de entre los restantes animales[26].

4. Así pues, tres mil hombres perecieron a manos de los parientes próximos, porque habían ofendido a Dios, que era su pariente más próximo, y consagraron a Dios el comienzo y los méritos de la transgresión. En el libro de los Números[27] se lee que, estando Israel establecido en Setim, acudieron licenciosamente a las hijas de Moab, y fueron invitados a los ídolos para que fornicasen también en espíritu. Finalmente comieron de sus alimentos impuros, y después de adorar a los dioses de los gentiles, fueron iniciados en los misterios de Beelfegor.

5. Por esta idolatría, hermana de la fornicación, veintitrés mil personas fueron pasadas por la espada a manos de sus familiares, y aplacaron la ira divina. Muerto Jesús Nave, aban-

25. Cf. Ex 22.
26. Alusión al dios Apis, símbolo del poder.
27. Cf. Nm 25, 1ss.

donaron al Dios de sus padres y sirvieron a los ídolos de Baal y Astarté[28]. El Señor, encolerizado, los entregó a manos de los saqueadores, siendo expoliados por ellos y vendidos a los enemigos. No podían resistir de ninguna manera a sus enemigos.

6. Acudiesen donde acudiesen, les sobrevenían los ataques para mayor calamidad, y estuvieron muy oprimidos. Después de esto Dios instituyó sobre ellos jueces[29], que vienen a ser el equivalente de los censores entre nosotros[30]. Pero ni siquiera a éstos obedecieron con constancia. Cuando alguno de los jueces moría, ellos pecaban más que sus padres, marchando tras los dioses ajenos, sirviéndoles y adorándolos.

7. Así pues, encolerizado el Señor, dijo: *Puesto que este pueblo ha roto mi pacto, que establecí con sus padres, y no han escuchado mi voz, tampoco yo me empeñaré en quitar de su presencia a las gentes de las naciones que dejó Jesús Nave al morir*[31]. De este modo se ve que Israel –a través de casi todos los anales de los Jueces, y posteriormente, a través de los anales de los Reyes–, cada vez que se alejaba de Él, y más aún cuando caía en la idolatría, pudo apreciar la ira de Dios, el cual se servía de los ejércitos que quedaban de los reyes de los gentiles que habitaban alrededor de ellos, empleando la guerra, la cautividad y el yugo de los otros pueblos.

Capítulo IV

1. Desde el principio consta que la idolatría está prohibida con tantos preceptos; así es patente que, cuando se co-

28. Cf. Jc 2, 8.13.

29. Cf. Jc 2, 16ss.

30. Los censores romanos tenían la función de confecionar los censos de la población, la vigilancia de las costumbres y la redacción de la lista de los senadores.

31. Jc 2, 20ss.

mete, nunca queda impune, como se desprende de tantos y tan grandes testimonios; y queda claro que ningún crimen es considerado tan grave por Dios como una transgresión de esta naturaleza. Por lo tanto, debemos entender que la voluntad de Dios, expresada con amenazas y acciones de parte de Dios, era justificar, ya entonces, que no sólo no se han de poner en duda, sino que incluso se han de soportar los martirios que se deriven de la prohibición de la idolatría. Pues de lo contrario no habría martirios. Y disponía de antemano su voluntad, pues quería que ocurriese aquello a lo que daba ocasión.

2. Queda claro que, si en el momento presente somos perseguidos, es a causa de la voluntad de Dios. Sin embargo, el escorpión redobla sus ataques negando o acusando esta voluntad, para insinuar que hay otro Dios cuya voluntad es distinta, o bien para destruir nada menos que al nuestro, que tiene una voluntad tal, o bien para negar de cualquier modo que ésa sea la voluntad de Dios, en el caso de que no le pudiese negar.

3. En otro lugar he tratado sobre Dios y sobre el resto del cuerpo de esta doctrina herética. Ahora voy a trazar unos bosquejos claros que sirvan como una especie de refutación. Voy a defender la voluntad de Dios, que no es otro que el de Israel. Esta voluntad dio pie a que ocurriesen los martirios, ya que la idolatría estaba siempre tanto prohibida por los mandamientos, como castigada por los juicios. Pues si por observar un precepto sufro violencia, se concluye que el padecer violencia constituirá otro precepto: el precepto que me obliga a observar un precepto. Por consiguiente, estaré obligado a padecer cualquier tipo de violencia que se cierna sobre mí por guardarme de la idolatría, ya que así podré observar el precepto.

4. Y ciertamente es así, porque quien impone un precepto obtiene la sumisión por la fuerza. Por consiguiente,

no pudo Dios dejar de querer que ocurriese aquello por medio de lo cual se le ha de tributar la sumisión. Se me ordena que no diga que hay otro dios; que no modele a un dios con mis manos o con mi palabra; que no adore o venere de algún modo a otro que no sea el Único verdadero. Y es Dios quien manda de este modo. Y a este Dios se me ordena que le tema para no alejarme de Él, y amarle con todo mi ser hasta el extremo de morir por Él.

5. Por servir como soldado a este compromiso soy provocado por mis enemigos. Sería semejante a ellos si me rindiera. Por rechazar esto lucho en combate y soy herido, abatido y muerto. ¿Quién querrá este fin para su soldado, sino Aquel que lo ha marcado con el sello de un compromiso de esta naturaleza?

Capítulo V

1. Aquí tienes expuesta la voluntad de mi Dios. Con esto se ha hecho frente a esta herida. Habrá que considerar ahora otra herida, relativa a la cualidad de la voluntad. Sería muy largo mostrar que mi Dios es bueno, lo cual, por otra parte, ya lo aprendieron los marcionitas por una obra mía. Mientras tanto, basta con pronunciar el nombre de Dios para que necesariamente sea considerado como bueno.

2. Pues quien conjeturase que Dios es malo, no podría sostener las dos cosas a la vez: o bien deberá negar al Dios que considera como malo, o bien deberá sostener que es bueno aquel que nombre como Dios. Por lo tanto, la voluntad de Dios ha de ser buena, pues es la de Aquel que si no es bueno no es Dios.

3. Esto también probará la bondad de aquello que Dios quiere –hablo del martirio– porque el que es Bueno no puede querer sino el bien. Afirmo que el martirio es un bien,

teniendo presente al mismo Dios, que prohíbe y castiga la idolatría. Pues el martirio resiste y se opone a la idolatría. Sólo si es bueno puede resistir al mal y oponerse a él.

4. Pero la justificación del martirio no la fundamento en la oposición que las cosas malas tienen tanto entre sí como con las cosas buenas, pues la justificación de este título es otra distinta. Así, el martirio no lucha contra la idolatría a modo de combate general, sino ayudado por una gracia particular; ciertamente, el martirio libera de la idolatría. ¿Quién no dirá que lo que libra del mal es bueno? ¿Hay otra oposición posible entre la idolatría y el martirio distinta a la oposición entre la muerte y la vida?

5. El martirio será considerado como vida y la idolatría como muerte. Quien considere que la vida es un mal, considera a la muerte como un bien. Esta perversidad de los hombres es la que aleja lo saludable, recibe lo pernicioso, busca lo peligroso, evita los remedios o, por último, desea morir antes que ser curado.

6. Son muchos también los que rechazan la ayuda de la medicina: hay muchos necios, cobardes e indiscretos. Por otro lado, es cierto que la medicina tiene, por así decirlo, algo de crueldad, debido al bisturí del cirujano, al cauterio y al ardor de la cataplasma; sin embargo, no es malo operar ni cauterizar ni estirar ni punzar alguna parte del cuerpo, porque los dolores que se producen son útiles; y no será rechazado porque con todo esto provoque tristeza, sino que se emplea porque contrista necesariamente.

7. El miedo de la operación lo disculpa el fruto de ésta. Además, el que ahora se lamenta y gime y vocifera entre las manos del médico, luego llenará esas mismas manos de recompensa y las alabará diciendo que son muy habilidosas, e incluso negará las crueldades. Del mismo modo decimos que el martirio produce dolor y crueldad, pero en orden a

la salvación. También le será lícito a Dios curar por medio de fuegos y espadas y cualquier otro tipo de atrocidad en orden a la vida eterna.

8. Pero también admirarás al médico por usar, al hacer frente a las propiedades de la enfermedad, medicinas con propiedades casi análogas a las de la enfermedad. Hace como si se ayuda de algo maligno y socorre por medio de aquellos dolores que se padecen. Pues reprime la fiebre acrecentando los calores, extingue la sed atormentando incluso con más sed, detiene el exceso de hiel con algunas pociones amargas y frena el flujo de sangre abriendo, además, una venilla.

9. Sin embargo tú considerarás que Dios ha de ser tachado de amante celoso, ya que ha querido que se luchara con motivo y que se sacara fruto oponiéndose a la injuria, destruir la muerte con la muerte, dispersar el crimen con el crimen, deshacer los tormentos con tormentos, destruir los suplicios con suplicios, dar la vida quitándola, ayudar a la carne hiriéndola y conservar el alma arrebatándola.

10. Eso que tú consideras que es absurdo es lo que da explicación a todo; lo que tomas por crueldad es precisamente una gracia. Así que glorifica a tu Dios como tu Dios bueno porque cura lo eterno con cosas momentáneas. Caíste en sus manos, pero felizmente caíste. También Él soportó tus enfermedades. El primer hombre se opuso al médico. Como consecuencia se atrajo el peligro de la muerte.

11. Había recibido de su Señor, como del médico, la suficiente instrucción útil para vivir según la Ley. Podía comer de todo y solamente debía abstenerse de un único árbol que el mismo médico había conocido que era inadecuado.

12. Pero él escuchó al que prefirió y rompió la abstinencia. Comió lo prohibido y, saturado por la transgresión, se indigestó hasta la muerte. Él, que era, en conciencia, el

más digno en todo, pereció porque quiso. Pero el Señor, contenida la indignación causada por el delito, esperando el tiempo en que la medicina estuviese dispuesta, poco a poco compuso los remedios: todas las reglas morales de la fe que se oponían al vicio, que anulaban la palabra de muerte con la palabra de vida, que corregían el oído de la transgresión con el oído de la devoción. Así, cuando este médico manda morir, excluye el letargo de la muerte.

13. ¿Por qué rehúsa el hombre padecer ahora como remedio lo que entonces no rehusó padecer por vicio? ¿Desaprobará el ser muerto para alcanzar la salvación quien consintió morir para la perdición? ¿Hará ascos al antídoto quien abrió su boca al veneno?

Capítulo VI

1. Ahora bien, si Dios nos hubiese propuesto el martirio con el nombre de combate, quedaría entonces de manifiesto que la liberalidad de Dios es mayor que su crueldad. Experimentaríamos en la pugna contra el adversario que el hombre le vencería constantemente en lo que aquél lo derrotó con facilidad. Quiso Dios que el hombre, llevado a la ruina a causa de la gula excitada por el diablo, fuese quien lo aplastase[32] por medio de la fe y de la virtud. De este modo, no sólo se libraría del enemigo, sino que incluso lo vencería.

2. Dios, que nos había llamado a la salvación, deseó también invitarnos a la gloria para que, ya liberados, nos llenemos de gozo, e incluso exultemos al recibir la corona del triunfo. Ha sido cosa conocida, también en África, el gran interés con el que el mundo asiste a contemplar combates

32. Cf. Gn 3, 15.

de este tipo, concursos de enfrentamientos periódicos y supersticiosos propios de los griegos, de las religiones y de las fiestas. En el momento presente vemos cómo cada una de las ciudades vecinas perturba la tranquilidad de Cartago, felicitándola porque ha sido beneficiada con los juegos píticos[33], envejecido ya el estadio.

3. Así pues, el mundo ha considerado muy digno comparar las pruebas de las distintas aficiones, juzgar sobre las artes de los cuerpos y de las voces, siendo el premio el que indica el mejor, el espectáculo el que lo juzga, decidiendo la opinión aquello que proporciona mayor deleite. Por este motivo los combates son al descubierto; se producen algunas heridas; los puños golpean, los talones sacuden, los guantes de combate desgarran, los látigos destrozan.

4. Nadie sugerirá al presidente del juego que la violencia pone en peligro a los hombres. El proceso por daños y perjuicios tiene lugar fuera del estadio. Pero mira cómo se comercia allí con las contusiones y la sangre derramada y los cardenales. Todo eso para obtener a cambio coronas, gloria, dote, privilegios públicos, sueldos cívicos, imágenes, estatuas y, en la medida que el mundo puede darlo, la eternidad por la fama y el recuerdo en la memoria.

5. El propio luchador no se queja por sufrir dolor, pues lo quiere. La corona oculta las heridas, la palma del triunfo disimula la sangre. Hincha más la victoria que los golpes. ¿Considerarás herido a quien ves contento? Por otro lado, ni siquiera el combatiente que ha resultado vencido reprochará su desgracia como un crimen que le ha venido del agonoteta[34].

33. Estos juegos eran realizados junto al santuario de Delfos, y eran los segundos en importancia, después de los olímpicos, en la antigua Grecia.

34. Es decir, el juez o presidente de los certámenes lúdicos de los paganos.

6. ¿Será inconveniente que Dios haga comparecer sus artes y habilidades a la vista de todos, durante esta vida, para espectáculo de los hombres, de los ángeles y de todas las potestades? ¿Estará mal que quiera probar la constancia y la tolerancia del cuerpo y del alma? ¿Será deshonroso para Dios que otorgue a éste la palma de la victoria, a aquél el honor, al otro la ciudadanía y al de más allá la soldada? ¿Irá incluso contra su justicia que repruebe a algunos y aleje de su presencia a los censurados por la ignominia? ¿Ordenas a Dios en qué momento, modo y lugar ha de juzgar a su familia, como si no le conviniera juzgar al que es el juez?

7. ¿Qué ocurriría ahora, si Dios no pusiese a prueba la fe en el martirio bajo el aspecto de combate, sino presentándolo sólo bajo el aspecto del propio provecho? ¿No sería necesario para la fe tener algo en qué apoyar la esperanza, gracias a lo cual forzase su empeño y mantuviese firme la libertad para esforzarse en ascender, cuando las contradicciones terrenas empiecen a abrasar progresivamente? ¿Cómo se explicaría, si no, que en la casa del Padre haya muchas moradas[35], sino por la variedad de méritos? ¿De qué modo se distinguen una estrella y otra por su brillo sino por la variedad de los rayos[36]?

8. Ahora bien, si conviene a la sublimidad de la fe que se engrandezca su gloria, es necesario concluir que aquello en lo que ha de sobresalir sea de tal naturaleza que cueste gran esfuerzo conseguirlo. Se alcanza por medio de la penalidad, tortura, tormento y muerte. Pero, a la vez, mira la recompensa que se recibe cuando se entrega el cuerpo y el alma –en el hombre no hay nada de más valor que éstos, el uno hecho con las manos de Dios, el otro con el soplo di-

35. Cf. Jn 14, 2.

36. Cf. 1 Co 15, 41.

vino–. Entregar el cuerpo y el alma en provecho propio es ganancia. Es pagar el mismo precio que vale la mercancía.

9. Por otro lado, Dios se había dado cuenta también de otras debilidades propias de la condición humana: las insidias del adversario, la falacia de las cosas, los engaños del mundo. También se había percatado de que después del bautismo, la fe se pondría a prueba y que, después de recibir la salvación, muchos perecerían otra vez: los que dejasen de utilizar el vestido nupcial[37], los que no preparasen aceite para sus lámparas[38], los que, buscados por montes y barrancos, volviesen llevados a hombros[39]. Dispuso, por tanto, un segundo alivio y una última ayuda: el combate del martirio y el bautismo de sangre que se sigue de aquél.

10. Hablando de esta felicidad dijo David: *Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido cubiertos. Bienaventurado aquel a quien Dios no le imputc el delito*[40]. Propiamente hablando, nada se le puede imputar ya a los mártires, a quienes la misma vida se les quita, a modo de bautismo.

11. Así, *el amor cubre la multitud de pecados*[41]. El amor es el que forja al hombre convirtiéndolo en mártir, porque demuestra que ama a Dios con todas sus fuerzas, con las que lucha en el martirio, y con toda su alma, que entrega a Dios. ¿Dirás tú que estos remedios, consejos, juicios, incluso espectáculo, son una atrocidad de Dios? ¿Desea Dios la sangre de los hombres? Si los hombres anhelan el Reino de Dios, si los hombres desean la salvación segura, si los hombres quieren la regeneración segunda, yo me atrevería

37. Cf. Mt 22, 11-12.
38. Cf. Mt 25, 1-13.
39. Cf. Lc 15, 4-7.
40. Sal 31, 1ss.
41. Pr 10, 12; 1 P 4, 8.

a decir que sí. No es odiosa ninguna compensación en la cual es valorada del mismo modo la gracia y la injuria.

Capítulo VII

1. Prosiga el escorpión su ataque, presentando por todas partes a Dios como homicida, pero yo tendré horror del sonido inmundo y repugnante de la blasfemia pronunciada por boca herética, y acogeré a este Dios por la confianza que inspira su inteligencia. Con esa inteligencia, Él mismo, por medio de la Persona de su Sabiduría, con palabras de Salomón, se proclamó más que homicida. *Sofía*, dice, *degolló a sus hijos*[42]. Sofía es la Sabiduría. Con sabiduría los degolló, ciertamente, para llevarlos a la vida y, por lo tanto, a la gloria.

2. ¡Cuánto ingenio hay en el parricidio! ¡Qué inteligente es el artificio del crimen! ¡Qué profunda la significación de la crueldad, que mata para que no muera aquel a quien ha matado! ¿Y cómo prosigue esto? Al partir, Sofía recibe cantos e himnos[43]. También es ensalzada la partida de los mártires. Sofía en las plazas se comporta con constancia[44]; por lo tanto, degüella a sus hijos por su bien.

3. Habla confiada sobre los altos muros, cuando, en boca de Isaías, uno exclama: *Yo soy de Dios*[45]. Y otro dice a viva voz: *En el nombre de Jacob*[46]. Y otro escribe: *En el nombre de Israel*[47]. ¡Oh, Madre buena! Yo mismo escojo convertirme en uno de sus hijos, para ser muerto por ella; escojo ser muerto para llegar a ser hijo. Pero a sus hijos ¿sólo los degüella o acaso también los tortura? En otro lugar es-

42. Pr 9, 2.
43. Cf. Pr 1, 20.
44. Cf. *Ibid.*
45. Is 44, 5.
46. *Ibid.*
47. *Ibid.*

cucho que dice Dios: *Los probaré por el fuego como se prueba el oro por el fuego y los pondré a prueba como se prueba la plata*[48].

4. Y será por medio de tormentos de fuego y de suplicios, por medio de martirios que prueban la fe. También sabe el Apóstol a qué Dios se refiere cuando escribe: *Si Dios no tuvo consideración de su Hijo, sino que lo entregó por nosotros, ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas?*[49]. Ves cómo la Sabiduría divina degolló incluso a su propio Hijo, primogénito y unigénito. Pero lo hizo para que obtuviese la victoria e incluso devolviese a los demás la vida.

5. Exclamaré con la Sabiduría de Dios: *Cristo es el que se ha entregado por nuestros delitos*[50]. Sofía se despedazó a sí misma. Con la palabra se ha de entender no sólo el sonido, sino también el significado. Y se ha de escuchar no sólo con el oído, sino también con la mente. Quien no entiende esto, cree que Dios es cruel. Por lo demás, las palabras han sido dichas también para el que no entiende, de modo que ayuden a evitar la temeridad de entenderlo de otro modo.

6. *¿Quién conoció el pensamiento del Señor?* –dice– *o ¿quién fue su consejero para que le instruyese?, ¿quién le demostró el camino de la inteligencia?*[51]. Pero además estuvo permitido, entre los paganos, que la Diana[52] de los escitas, el Mercurio[53] de los galos y el Saturno[54] de los africanos fuesen aplacados con víctimas humanas. Y actualmente, en

48. Za 13, 19.
49. Rm 8, 32.
50. Rm 4, 25.
51. Rm 11, 34-35.
52. Es la diosa de la mitología que simboliza los nacimientos y la fecundidad.
53. Divinidad de la época romana clásica identificada con el Hermes griego.
54. Este dios pagano, identificado con el Cronos griego, representa alegóricamente el tiempo, que devora todo lo que crea.

el Lacio, en el centro de la Urbe, se le da a gustar a Júpiter[55] sangre humana. Y nadie se vuelve atrás ni sospecha que la voluntad de su dios tiene alguna sinrazón o es infame.

7. Si nuestro Dios reclamase también para sí los martirios, a modo de sacrificio, ¿quién le reprocharía que la religión fuera funesta, los ritos, lúgubres, el altar, una pira, y el sacerdote, un enterrador? ¿No considerarías, más bien, bienaventurado a quien Dios comiese?

Capítulo VIII

1. Insistiré un poco más y requeriré tu atención sólo para este punto: a saber, si el martirio ha sido mandado por Dios. Así creerás con motivo el mandato, si reconoces el mandato, porque Dios no manda nada sin motivo. Es cierto que Dios aprecia la muerte de los hombres que le veneran, como canta David[56], pero creo que no se trata de la muerte común, que todos deben padecer –aunque esta muerte también es ignominiosa, pues tiene por causa la transgresión y es consecuencia del castigo–, sino que se trata de aquella otra, fruto del testimonio de la religión y del combate por confesar la fe, a causa de la justicia y del juramento de fidelidad [a Dios].

2. Así habla Isaías: *Ved cómo perece el justo y nadie lo acoge de corazón; y los hombres piadosos son quitados de en medio y nadie les presta atención. El justo perece ante la injusticia. Su sepultura será honrada*[57]. Aquí tienes el anuncio y el premio del martirio. En efecto, la justicia padece violencia desde el principio.

55. Es la más grande divinidad del Panteón romano.

56. Cf. Sal 105, 5.

57. Is 57, 1.

3. Desde que se comenzó a dar culto a Dios, la religión apareció unida a la envidia. El que había agradado a Dios es muerto, y, en concreto, por su hermano[58]. Habiendo empezado por la propia sangre, la impiedad persiguió con más facilidad la ajena, y no sólo la sangre de los justos, sino también la de los profetas. David es perseguido[59]. Elías tiene que huir[60], Jeremías es lapidado, Isaías es aserrado, Zacarías es asesinado entre el altar y el santuario[61], dejando marcadas para siempre las piedras de sílice. Aquel mismo que es el fin de la Ley y los Profetas, llamado no sólo profeta, sino ángel, es decapitado con un asesinato degradante para pagar el salario de la joven bailarina[62].

4. Y también los que eran llevados por el Espíritu de Dios eran conducidos al martirio por Dios mismo, sufriendo lo que habían anunciado. Así pues, al exigirse el homenaje de la muchedumbre, con ocasión de la consagración de la imagen regia, los tres amigos no ignoraron las exigencias de la fe, la única que permanecía libre en ellos, a saber, que se ha de morir oponiéndose a la idolatría[63].

5. Se habían acordado de que Jeremías había escrito a los que pronto iban a soportar aquella cautividad: *Y ahora veréis que los dioses de los babilonios, hechos de oro, plata y madera, son llevados a hombros infundiendo temor a los pueblos. Cuidad de no haceros semejantes a los extranjeros y procurad que no os domine el temor al contemplar las turbas que adoran a sus dioses, yendo delante y detrás de ellos. Antes bien, decid en vuestro corazón: a Ti, oh Dios, debemos adorar*[64].

58. Cf. Gn 4, 3-8.
59. Cf. 1 S 18, 12ss.
60. Cf. 1 R 19ss.
61. Cf. Mt 23, 35.
62. Cf. Mt 14.
63. Cf. Dn 3.
64. Ba 6, 3ss.

6. De este modo hablaron, con la confianza infundida por Dios. ¡Con cuánta fortaleza de ánimo rechazan aquellas posibles amenazas que les hacía el rey!: *No tenemos obligación de responder a este mandato tuyo. Nuestro Dios, al que damos culto, es poderoso para librarnos del horno de fuego y de tus manos. Entonces se hará manifiesto que no serviremos a tu ídolo ni adoraremos la imagen de oro que hiciste*[65].

7. ¡Oh grandeza del martirio, perfecto incluso aunque no se padezca! Bastante padecieron, lo suficiente fueron abrasados, y Dios los protegió, para que vieran que no estaban engañados por confiar en el poder de Dios. También la ferocidad de los leones, excitada además, hubiera devorado enseguida a Daniel, delatado y demandado por los caldeos por no suplicar más que a Dios, si hubiera debido fallar la digna idea que Darío tenía acerca de Dios[66].

8. Por lo demás, era necesario que todo confesor y adorador de Dios padeciese cuando, incitado al culto de los ídolos, negase someterse; y esto según aquella inteligencia que exigía recomendar la verdad a los presentes y también a los que vendrían después. Así esta verdad daba confianza y garantía al padecimiento de sus defensores, ya que nadie querría morir en vano, sino como poseedor de la verdad. Tales preceptos y ejemplos, ocurridos desde el comienzo, muestran que la fe es deudora del martirio.

Capítulo IX

1. Para que no se crea que el Antiguo Testamento ya tuvo su propia Ley, queda examinar la novedad cristiana

65. Dn 3, 16.

66. Cf. Dn 6.

para comprobar si, aun procediendo también de Dios, es distinta, y por consiguiente, opuesta a la Antigua Ley en materia de disciplina, no sea que la *sofía* de la novedad cristiana no quiera devorar a sus hijos. ¿Es que en Cristo son distintas la divinidad, la voluntad y la doctrina? ¿Es que manda considerar el martirio de otro modo o como algo sin valor? ¿Es posible que no exhorte a nadie a un peligro de este tipo, que no prometa nada a los que padezcan por Él porque no quiere que padezcan? No, pues en concordancia con sus preceptos, dijo: *bienaventurados los que padecen persecución a causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos*[67].

2. Y lo dijo de modo absoluto a todos los hombres. Luego, en particular, les dijo a los mismos apóstoles: *Bienaventurados seréis cuando os deshonren y persigan y digan contra vosotros cosas malas a causa de mí: alegraos y exultad, porque vuestra recompensa será grande en el cielo: Así hacían sus padres con los profetas*[68]. De modo que profetizó que ellos mismos serían muertos siguiendo el ejemplo de los profetas.

3. Pero aunque, en aquel momento hiciera destinatarios de esta persecución, como una condición de su misión, tan sólo a los apóstoles, también nos afectaba a nosotros, por medio de ellos, la obligación de aceptar la persecución, ya que por medio de los apóstoles recibiríamos también todo el compromiso de la fe, la propagación del nombre de Cristo y el renuevo del Espíritu Santo, quedando constituidos en discípulos, herederos y vástagos de la semilla apostólica.

4. Pues si, de nuevo, el Señor vuelve a decir a los apóstoles: *He aquí que os enviaré como ovejas en medio de lobos*, y: *Guardaos de los hombres; os entregarán a los concejos y*

67. Mt 5, 10ss.; Lc 6, 23. 68. Mt 5, 11.

os azotarán en sus sinagogas y seréis conducidos ante reyes y gobernadores por causa mía, para dar testimonio ante ellos y ante los pueblos[69], *etc.*, y añade después: *Entregará el hermano al hermano, y el padre al hijo a la muerte, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte*[70]; queda manifiesto que el Señor pronunció las cosas perversas que debían suceder refiriéndose a los demás: no vemos que les ocurriese a los apóstoles.

5. Ninguno de ellos tuvo que soportar que el traidor fuese su padre o alguno de sus hermanos, lo cual, sin embargo, ha ocurrido con muchos de los nuestros. Luego vuelve a decir el Señor a los apóstoles: *Todos os odiarán a causa de mi nombre*[71]. Si esto se lo dice a los apóstoles, ¿cuánto más nos lo dice a nosotros, puesto que es necesario que seamos entregados incluso por los padres? Hablando el Señor de esta manera, sin dejar claro cuándo se dirige sólo a los apóstoles y cuándo a todos los hombres, pone de manifiesto que el fin es el mismo para todos los que siguen el Nombre, el mismo para aquellos en los que el Nombre se haya establecido a la par junto con la ley de su odio. *El que persevere hasta el fin, ése será salvo*[72]. *Y ¿qué es lo que se ha de soportar, sino persecución, traición y muerte? Y, en efecto, perseverar hasta el fin no es otra cosa que padecer la muerte.*

6. *Por esta razón dijo el Señor: No está el discípulo por encima del maestro*[73], e inmediatamente añadió: *Ni el siervo sobre su Señor*[74]. Y lo dijo para que tuviésemos presente que, así como el mismo Maestro y Señor padeció persecución, traición y muerte, con mayor motivo deberán sufrir

69. Mt 10, 16-18.
70. Mt 10, 21.
71. Mt 10, 22.
72. *Ibid.*
73. Mt 10, 24.
74. Mt 10, 25.

las mismas cosas los siervos y los discípulos. De no ser así, los discípulos, libres de la adversidad, aparecerían como superiores cuando precisamente su gloria debería consistir en igualarse a los padecimientos del Señor y Maestro. Él, dando ejemplo de soportar todo esto, aconseja que *no hay que temer a los que matan el cuerpo pero no pueden matar el alma. Más bien se debe temer a quien puede matar el cuerpo y el alma, y perderlos en la gehenna*[75].

7. ¿Quiénes son los que matan sólo el cuerpo, sino los magistrados y los reyes anteriormente dichos, que son, según creo, hombres? ¿Quién es el dueño del alma, sino sólo Dios? ¿Quién es el que amenaza con fuego, sino Aquel *sin cuya voluntad ni siquiera uno de los pájaros cae a tierra*[76]; o, lo que es lo mismo, ni siquiera una de las dos partes constitutivas del hombre, el cuerpo o el alma, perece[77]? Pues para Él, *el número de los cabellos está contado*[78].

8. *En consecuencia, no temáis* –añade–, *valéis más que todos los pájaros*[79]. Y no lo dice en vano, es decir, promete que no vamos a caer a tierra sin recompensa, a condición de elegir ser muertos por los hombres antes que por Dios. *Todo el que haya confesado en mí ante los hombres, yo también confesaré en él ante mi Padre que está en los cielos*[80]. En mi opinión, quedan manifiestas la definición y la naturaleza tanto de la confesión como de la negación, aunque el modo de presentar una y otra es diverso.

9. Quien se confiesa cristiano, atestigua que es de Cristo. Quien es de Cristo, es necesario que esté en Cristo. Si está en Cristo, ciertamente confiesa en Cristo cuando confiesa ser cristiano. Esto no podría ser si no estuviese en Cris-

75. Mt 10, 28.
76. Mt 10, 29.
77. Cf. *ibid.*
78. Mt 10, 30.
79. Mt 10, 31.
80. Mt 10, 32ss.

to. Ahora bien, confesando en Cristo, confiesa también a Cristo, esto es que Cristo está en él mientras él, como cristiano, está en Cristo. Cuando pronuncias la palabra «día», manifiestas la realidad de la luz que causa el día, aunque no hayas pronunciado la palabra «luz». Del mismo modo, aunque el Señor no haya dicho directamente *quien me confesare a mí*, no obstante, el acto de la confesión cotidiana no tiene significado distinto de lo que el Señor dijo.

10. Quien confiesa lo que es, a saber, cristiano, confiesa también aquello por lo que es cristiano: esto es, confiesa a Cristo. Del mismo modo, quien negó ser cristiano, negó en Cristo, negando que él está en Cristo al negar ser cristiano. Por tanto, quien niega que Cristo está en él, negará también a Cristo al negar que él está en Cristo. Así pues, quien niegue en Cristo, negará a Cristo, y quien confiese en Cristo, confesará a Cristo. Hubiese sido suficiente, por lo tanto, que el Señor hubiera hablado tan sólo de confesar.

11. De la forma de la confesión se deduce su contrario: la forma de la negación. Y además se concluye que el Señor paga la negación con la negación, pues paga la confesión con la confesión. Y como la forma de la confesión comprende también la naturaleza de la negación, queda claro que no pertenece a otro tipo de negación lo que el Señor dijo de ella: *quien me negase*[81], aunque lo expresó de manera distinta a la confesión, pues no dijo: *quien en mí negase*.

12. Había previsto Dios que la persecución del Nombre iría acompañada de violencia, de modo que quien se negase cristiano fuese obligado también a negar a Cristo blasfemando. Como ha ocurrido no hace mucho [...] cuando temimos horrorizados que se iba a luchar así contra la plenitud de la fe de algunos cristianos. Por lo tanto, sería

81. Mt 10, 33.

inútil decir: «aunque niegue ser cristiano, Cristo no me negará, pues no lo he negado».

13. Por aquella negación será igualmente culpable, porque negando ser cristiano niega que Cristo esté en él, y por tanto niega a Cristo. Pero hay más, el Señor amenaza la vergüenza con la vergüenza: *Quien se avergonzare de mí ante los hombres, también yo me avergonzaré de él ante mi Padre que está en los cielos*[82]. Sabía que la negación se produce fundamentalmente por la vergüenza, y que la firmeza de la mente radica en la frente, y que la herida de la vergüenza es más importante que la del cuerpo.

Capítulo X

1. Algunos creen que la confesión no ha de tener lugar aquí; esto es, no será dentro del ámbito de esta tierra ni durante el paso por esta vida ni ante unos hombres de naturaleza común a la nuestra. ¡Cuánta presunción supone esto si lo comparamos con la cantidad de pruebas que se han de experimentar en esta tierra y en esta vida y bajo las potestades humanas! En efecto, cuando las almas abandonen los cuerpos y empiecen a ser examinadas e interrogadas en cada uno de los estratos del cielo sobre la fe que ha acogido y sobre los arcanos misterios de los herejes, entonces habrán de confesar ante las verdaderas potestades y los verdaderos hombres, a saber, los Teletos, los Acinetos y los Abascantes de Valentín.

2. «Ni siquiera el mismo Demiurgo», dicen, «consideraba a nuestros reyes y gobernantes como hombres. Los consideró *como gota de agua en el caldero, polvo de la era, es-*

82. Mc 8, 38.

puto, langostas[83] e incluso los asimiló a los irracionales jumentos». Ciertamente así está escrito en la Escritura Sagrada. Sin embargo, cuando habla de este modo, no se ha de entender que se refiere a un género de hombre distinto del nuestro; un género de hombre cuya existencia consta y al que pudo aplicar esta comparación, dejando a salvo la propiedad del género y la singularidad.

3. Y aunque la vida ha sido corrompida hasta tal punto que, digna de desprecio, es asemejada a lo despreciable, sin embargo la naturaleza no ha sido modificada de tal modo que haya que considerarla como otra naturaleza distinta bajo el mismo nombre. Es más, la naturaleza permanece, aunque se avergüence de su vida; y Cristo no conoció a otros hombres que aquellos de los que dice: *¿Quién dicen los hombres que soy yo?*[84]; y *Del mismo modo que queréis que actúen los hombres con vosotros, así obrad también vosotros con ellos*[85].

4. Mira cómo ha conservado el Señor la naturaleza, tanto de los que espera el testimonio de sí como de aquellos a quienes manda desempeñar el oficio de la justicia. Si yo reclamase que se me mostrasen aquellos hombres celestes, ¡con qué facilidad Arato[86] dibujaría a las Perseas y Cefeas, y a Erígona y Ariadna entre las constelaciones! Pero ¿quién impidió al Señor que determinase manifiestamente el lugar donde los hombres habrían de hacer la confesión, máxime si dijo claramente dónde habría de ser la suya? ¿Quién le impidió decir: *Quien confesare en mí ante los hombres en los cielos, también yo confesaré en él ante mi Padre que está en los cielos*[87]?

83. Is 40, 15.
84. Mt 14, 13.
85. Mt 7, 12; Lc 6, 31.
86. Astrónomo y astrólogo (315-240 a. C.) nacido en Soli (Cilicia) que dibujó las distintas constelaciones.
87. Mt 10, 32; Lc 12, 8.

5. Si el Señor hubiese mandado la confesión celeste, debió quitarme el error de la confesión terrena que no quería que soportase, ya que yo no conozco otro tipo de hombres que a los habitantes de la tierra; ni siquiera había percibido, entonces ni ahora, a este mismo hombre en los cielos. Por otra parte, ¿qué tipo de fe es esta por la que creo que, elevado a los cielos tras la muerte, me aprobarán precisamente allí donde no puedo ser recibido si no he sido ya aprobado? ¿Y qué tipo de esperanza necesito cuando me examinen sobre mi admisión en aquel lugar donde no se puede llegar más que estando ya admitido?

6. Para el cristiano es más evidente el cielo que el camino para alcanzarlo, porque el camino que conduce al cielo sólo es patente para el que entra en él. Y entrará quien llegue allí. ¿Me aseguras que las potestades que guardan las puertas serán, comparadas con la religión romana, un tal Cardea, Fórculo y Limentino[88]? ¿Qué potestades dispones para las cancelas?

7. Si por casualidad has leído en David: *Quitad, príncipes, las puertas de en medio de vosotros, y sean levantadas las puertas eternas y entrará el Rey de la gloria*[89]; si alguna vez escuchaste, del libro de Amós: *Éste construye en los cielos el lugar para subir él y fundamenta en la tierra su magnificencia*[90], es conveniente que sepas que aquel ascenso fue allanado más tarde con las pisadas del Señor y que la puerta fue abierta posteriormente con las fuerzas de Cristo. Y todo esto lo hizo para que no se les presente a los cristianos, cuando estén en la puerta, ninguna demora o interrogatorio, y no tengan necesidad de ser examinados, sino aprobados, ni de ser interrogados, sino admitidos.

88. Se trata de los dioses porteros de la casa. Cardea cuidaba del quicio, Fórculo se encargaba de la tabla de la puerta y Limentino guardaba el umbral.

89. Sal 24, 7.

90. Am 9, 6.

8. Y si todavía piensas que el cielo está cerrado, recuerda que aquí abajo dejó el Señor sus llaves a Pedro[91] y, por medio de él, a la Iglesia; y cada uno de los que aquí abajo fuere interrogado y confesare las llevará consigo. Pero el diablo asegura que se ha de confesar allí arriba, para persuadir que se niegue aquí abajo. ¡Yo colocaré las pruebas perfectas, llevaré conmigo las llaves buenas, esto es, el temor de aquellos que sólo matan el cuerpo, pero que no hacen nada al alma! ¡Seré alabado por el abandono de este precepto; estaré con dignidad en los cielos, precisamente yo que, en la tierra no pude permanecer con ella; soportaré a las potestades mayores yo, que cedí ante las menores; y en verdad, mereceré ser admitido, ya rechazado!

9. Afirmáis: «si hay que confesar en los cielos, se ha de negar aquí en la tierra. Pues una cosa implica la otra. En efecto, los opuestos se tocan». Por lo tanto, será necesario que también en los cielos tenga lugar la persecución, ya que es la materia de la confesión o de la negación. ¿A qué aguardas pues, audacísimo hereje, para trasladar todo el orden de la persecución cristiana a los cielos y poner el mismo odio del nombre en aquel lugar en que Cristo está sentado, gobernando, a la derecha del Padre?

10. ¿Establecerás allí también las sinagogas de los judíos, fuentes de las persecuciones, en las cuales los apóstoles sufrieron azotes[92]? ¿Establecerás también las muchedumbres de los paganos, con su circo, donde claman a placer: «¿Hasta cuándo durará este tercer género de hombres?»

11. Pero si hacéis esto, debéis mostrar que allí mismo están nuestros hermanos, padres, hijos, suegras, nueras y parientes, por medio de los cuales está dispuesto que se nos entregue. Igualmente debéis mostrar los reyes, los go-

91. Cf. Mt 16, 19.

92. Cf. Hch 5, 40.

bernadores y las potestades armadas, ante las cuales se ha de defender la causa. Ciertamente habrá en el cielo una cárcel carente de sol, o con poca luz, y las cadenas serán la constelación de Orión, y el potro, el eje del mundo que gira.

12. Entonces, si el cristiano ha de ser lapidado, acudirá el granizo; si ha de ser quemado, los rayos están a mano; si ha de ser descuartizado, la mano de Orión armado se ocupará de ello; si ha de acabar en las bestias, el Septentrión enviará las osas y el Zodíaco los toros y leones. «Quien soportase esto hasta el fin, será salvo»[93].

13. ¿Acaso tendrá lugar en los cielos el fin, la pasión, la muerte y la primera confesión? ¿Y dónde aparece la carne, necesaria para todo esto? ¿Dónde está el cuerpo, que sólo puede ser muerto por los hombres? Un modo de razonar seguro nos ha planteado estas cuestiones, a modo de broma, para que nadie ponga óbice a este mandato; para que nadie se vea forzado a trasladar todo el conjunto de la persecución, toda su causa judicial necesaria para al proceso, a aquel lugar donde tendrá lugar la confesión.

14. Puesto que la confesión es consecuencia de la persecución y ésta tiene su término en la confesión, y no pueden existir separadas las cosas que son comienzo y final, se darán juntamente. Es decir, la persecución y la confesión vienen a ser como el principio y el fin de un mismo proceso. Será, por tanto, aquí abajo el odio del Nombre; y es aquí abajo donde irrumpe la persecución, se produce la entrega, tiene lugar el interrogatorio acusador y se ensañan los tormentos; y la confesión o la negación culminan aquí en la tierra toda la sucesión de los actos persecutorios.

93. Cf. Mt 10, 22; 24, 13; etc.

15. En consecuencia, si los demás elementos de la persecución están aquí abajo, la confesión no tendrá lugar en otra parte. Y si la confesión tiene lugar en otro sitio, no estarán aquí los demás elementos de la persecución. Sin duda alguna, todos estos elementos no se dan en otro lugar. Así pues, hay que concluir que tampoco la confesión será en el cielo. Ahora bien, si los herejes quieren que la naturaleza del interrogatorio y de la confesión celeste sea distinta, tendrán que construir, en verdad, otro orden de cosas que será distinto, en gran manera, de la ordenación que se encuentra en las Escrituras.

16. Y podemos afirmar lo siguiente: que lo vean ellos; mientras el orden del interrogatorio y de la confesión terrena, que procede de la persecución y discordia pública, quede a salvo, como se comprueba claramente, se ha de creer como está escrito y se ha de entender tal como se escucha. Mantenemos este orden aquí abajo, pues el mismo Señor no le ha destinado otra región del mundo. ¿Qué añade después de hablar de la confesión y negación?

17. *No penséis que he venido a traer paz a la tierra, sino espada*[94]. Claramente dice a la tierra. *He venido a enfrentar al hombre contra su padre y a la hija contra su madre, y a la suegra contra su nuera, y serán enemigos del hombre los de su propia casa*[95]. Así sucede: que *el hermano entregue a la muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levanten los hijos contra los padres y les den muerte. Y el que resista hasta el fin, ése será salvo*[96]. Es decir, toda esta relación de la espada del Señor enviada a tierra, no al cielo, establece también aquí abajo la confesión, la cual, soportándola hasta el final, llevará a la muerte.

94. Mt 10, 34.
95. Mt 10, 35-36.
96. Mt 10, 21-22.

Capítulo XI

1. Afirmamos que las otras palabras del Señor también se refieren al martirio. El Señor dijo: *Quien aprecie su vida más que a mí, no es digno de mí*[97]; esto es, quien prefiera vivir negándome a morir confesándome; y también dice: *Quien encuentre su vida la perderá, y quien pierda su vida por causa mía, la encontrará*[98].

2. Así, en efecto, quien niega ganando su vida, la pierde, de modo que el mismo que piensa que la gana al renegar, la perderá en la gehenna. Por otro lado, el que sufre la muerte tras haber confesado, perderá la vida en el momento presente, pero la hallará en la vida eterna.

3. En suma, cuando los mismos gobernadores te exhortan a la negación, dicen: «¡Conserva tu vida!», y «¡No pierdas tu vida!». ¡Y qué decía Cristo, sino la manera en que sería tratado el cristiano! Pero cuando prohíbe pensar en la respuesta ante el tribunal[99], instruye a sus siervos, y asegura que el Espíritu Santo será quien responda, y cuando quiere que se visite a un hermano en la cárcel[100], ordena la solicitud para con el confesor de la fe. Y cuando afirma que Dios vengará a sus elegidos[101], alivia sus sufrimientos. Incluso en la parábola que habla de la semilla que se agosta al poco de brotar[102], prefigura el ardor de las persecuciones.

4. Si estas palabras no se toman a la letra, tal como se pronuncian, significan entonces algo distinto de lo que dicen, y en consecuencia, una cosa será lo que se diga con las palabras y otra el significado, como si fuesen alegorías, parábolas o enigmas. Así pues, sea cual sea el viento de las

97. Lc 14, 26.
98. Mt 10, 39.
99. Cf. Mt 10, 19.
100. Cf. Mt 25, 36.
101. Cf. Lc 18, 7.
102. Cf. Mt 13, 3ss.

argumentaciones concebido por estos escorpiones, sea cual sea la picadura con la que hieran, sólo hay una línea a seguir en la argumentación: serán los hechos quienes los desmentirán si los hechos se desarrollan según las Escrituras.

5. Si no se encontrase en la realidad lo que está escrito, entonces en las Escrituras se significará algo distinto. Ocurrirá pues lo que está escrito. Es más, lo que está escrito ocurrirá, si sucede de un modo no distinto. Es un hecho que todos los hombres nos odian a causa del Nombre, como está escrito, y nos entregan incluso nuestros parientes, como está escrito, y nos conducen ante las potestades, como está escrito, y nos interrogan y torturan, y confesamos y nos descuartizan, como está escrito. Así lo manifestó el Señor.

6. Si manifestó esto de modo distinto, ¿por qué no ocurre de otro modo lo que proclamó, es decir, exactamente como lo proclamó? Pero el hecho es que no ocurre todo esto de modo diverso al manifestado por el Señor. Por consiguiente, del mismo modo que sucede, así es como lo anunció, y del mismo modo que lo anunció, así sucede. Pues sería sin sentido que algo ocurriese de manera distinta a la que manifestó, y de otra parte el Señor no lo hubiera manifestado de modo distinto a como quiso que sucediese.

7. Por tanto, las Escrituras no significarán una realidad distinta de la que reconocemos en las cosas. O dicho de otro modo, si aún no se realizan las cosas anunciadas, ¿cómo se realizará lo que no ha sido anunciado? Los acontecimientos anunciados no son los hechos que se cumplen, si unos son los que se anuncian y otros los que suceden. Pero si en la realidad sucede lo mismo que se cree, expresado en las palabras, ¿qué ocurriría si los hechos se verificasen de otra manera?

8. Pero esto sería la corrupción de la fe: no creer lo que está probado y tener por cierto lo no probado. A esta co-

rrupción opondré también lo siguiente: si lo que sucede conforme a lo que está escrito no es lo mismo que lo anunciado, tampoco deberán suceder otras cosas según lo escrito, para que no corran el peligro de quedar excluidas también ellas, las que están escritas, con el ejemplo de lo que ocurre. Y puesto que una cosa es lo que se dice con las palabras y otra la que sucede en la realidad, sucederá que lo que se predica no se verá cuando ocurra si se dice de modo distinto a como ha de ocurrir. Y ¿cómo se creerá en lo que no se haya predicado, ya que no se han predicado conforme a como sucede? Así, los herejes, por creer lo que se anuncia de un modo distinto del que se experimenta por los hechos, creen lo que ni siquiera se anuncia.

Capítulo XII

1. Ahora bien, ¿quién conocerá mejor la médula de las Escrituras que la misma escuela de Cristo? El Señor escogió para sí a los discípulos para enseñarles todas las cosas y los preparó como maestros para que nos lo enseñaran todo. ¿A quién le reveló mejor la significación de sus palabras, sino a quien reveló la imagen de su gloria, a Pedro, Juan, Santiago[103] y más tarde a Pablo[104], a quien también hizo partícipe del paraíso antes de sufrir el martirio[105]? ¿Acaso escribieron algo distinto de lo que oyeron y vieron, siendo maestros de la mentira, no de la verdad?

2. Pedro dijo en su Epístola a los cristianos del Ponto: *¿Qué gloria habrá si soportáis ser castigados sin ser delincuentes? Ésta es, en efecto, la gracia, y en esto habéis sido llamados, ya que también Cristo padeció por nosotros, de-*

103. Cf. Mt 17, 2.
104. Cf. Hch 9, 3-7; 22, 5-16; 26, 10-18; Ga 1, 12-17.
105. Cf. 2 Co 12, 2.

jándoos a Él mismo como ejemplo, para que sigáis sus pasos[106].

3. Y nuevamente vuelve a decir: *Carísimos, no os asustéis del incendio que se produce en medio de vosotros y que os lleva a la tentación, como si os sucediese algo nuevo. Y en efecto, alegraos, en cuanto que participáis de los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis. Si sufrís afrentas en el nombre de Cristo, seréis bienaventurados, pues la gloria y el Espíritu de Dios descansa en vosotros. Y esto, a condición de que ninguno de vosotros padezca como asesino, ladrón, malhechor o entrometido en lo ajeno. Pero si se padece por ser cristiano, que no se avergüence, sino que glorifique al Señor en este Nombre*[107].

4. Por su lado, Juan, para que expongamos nuestras vidas a favor de nuestros hermanos, nos exhorta diciendo que en el amor no hay temor: *En efecto, el amor perfecto arroja fuera el temor, ya que el temor supone un castigo, y quien teme no es perfecto en el amor*[108].

5. ¿A qué temor se refiere? Al que causa la negación. ¿Qué amor califica de perfecto? El que ahuyenta el temor y da ánimo para la confesión. ¿Con qué pena castigará el temor? La que ha de soportar el apóstata, destinado a perecer en cuerpo y alma en la gehenna. Y si Juan, bien preparado en el Apocalipsis para instruirnos en estas cosas, nos enseña que hay que entregarse por los hermanos, ¡cuánto más enseñará a hacerlo por el Señor!

6. El Espíritu había manifestado al ángel de la Iglesia de Esmirna: *He aquí que el diablo meterá en la cárcel a algunos de vosotros, de modo que sufriréis la tentación durante*

106. 1 P 2, 20ss.
107. 1 P 4, 12ss.
108. 1 Jn 4, 18.

diez días. Manténte fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida[109].

7. Lo mismo había manifestado a la Iglesia de Pérgamo[110] hablando del fidelísimo mártir Antipas, muerto en la sede de Satanás. Igualmente a los de Filadelfia[111], diciendo que sería librado de la prueba última quien no negara el nombre del Señor.

8. Después[112] a los vencedores les promete el árbol de la vida y el perdón de la muerte segunda, y también el maná escondido, además de la piedrecilla blanca de nombre desconocido. También les promete la potestad de la barra de hierro y la claridad de la estrella matutina[113], y ser revestidos de traje blanco y no ser borrados del libro de la vida[114] y ser columna en el templo de Dios en el nombre de Dios y Señor y en la Jerusalén celestial[115], y estar sentado junto al Señor en su trono[116], cosa que les fue negada en otro momento a los hijos de Zebedeo[117].

9. ¿Quiénes serán estos vencedores tan bienaventurados, sino propiamente los mártires? En efecto, las victorias son de quien combate, y las batallas de quienes derraman su sangre. Pero mientras tanto, bajo el altar[118], las almas de los mártires descansan plácidamente y alimentan su paciencia con la confianza en la venganza y en la blancura de sus vestiduras esperan la gloria, hasta que los que faltan completen el número de los destinados a la gloria.

10. Y detrás aparece una innumerable multitud vestida de blanco y llevando las palmas de la victoria, es decir, del

109. Ap 2, 10.12ss.
110. Cf. Ap 2, 3.
111. Cf. Ap 3, 7ss.
112. Cf. Ap 2, 17.
113. Cf. Ap 2, 26.
114. Cf. Ap 3, 5.
115. Cf. Ap 3, 12.
116. Cf. Ap 3, 21.
117. Cf. Mt 20, 20ss.
118. Cf. Ap 6, 9-11.

triunfo sobre el Anticristo, como dice uno de los ancianos: *Éstos son los que proceden de la gran tribulación y han lavado y blanqueado sus vestimentas en la sangre del Cordero*[119]. En efecto, la carne es el vestido del alma. Los sucios, ciertamente, se lavan con el bautismo, y las manchas se tornan blancas con el martirio. Isaías[120] promete también, a su vez, que lo que era rojo y escarlata, será blanco como la nieve.

11. También cuando se describe la Gran Babilonia[121] como ebria de la sangre de los santos, sin duda su ebriedad se alimenta de los cálices de los mártires. También se indica qué ha de producir el temor de los martirios. Los cobardes están entre todos los réprobos, es más, los primeros. *Pero los cobardes*, dice, *a partir de ahora tendrán su sitio en el estanque de fuego y azufre*. Así, según su Epístola, el temor, que expulsa el amor de Dios, tiene un castigo[122].

Capítulo XIII

1. Por otro lado, Pablo, el que pasó de perseguidor a apóstol, el primero que hizo correr la sangre de la Iglesia[123] y después cambió la espada por la pluma y convirtió el sable en arado, *el lobo rapaz de la tribu de Benjamín*[124], el *que después lleva la comida, él mismo*, según la palabra de Jacob, ¡de qué modo recomienda ahora el martirio como algo deseable para sí!

2. Cuando dice, gozándose a causa de los tesalonicenses: *Nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios a causa de vuestra paciencia y vuestra fe en todas las persecuciones*

119. Ap 7, 14.
120. Cf. Is 1, 18.
121. Cf. Ap 21, 8.
122. Cf. 1 Jn 4, 8.
123. Cf. Hch 7, 58ss.
124. Rm 11, 1; Flp 3, 5.

y tribulaciones. Con ellas soportáis la muestra del justo juicio de Dios, de modo que os hacéis dignos de su Reino por el que padecéis[125].

3. Del mismo modo habla a los romanos: *Y no sólo esto, sino que exultamos en las tribulaciones, seguros de que la tribulación perfecciona la paciencia; la paciencia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza, y la esperanza no defrauda*[126].

4. Y en otro lugar: *Y si somos hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo; supuesto que padecemos con Él para ser glorificados con Él. Pues considero que los sufrimientos de este tiempo no alcanzan la dignidad de la gloria que ha de revelarse en nosotros.* Y por consiguiente, dice a continuación[127]: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? Según está escrito: por causa tuya somos entregados a la muerte todo el día; somos considerados como ovejas de degüello, pero en todas estas cosas salimos vencedores por Aquel que nos amó. Pues estoy persuadido de que ni muerte, ni vida, ni el poder, ni la altura, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que está en Jesucristo, nuestro Señor*[128].

5. También manifestó a los corintios que había que padecer, y lo hizo enumerando sus propios sufrimientos: *en trabajos, más, en prisiones, más, en peligros de muerte, con más frecuencia; recibí de los judíos en cinco ocasiones cuarenta azotes menos uno, tres veces fui herido con varas, una vez fui lapidado*[129], etc.

125. 2 Ts 1, 3.4.
126. Rm 5, 3ss.11.
127. Rm 8, 35-39.
128. Rm 8, 17-18.
129. 2 Co 11, 23ss.

6. Y por si estas cosas parecieran más molestas que el martirio, añadió: *Por esto me congratulo en las enfermedades, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias sufridas por el nombre de Cristo*[130].

7. Y dice más arriba: *Somos atribulados en todo, mas no acosados estamos necesitados, mas no agobiados; somos agitados por las persecuciones, mas no somos abandonados; somos abatidos, mas no perecemos, llevando siempre en nuestro cuerpo la señal de muerte de Cristo*[131]. Y añade: *aunque nuestro hombre exterior se corrompe*, es decir, la carne por la fuerza de las persecuciones, *sin embargo nuestro hombre interior, o sea, el alma, por la esperanza en el cumplimiento de las promesas, se renueva de día en día*[132].

8. *Pues lo que en el momento presente*[133] *es temporal y ligero en nuestra tribulación, completa paso a paso la eterna medida de la gloria, pues nosotros no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo invisible*. En efecto, las cosas visibles son temporales –y se refiere a las tribulaciones–, las invisibles, eternas –y promete el premio–.

9. Cuando escribió a los tesalonicenses[134] desde las cadenas en que se encontraba preso, llamó bienaventurados a los *que se les ha concedido no sólo creer en Cristo, sino también padecer por Él*. Y añade: *Porque sostenéis el mismo combate que visteis en mí y que ahora escucháis*[135]. *Pues aunque soy vertido como una libación sobre el sacrificio, me alegro y me congratulo con todos vosotros. Igualmente, vosotros alegraos y congratulaos conmigo*[136].

130. 2 Co 12, 10.
131. 2 Co 4, 8-10.
132. 2 Co 4, 16-18.
133. *Ibid.*
134. Cf. 2 Ts 1, 4-8.
135. Flp 1, 29-30.
136. Flp 2, 17-18.

10. Contempla cuánta felicidad le otorga el martirio, al cual añade solemnidad el alegrarse mutuamente. Cuando la proximidad de su deseo se hace realidad, ¡de qué modo escribe a Timoteo exultante de alegría ante su futuro!: *Pues yo ya me he derramado en libación, y el momento de mi separación es inminente; he combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he conservado la fe; me falta la corona, que el Señor me dará aquel día*[137], esto es, el día del martirio.

11. Él mismo exhortó suficientemente antes: *Es palabra fiel: si hemos muerto con Cristo, también viviremos con Él; si sufrimos con Él, también reinaremos con Él, si le negamos, también Él nos negará: si no le fuésemos fieles, Él es fiel, y no puede negarse a sí mismo*[138]. *En consecuencia, no te avergüences del testimonio de nuestro Señor Jesucristo, ni de mí, su prisionero*[139]. Pues había dicho anteriormente: *No nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de virtud y de amor y de sabiduría*[140].

12. En efecto, padecemos con valor, por amor de Dios y con templanza, cuando sufrimos siendo inocentes. Pero si en otro lugar prescribe la paciencia, ¿en qué circunstancias prescribe esa paciencia sino en los padecimientos? Y cuando quiso extirpar la idolatría, ¿qué la arrancará más eficazmente que el martirio?

Capítulo XIV

1. Amonesta a los romanos *a someterse a todas las potestades, pues no hay potestad que no provenga de Dios, ya*

137. 2 Tm 4, 6-8.
138. 2 Tm 2, 11-13.
139. 2 Tm 1, 8.
140. 2 Tm 1, 7.

que no hace uso de la espada sin motivo, también porque está al servicio de Dios[141]. Es más, añade: *es vengadora para castigo de quien obre mal*[142]. Pues también había dicho: *En efecto, los príncipes no deben ser temidos por las personas de buenas obras, sino por las que obran el mal. ¿Quieres no tener miedo a la autoridad? Haz el bien y recibirás alabanza de parte de ella. En consecuencia, para ti es ministra de Dios para el bien. Pero si obras el mal, teme*[143].

2. Así, no te manda que te sometas a las autoridades para evitar tu martirio, sino para incitarte a obrar bien, incluso considerándolas con respeto, como cooperadoras de la justicia, como ministras del juicio de Dios que también aquí se aplica a los culpables. De todo esto se deduce cómo desea que te sometas a las autoridades, ordenando: *Dadle tributo a quien corresponde, impuesto a quien se deba impuesto,* es decir, *dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*[144]. El hombre es sólo de Dios.

3. Pedro también había dicho que se ha de honrar al rey[145], pero de modo que el rey reciba los honores cuando cumple su misión y no pretenda los honores que se deben a Dios; porque tanto el padre como la madre reciben amor junto a Dios, pero no son comparados a Él. Por lo demás, no será lícito ni siquiera amar la vida más que a Dios.

Capítulo XV

1. En consecuencia, las cartas de los apóstoles son claras y manifiestas ¿Y hasta cuándo seremos nosotros siem-

141. Cf. Rm 13, 1ss.
142. *Ibid.*
143. Rm 13, 3-4.
144. Rm 13, 7; cf. Mt 22, 21.
145. Cf. 1 P 2, 13.

pre los sencillos de espíritu sólo comparables a las palomas, que andan errantes a placer? Creo que lo dicen por el deseo de vivir. Admitamos que el significado se difumine por las palabras. Sabemos que los apóstoles padecieron estas cosas: la enseñanza es clara, y la encuentro recorriendo sólo los Hechos de los Apóstoles; no necesito más.

2. Allí en los Hechos las cárceles[146], cadenas[147], azotes[148], piedras[149], espadas[150], violencia de los judíos[151], asamblea de los gentiles[152], sentencias de los tribunales[153], audiencias de los reyes[154], tribunales de los procónsules[155] y el nombre del César[156] no tienen necesidad de intérprete. Que Pedro es azotado, Esteban lapidado[157], Santiago inmolado[158], Pablo expulsado, son hechos que están escritos con su sangre.

3. Y si el hereje no se cree lo narrado, hablarán los documentos del Imperio, lo mismo que las piedras de Jerusalén. Leemos en las *Vidas de los Césares*: «Nerón fue el primero en Roma que derramó la sangre de los miembros de la fe naciente»[159]. Pedro fue ceñido por otro[160] al ser sujetado a la cruz. Pablo vuelve a obtener por nacimiento la ciudadanía romana cuando renace allí por la generosidad del martirio.

4. Dondequiera que lea estas cosas, aprendo a padecer; y no me interesa, para seguir a estos maestros del martirio, qué querían decir los apóstoles o cómo terminaron sus vidas, sino que reconozco lo que querían decir por el mismo

146. Cf. Hch 4; etc.
147. Cf. Hch 5, 18ss.
148. Cf. Hch 5, 40.
149. Cf. Hch 14, 5.
150. Cf. Hch 9, 22ss.
151. Cf. Hch 8, 1ss.
152. Cf. Hch 19, 28ss.
153. Cf. Hch 19, 35-40.
154. Cf. Hch 25, 23-32.
155. Cf. Hch 24-26.
156. Cf. Hch 25, 11-12.
157. Cf. Hch 7, 58.
158. Cf. Hch 12, 2.
159. Se trata de la conocida obra de Suetonio.
160. Cf. Jn 21, 18-19.

final de sus vidas. No padecieron nada que no hubieran sabido de antemano que era necesario afrontar. Cuando Ágabo[161] predijo a Pablo cadenas, escenificándolo con aquellos gestos, los discípulos lloraban y pedían que no se dirigiera a Jerusalén, pero lo pidieron en vano.

5. En efecto, animado por lo que siempre había enseñado, dijo: *¿Por qué lloráis, dice, y entristecéis mi corazón? Pues no sólo desearía padecer cadenas en Jerusalén, sino hasta morir por el nombre de mi Señor Jesucristo*[162]. Y de ese modo cesaron, diciendo: *Hágase la voluntad del Señor*; es decir, persuadidos de que los sufrimientos pertenecían a la voluntad de Dios.

6. En efecto, no intentaron retenerle con un consejo disuasivo, sino por amor hacia él, propio de los que querían al Apóstol, no de los que rechazan el martirio. Y si ya entonces Pródico o Valentín hubiera estado presentes y le hubiera sugerido que no es preciso confesar a Cristo en la tierra ante unos hombres que no son los verdaderos, para que no parezca que Dios esté sediento de los hombres y que Cristo reclama la reciprocidad de su Pasión como si también él mismo espere alcanzar la salvación, al punto hubiera escuchado del siervo de Dios lo que había escuchado el diablo de labios del Señor: *Apártate, Satanás; eres para mí motivo de escándalo*[163]. *Está escrito: Al Señor, tu Dios, adorarás, y a Él sólo servirás*[164].

7. Pero incluso ahora deberá escuchar esto, ya que, tras mucho tiempo, han esparcido estos venenos que no dañarán fácilmente a un cristiano débil, sino sólo a aquel que no haya bebido antes, o al menos después, esta poción nuestra que ha sido extraída de la fe.

161. Cf. Hch 21, 10-13.
162. Hch 21, 13-14.
163. Mt 16, 23.
164. Mt 4, 10.

Tertuliano

LA HUIDA EN LA PERSECUCIÓN

LA HUIDA EN LA PERSECUCIÓN

CAPÍTULO I

1. Hace poco me preguntaste, hermano Fabio, si hay que huir o no en tiempos de persecución. Ignoro qué te han enseñado al respecto. Yo, en otra ocasión, dije algo sobre este tema, atendiendo a las circunstancias del lugar, del momento y de la rudeza de ciertas personas. Ahora he considerado la cuestión, ya tratada antes en parte, para retomarla más de lleno y por escrito, pues la pregunta no sólo la recomienda tu consulta, sino que también la urge con fuerza la actual situación. Pues en la medida en que se acercan persecuciones y se hacen más frecuentes, con tanta más razón se ha de procurar un examen sobre cómo debe acogerlas la fe. Pero debéis procurar por vuestra parte una reflexión, no sea que, por no acoger, como hasta ahora, al *Paráclito, portador de toda verdad*[1], os expongáis con mayor motivo a otros problemas.

2. Así pues, he puesto también orden en tu pregunta, advirtiendo antes la conveniencia de determinar la naturaleza de la persecución: si viene de Dios o del Diablo. Así cuando llegue, se podrá resistirla mejor. En efecto, es más sencillo investigar una realidad cuando se conoce a su autor. En realidad, bastaría con indicar que nada sucede al margen

1. Jn 16, 13.

de la voluntad de Dios; pero sin dar pie a disquisición alguna sobre esta afirmación, no sea que alguien pretenda distraernos de nuestro tema diciendo: «Entonces, como el mal y también el delito vienen de Dios, ya no hay mal ni delito en el Diablo, y tampoco en nosotros mismos»[2].

3. Al presente la cuestión es sobre la persecución: como he dicho, nada sucede sin la voluntad de Dios, pero hay que señalar, sobre todo, que la persecución es digna de Dios y, como afirmé en otra ocasión, necesaria para la aceptación o el rechazo de sus siervos. En efecto, ¿cuál es el fin de la persecución?, o ¿qué otro efecto tiene, sino la aprobación o rechazo de la fe, por la cual el Señor ha juzgado a los suyos?

4. Este juicio tiene por nombre persecución. Por su medio a uno lo juzgan admitido o rechazado; por otro lado, sólo a Dios le compete el juicio. La persecución es aquel bieldo[3], que al presente limpia la era del Señor, o sea, la Iglesia, echando al viento el confuso montón de los fieles y separando el trigo de los mártires y la paja de los que reniegan. Las persecuciones son las escalas con las que soñaba Jacob[4], y muestran que para unos son subida a lo más alto, y para otros descenso a lo más profundo.

5. La persecución puede ser entendida también como un combate. ¿Quién convoca a un combate, sino el que otorga la corona y los premios? El edicto que convoca al combate lo lees en el Apocalipsis[5]: con qué premios invita a la victoria, concedida ya a quienes de verdad vencieron en la persecución, a los que lucharon no contra la carne y la san-

2. Se trata de la repetida afirmación gnóstica de los herejes, al pretender afirmar cierto predeterminismo, y como consecuencia la falta de responsabilidad, en la naturaleza humana.

3. Cf. Mt 3, 12.

4. Cf. Gn 28, 12.

5. Cf. Ap 2, 7.10-11.17.26-28; 3, 5.12.21.

gre, sino contra los espíritus malignos[6]. Así reconocerás que el juicio del combate pertenece al mismo *agonoteta*, que invita al premio. Todo cuanto tiene lugar en la persecución es gloria de Dios: Él es quien prueba y reprueba, quien impone y depone. Por otro lado, lo que pertenece a la gloria de Dios, sin duda proviene de su voluntad. Mas, ¿cuándo se cree más en Dios? Cuando más se le teme, es decir, en tiempos de persecución

6. La Iglesia está alterada por el estupor y el temor; es en este momento de lucha cuando la fe es más solícita y disciplinada en ayunos y velas, en oraciones y en humildad, en diligencia y en amor, en santidad y en sobriedad: pues nada la distrae del temor y de la esperanza. Es una razón más que nos muestra que la persecución no se le puede imputar al Diablo, pues nos hace mejores siervos de Dios.

Capítulo II

1. Establecido que la iniquidad no proviene de Dios, sino del Diablo y que, sin embargo, la persecución es una iniquidad –¿hay algo más inicuo que el hecho de que los verdaderos sacerdotes de Dios, seguidores de la verdad, sean tratados como los mayores criminales?–, parece concluirse que la persecución proviene del Diablo, el autor de la iniquidad, causa de la persecución. Es cierto que no puede haber persecución sin la iniquidad del Diablo, ni prueba de la fe sin persecución; pero también es verdad que la iniquidad no auspicia la persecución que pone a prueba la fe; antes bien, le presta un servicio. Primero está la voluntad de Dios sobre la prueba de la fe, la razón de la persecución; y después está la iniquidad del Diablo, instrumento de la perse-

6. Cf. Ef 6, 12.

cución, razón de la prueba. Dicho de otro modo: en la medida en que la iniquidad se opone a la justicia, en esa misma medida la iniquidad es materia para el testimonio de la justicia, su rival. Así la justicia se perfecciona en la iniquidad, igual *que la virtud se perfecciona en la debilidad*[7]. Pues *lo débil del mundo fue elegido por Dios, para que lo fuerte sea confundido, y lo necio del mundo fue elegido para confusión de la sabiduría*[8]. Ése es el papel de la iniquidad: probar a la justicia, que confunde a la iniquidad.

2. Así pues, su función no consiste en decidir, sino en prestar un servicio. Dios permite la persecución para probar la fe, mientras que el Diablo dispone la persecución con la iniquidad. Por consiguiente, creemos que la persecución, en todo caso, viene a través del Diablo, pero no proviene de él. Nada le será lícito a Satanás en contra de los siervos del Dios vivo si Dios no lo permite. Con la persecución, Dios derrotará al Diablo con la fe de los elegidos, victoriosa en la tentación, o el Diablo arrastrará consigo a quienes se separaron de Dios.

3. Tienes el ejemplo de Job, a quien el Diablo no hubiera podido golpearle con ninguna tentación, si no se le hubiera dado poder de parte de Dios, ni hubiera tenido poder sobre sus bienes, si el Señor no hubiera dicho: *He aquí que pongo en tu mano todo lo suyo, pero no extiendas tu mano contra él*[9]. Y sólo la extendió, cuando, tras pedirle también esto, le dijo el Señor: *He aquí, que te lo entrego, pero respeta solamente su vida*[10].

4. También pidió la facultad de tentar a los apóstoles, pues no la tenía, y el Señor le concedió su permiso, pues le dice a Pedro: *He aquí que Satanás ha pedido cribaros como*

7. 2 Co 12, 9.
8. 1 Co 1, 27.
9. Jb 1, 12.
10. Jb 2, 6.

el trigo, pero yo he pedido por ti, para que tu fe no desfallezca[11]. Esto es, el Señor pidió que sólo se le permitiera al Diablo poner a prueba la fe. De este modo se manifiesta que las dos cosas están en manos de Dios: tanto la conmoción que recibe la fe, como su protección, ya que se le han pedido las dos, la conmoción, por el Diablo, y la protección, por el Hijo.

5. El Hijo de Dios tiene en su poder la protección de la fe, solicitada al Padre, de quien recibe toda potestad en el cielo y en la tierra. Entonces, ¿qué poder tiene el Diablo para zarandear la fe? Cuando en la oración dominical decimos al Padre: *no nos lleves a la tentación*[12] –¿qué mayor tentación que la persecución?– reconocemos que la persecución proviene de Aquel a quien pedimos la gracia. En efecto, así continua: *sino líbranos del Maligno*[13], es decir: no nos lleves a la tentación abandonándonos al Maligno. En conclusión, nos arrebatan de las manos del Diablo cuando no le somos entregados en la tentación.

6. La legión del Diablo tampoco tuvo poder sobre la piara de cerdos, si no lo hubiera implorado del Señor[14]: tiene el mismo poder que con las ovejas de Dios. Si puedo decir que los pelos de los cerdos fueron contados en esa ocasión por el Señor, con mayor motivo puedo afirmar que están contados los cabellos de los santos[15]. Si acaso, parece que el Diablo tiene ya su propio poder sobre aquellos que no pertenecen a Dios, una vez que las naciones han sido consideradas por Dios *como gota de un cubo, polvo de la era y saliva*[16]. Por esta razón están abandonadas, en cierto modo, a una posesión vacua por parte del Diablo.

11. Lc 22, 31-32.
12. Mt 6, 13.
13. Mt 6, 13.
14. Cf. Mt 8, 31-32.
15. Cf. Mt 10, 30.
16. Is 40, 15.

7. Por lo demás, nada le es lícito al Diablo por su propio poder contra los miembros de la familia de Dios. Cuando tiene permiso, los ejemplos consignados en las Escrituras explican los motivos: bien para probarlos, bien para castigarlos. Unas veces Dios le concede el derecho de tentar a quien quiere probar; y otras se lo da para tentar al que, de algún modo, le ha provocado: bien sea por estar reprobado, y entonces le es entregado el pecador a modo de castigo, como a un verdugo, como sucedió con Saúl –*y se retiró*, dice, *el Espíritu de Dios de Saúl, y le sacudía un espíritu maligno y le ahogaba*[17]–; bien para contener la soberbia, como explica el Apóstol, que se le dio a modo de aguijón un ángel de Satanás, que le abofeteaba[18]. Y afirma que no se le permite al Diablo esta especie de tormentos para humillar a los santos por la vejación de la carne, sino para que, al mismo tiempo, la virtud de la paciencia pueda perfeccionarse en la debilidad[19]. También el mismo Apóstol[20] entregó a Figelo y a Hermógenes a Satanás, para que se enmendaran, no para que blasfemaran. Ya ves que también el Diablo puede obtener poder sobre los siervos de Dios con más facilidad; pero carece de ese poder en propiedad.

Capítulo III

1. Estos ejemplos suceden más en épocas de persecución, pues es entonces cuando más se nos aprueba o rechaza, y cuando recibimos en mayor medida humillación o enmienda, ya porque Él lo permita o ya porque lo envíe. En consecuencia, es necesario que la persecución provenga, al menos en parte, de alguien, o sea, de Aquel que dice: *Yo*

17. 1 S 16, 14.
18. Cf. 2 Co 12, 7.
19. Cf. 2 Co 12, 9.
20. Cf. 2 Tm 1, 15; 1 Tm 1, 20.

soy quien hago la paz y creo la desgracia[21], es decir, la guerra; pues es la contraria de la paz. Pero, ¿cuál es la guerra contra nuestra paz, sino la persecución? Tanto si la persecución produce en grado máximo vida o muerte, plaga o curación, se debe al mismo autor: *Yo golpearé y sanaré, daré la vida y la muerte*[22]. *Los refinaré*, dice, *como se refina la plata*, y *los probaré como se prueba el oro*[23]. En efecto, cuando el ardor de la persecución nos abrasa, entonces recibimos la prueba de la calidad de nuestra fe.

2. Éstas serán las flechas incendiarias[24] del Diablo, que forjan y acrisolan la fe, pero por voluntad de Dios. Acerca de esto no sé quién puede dudar, a no ser que se tenga una fe totalmente ligera y fría, que tiene agarrados a los que entran a la Iglesia tímidamente. Pues decís: «Somos buscados por las naciones y tememos que las naciones se molesten, ya que nos reunimos sin permiso, venimos al mismo tiempo y en gran número acudimos a la Iglesia». ¿Es que no sabéis que Dios es el Señor de todas las cosas? Y si Dios quiere, entonces padecerás la persecución, y si no quiere, callarán las naciones. Cree de veras en ese Dios, *sin cuya voluntad ni siquiera cae al suelo un pájaro que vale un solo as*[25]. Considero que nosotros superamos *en mucho a los pájaros*[26].

Capítulo IV

1. Así pues, conocido de quién proviene la persecución, podemos ya introducir tu consulta y determinar, a partir de lo tratado antes, que no hay que huir en momentos de persecución. Pues si la persecución viene de Dios, de ningún

21. Is 45, 7.
22. Dt 32, 39.
23. Za 13, 9.
24. Cf. Ef 6, 16.
25. Mt 10, 29.
26. Mt 10, 31.

modo habrá que huir de lo que procede de Él; y esto, por una doble razón, pues no se debe impedir ni tampoco rehuir lo que proviene de Dios. No se debe impedir, porque es bueno: es preciso que sea bueno lo que así le ha parecido a Dios. ¿No está escrito así en el Génesis: *Y vio Dios que era bueno*[27]? Y no porque desconociera su bondad si no lo hubiera visto, sino para anunciar con estas palabras que es bueno lo que a Dios así le parece. Ciertamente hay muchas cosas que pueden venir de Dios y que pueden venir para mal de alguien. Pero precisamente por eso son buenas, porque vienen de Dios, como algo divino y racional. En efecto, ¿qué cosa divina hay que no sea racional?, ¿qué cosa racional hay que no sea buena?, ¿qué cosa buena que no sea divina? Pero si parece bueno al entendimiento de todos, no es el entendimiento del hombre el que juzga previamente la realidad de las cosas, sino que es ésta la que determina el juicio del entendimiento. En efecto, la realidad de las cosas es algo cierto y da a la inteligencia la norma de que hay que percibir la situación conforme es. Pero si en una circunstancia viene de Dios algo bueno –pues todo lo que viene de Dios es bueno, porque es divino, porque es racional–, pero al entendimiento le parece algo malo, la realidad será segura, pero el entendimiento estará equivocado. Así, por ejemplo, lo mejor es el pudor, la verdad y la justicia, que son desagradables para la mente de muchos.

2. ¿Acaso la verdad se atribuye al entendimiento? Así también la persecución es buena de suyo, porque es una disposición divina y racional, aunque desagrade a la inteligencia de aquellos para los que se les convierte en un mal, como cuando alguno es excluido de la salvación en momentos de persecución. Incluso en este caso, ese mal hay que considerarlo ante Dios como algo racional. Y cuando alguno, por

27. Gn 1, 10.

causa de la persecución obtiene la salvación, también hay que afirmar que aquel bien es conveniente a la razón. Si no, habría que sostener que, ante Dios, los hombres se salvan o se pierden irracionalmente, sin sentido. A los que se salvan no les podrás decir que la persecución es un mal, pues incluso en lo que tiene de malo es en parte un bien, ya que su causa es conforme a la razón.

3. Así, si la persecución es un cierto bien, pues se funda en la realidad, con razón definimos que no conviene evitar un bien, pues es un pecado rechazar un bien, y en este caso con mayor motivo, porque es el parecer de Dios. De hecho, ni siquiera se puede evitar, porque viene de Dios, de cuya voluntad no se podrá huir. Así pues, los que consideran que hay que huir, imputan un mal a Dios, si huyen de la persecución como algo malo –nadie evita el bien–; y los que piensan que pueden escapar se consideran más fuertes que Dios, cuando Él ha querido que suceda tal cosa.

Capítulo V

1. «Pero por lo que a mí respecta», dices, «huyo, para no perecer, por si reniego; es cosa de Él, si lo desea, volverme a traer ante la justicia aunque huya». Respóndeme primero a esto: si no huyes, ¿estás seguro de que le negarás, o no lo estás? Si estás seguro de que le negarás, le has negado ya, pues por la sospecha de que ibas a renegar, has abandonado aquello que habías presupuesto [que querías guardar: la fe, la fidelidad]. Por lo tanto, si huyes para no apostatar, huyes en vano, pues ya has renegado de hecho con la excusa de que podías apostatar. Pero si no estás seguro de que le negarás, tampoco lo estás de que le confesarás, considera también, para evitar huir, que puedes confesar tu fe e incluso salvarte. Al menos considéralo con la misma fuerza que cuando razonas que vas a negar y, por eso, te dispones a huir.

2. Ahora bien, el confesar y el negar, ¿depende de nosotros, o depende de Dios? Si está en nuestras manos, ¿por qué no suponemos lo mejor, esto es, que hemos de confesar? No quieres padecer, a no ser que quieras confesar; pero no querer confesar es apostatar. Sin embargo, si todo está en manos de Dios, ¿por qué no abandonamos todo a su libertad? Conocemos su fuerza y su poder, y que puede traernos ante la justicia tanto si huimos como si no huimos, y que puede, por el contrario, ocultarnos incluso aunque vivamos en medio del pueblo.

3. ¿Qué es eso de que darás gloria a Dios huyendo de Él, que puede hasta llevarte ante la justicia, incluso aunque te des a la fuga, y que sin embargo, para sobrevivir, le deshonres desconfiando de su capacidad de protección? Si dices: «Yo hago lo que está de mi parte; no me alejo; ¡si Dios quiere, me protegerá!». Esto es más propio de la constancia y de la confianza en Dios. Es más digno por nuestra parte quedarnos, bajo la voluntad de Dios, que huir bajo nuestra propia voluntad. El santísimo mártir Rutilio huyó muchas veces de la persecución yéndose de un sitio a otro e incluso, según pensaba, pudo salvarse del peligro con dinero. Después de toda la seguridad que se auguraba para sí, fue capturado por sorpresa y, tras ser entregado al gobernador, fue aniquilado con tormentos (creo que por castigo de su huida), y, arrojado después al fuego, la misericordia de Dios le restituyó la pasión que él había evitado. ¿Qué otra cosa quiso demostrarnos el Señor con este testimonio, sino que no hay que huir, pues de nada sirve la huida, si Dios no quiere?

Capítulo VI

1. Pero dice: «cumplió el precepto de huir de ciudad en ciudad». Así en efecto argumenta alguno, fugitivo él mismo,

y también quienes no quieren entender el sentido de aquella sentencia del Señor, de tal modo que la usan para ocultar su miedo, puesto que en su mano han estado sus personas, sus tiempos y sus necesidades. *Cuando comiencen a perseguiros*, dice, *huid de ciudad en ciudad*[28]. Sostenemos que esto se refiere propiamente a las personas de los apóstoles, su época y sus empresas. Los razonamientos que siguen probarán que se refieren sólo a los apóstoles: *No os dirijáis hacia los gentiles y no entréis a ciudad de samaritanos, sino id con preferencia a las ovejas perdidas de la casa de Israel*[29].

2. Pero nosotros tenemos abierto el camino de los gentiles, donde hemos sido encontrados y avanzaremos hasta el final; y no hay ninguna ciudad excluida, pues predicamos por todo el mundo. Además, la preocupación por Israel no se nos ha quitado, pero a la vez con el deber de predicar a todos los pueblos. Es más, si nos cogen, no nos conducirán a sus asambleas ni nos azotarán en sus sinagogas, sino que seremos arrojados a las autoridades y tribunales romanos.

3. Así pues, la condición de los apóstoles exigía el precepto de la fuga, ya que primero había que predicar a las ovejas perdidas de la casa de Israel. En consecuencia, convenía que se completara la predicación entre los primeros, para que los hijos comieran el pan antes que los perros[30]. Por esto les prescribió entonces que huyeran durante un tiempo, no para eludir el peligro de la persecución –por el contrario, predicaba que padecerían persecuciones[31] y les enseñaba que debían resistirlas– sino para que avanzara el anuncio y no fracasara la siembra del Evangelio, si eran apresados de inmediato.

28. Mt 10, 23.
29. Mt 10, 5ss.
30. Cf. Mt 16, 25.
31. Cf. Mc 10, 30.

4. En efecto, no tenían que huir de una ciudad a otra calladamente, sino partir para anunciar el Evangelio por todo el mundo y, por ello, sufrir persecución[32], hasta que cumplieran su enseñanza. Finalmente, dice: *No acabaréis las ciudades de Israel*[33]. Por tanto, el mandato de huir se circunscribía a los territorios de Judea. Pero nosotros, desde que se ha derramado el Espíritu Santo en toda carne[34], no tenemos limitación alguna de predicar sólo al territorio de Judea.

5. Así también Pablo y los apóstoles, recordando el precepto del Señor, dieron testimonio en Israel, al que ya habían llenado de su doctrina: *Convenía que se os entregara primero a vosotros la palabra de Dios, pero ya que la habéis rechazado y no os habéis considerado dignos de la vida eterna, he aquí que nos dirigimos a los gentiles*[35]. Y desde entonces, vueltos hacia los gentiles, como habían dispuesto sus antecesores, se dirigieron hacia ellos y entraron en las ciudades de los samaritanos, para que *en toda la tierra ciertamente sonara su clamor y hasta los límites del mundo sus palabras*[36].

6. En consecuencia, si cesó la exclusión del camino de los gentiles y la prohibición de entrar en las ciudades de los samaritanos, ¿por qué no cesó también el mandato de huir, dado al mismo tiempo? Además, desde que se completó Israel y los apóstoles pasaron a las naciones, no huyeron de ciudad en ciudad ni dudaron en padecer persecución. Y Pablo[37], que había permitido que lo libraran de la persecución descolgándolo por un muro, ya que hasta entonces era la época del mandato, él mismo, ya al final de su ministe-

32. Cf. Mt 10, 5ss.
33. Mt 10, 23.
34. Cf. Hch 2, 17.
35. Hch 13, 46.
36. Sal 18, 5.
37. Cf. Hch 9, 25.

rio y en la consumación del precepto, a pesar de que sus discípulos le rogaban con insistencia[38] que no se dirigiera a Jerusalén para padecer allí lo que había profetizado Ágabo, no cedió a su petición, sino que, por el contrario, dijo: *¿Por qué lloráis y turbáis mi corazón? Ciertamente, no sólo desearía padecer, sino incluso morir en Jerusalén por el nombre de mi Señor Jesucristo*[39]. Y así todos dijeron: *Que se haga la voluntad del Señor*[40]. ¿Cuál era la voluntad del Señor? La de no huir ya en tiempos de persecución. Y eso que los partidarios de que Pablo evitase la persecución, podían también haber expuesto la voluntad primera del Señor, en la que había mandado huir.

7. Así pues, como el precepto de huir fue temporal incluso en la época de los mismos apóstoles, no puede permanecer para nosotros lo que cesó de ser válido para nuestros maestros. Es cierto que a ellos no se les dijo que era temporal, y si el Señor quiso que permaneciese, lo abandonaron los apóstoles, que no se preocuparon de huir hasta el final de sus vidas.

Capítulo VII

1. Veamos ahora si también los demás mandatos del Señor son congruentes o no con el carácter permanente del precepto de huir. En primer lugar, si la persecución proviene de Dios, ¿por qué ordena que la rehuyan el mismo que la origina? Si quisiera que escapáramos de ella, con más razón no la enviaría, para que no pareciese que su voluntad es dificultada por otra distinta. Entonces, o bien quiere que suframos la persecución, o que huyamos de ella. Si quiere

38. Cf. Hch 21, 10-12.
39. Hch 21, 13.
40. Hch 21, 14.

que huyamos, ¿cómo vamos a sufrirla? Y si quiere que la suframos, ¿por qué huir? Y además, ¡qué desigualdad de pareceres del que ordena huir y del que invita al martirio contrario a la huida! *Quien se escandalizare de mí, también yo me escandalizaré de él ante mi Padre*[41]. Si evito el martirio, me escandalizo de confesar. *Felices los que sufran persecución por causa de mi nombre*[42]. En consecuencia, infelices los que no padezcan por huir del mandato. *El que persevere hasta el final, ése se salvará*[43].

2. Entonces, ¿cómo quieres que resista hasta el final ordenándome que huya? Tanta diversidad de opiniones no es congruente con la seriedad de Dios, y, como hemos mostrado, también el mandato de huir tiene su motivo.

«Pero el Señor», dice, «velando por la debilidad de algunos a causa de su humanidad, ha señalado, no obstante, también el puerto de la huida». ¡No! ¡No era digno de Él salvar con una protección tan vergonzosa, indigna y servil, a quienes sabía que eran débiles si no contaban con la posibilidad de huir en tiempos de persecución! Dios no halaga, sino que rechaza siempre a los apocados, y enseña que no hay que huir de los perseguidores, sino que no hay que tenerles miedo. *No temáis*, dice *a los que matan el cuerpo, pero no le pueden hacer nada al alma, sino temed al que puede hacer perder en la gehenna el cuerpo y el alma*[44]. Y a partir de ahí, ¿qué determina para los medrosos? *El que estime su vida más que a mí, no es digno de mí, y el que no toma su cruz y me sigue, no puede ser discípulo mío*[45]. Finalmente, el Apocalipsis no presenta a los medrosos la posibilidad de huir, sino que les ofrece una pequeña parte entre

41. Mt 10, 32.
42. Mt 5, 10ss.
43. Mt 10, 22.
44. Mt 10, 28.
45. Mt 10, 38; Lc 14, 26ss.

los demás réprobos en el estanque de azufre y fuego, que es la muerte segunda[46].

Capítulo VIII

1. También el Señor renuncia a la fuerza alguna vez, pero la razón es la misma por la que había ordenado a los apóstoles que huyeran, es decir, dar antes cumplimiento a su enseñanza: una vez acabada no sólo no permaneció, sino que ni siquiera deseó de parte del Padre el auxilio de los ejércitos de ángeles[47], habiendo censurado incluso la espada de Pedro. Ciertamente dijo que su alma estaba triste hasta la muerte y que su carne era débil[48], pero con el fin de mostrarte, por la ansiedad del alma y por la debilidad de la carne, primero que en él existían las dos sustancias[49] humanas –para que no interpretes que son distintas[50] la carne y el alma de Cristo, como algunos han manifestado ahora–, y después para que supieras, una vez demostrada su condición, que las dos nada pueden por sí mismas sin el Espíritu.

2. Y por eso dice en primer lugar: *El Espíritu está pronto*[51], para que mirando la condición de cada una de las dos substancias, entiendas que existe en ti a la vez la fortaleza del Espíritu y la debilidad de la carne; y a partir de aquí conozcas por fin el origen de tu obrar y a quién lo sometes: es decir, lo débil ha de someterse a lo fuerte, para que no

46. Cf. Ap 21, 8.

47. Cf, Mt 26, 52ss.

48. Cf. Mt 26, 48.

49. El término sustancia no hay que tomarlo en el sentido filosófico técnico. Más bien habría que traducirlo por «realidades humanas», o «elementos propios de la naturaleza humana».

50. «Distintas»: emplea este término para afirmar la unidad de la naturaleza humana de Cristo. Es decir, que el cuerpo y el espíritu en Cristo forman una unidad; no son dos entidades distintas.

51. Mt 26, 41.

te excuses por la debilidad de la carne, como haces ahora, ignorando la fortaleza que proviene del Espíritu.

3. El Señor también pidió del Padre que, si era posible, se apartara de Él el cáliz de la pasión[52]. Pídelo tú también, mas permaneciendo firme como Él, pidiéndolo solamente, y añadiendo lo siguiente: *Mas no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres*[53]. Pero si huyes, ¿cómo pedirás esto, concediéndote tú mismo el quitarte el cáliz, para que no se haga lo que quiere el Padre, sino lo que quieres tú?

Capítulo IX

1. Los apóstoles ciertamente enseñaron todas las cosas según Dios, y explicaron todos los contenidos del Evangelio. ¿Dónde me muestras que hayan restablecido el precepto de huir de ciudad en ciudad? Porque no hubieran podido establecer algo tan contrario a su ejemplo, y que mandaran huir, sobre todo cuando escribían a las iglesias desde las cárceles o islas, donde estaban retenidos por confesar el nombre de cristianos, no por huir de confesarlo. Ordena Pablo[54] que se sostenga a los débiles, no a los que huyen. ¿Cómo se sostendrá a los que no están? ¿Con la paciencia? Dice que se les sostenga, por si tropiezan por la debilidad de su fe. Así también dice que se consuele a los pusilánimes, no que se les mande huir[55].

2. Pero cuando advierte que no demos lugar al mal[56], no nos sugiere el consejo de huir, sino que enseña a moderar la ira; es más, si dice que hay que redimir el tiempo[57], por-

52. Cf. Mt 26, 39.
53. Mt 26, 39.
54. Cf. Rm 15, 1.
55. Cf. 1 Ts 5, 14.
56. Cf. Ef 4, 27.
57. Cf. Ef 5, 16.

que los días son malos, no quiere que ganemos tiempo de vivir por la huida, sino por el trato con la sabiduría. Además, el que nos manda que brillemos como hijos de la luz[58], no nos ordena que nos escondamos huyendo, como los hijos de las tinieblas. ¿Nos ordena que permanezcamos en pie, sin movernos –es decir, que no nos mueva la huida– y con la cintura ceñida para huir o para salir al encuentro del Evangelio? Lo demuestran las armas, que no serían necesarias para los que huyen. Entre ellas tenemos el escudo[59], para que podáis acabar con los dardos del diablo, resistiendo sin duda y recibiendo toda la fuerza de Él.

3. Juan enseña que *se debe exponer la vida en defensa de los hermanos*[60]; pues con más motivo por el Señor. Esto no lo pueden cumplir los que huyen. Además, recordando su Apocalipsis, en el que se había escuchado el final de los tímidos[61], aconseja según su modo de pensar que también hay que rechazar el temor: *El temor*, dice, *no está en el amor. Al contrario, el amor perfecto arroja fuera el temor, porque el temor tiene su castigo*[62] (esto es, el estanque de fuego); *por lo demás, quien teme, no es perfecto en el amor*[63] (de Dios, claro está).

4. Por otra parte, ¿quién huirá de la persecución sino el que tenga miedo? ¿Quién tendrá miedo, sino el que no ama? Pero si consultas al Espíritu de Dios, ¿qué prueba mayor que aquella palabra del Espíritu? Pues casi todos son exhortados al martirio, no a la huida, de modo que nos acordemos también de aquello: «Eres deshonrado», dice, «eso es bueno para ti; quien no es deshonrado ante los hombres es deshonrado ante el Señor. No te avergüences; la justicia te

58. Cf. Ef 5, 8.
59. Cf. Ef 6, 16.
60. 1 Jn 3, 16.
61. Cf. Ap 21, 8.
62. 1 Jn 4, 18.
63. *Ibid.*

lleva ante el público. ¿Por qué te avergüenzas llevando una alabanza? Hay poder, cuando atraes las miradas de los hombres». Así también dice en otro sitio: «No deseéis morir ni en los lechos, ni en los abortos, ni por fiebres suaves, sino en el martirio, de modo que sea glorificado el que sufrió por vosotros».

Capítulo X

1. Pero algunos, después de omitir las exhortaciones divinas, se adhieren a aquel versillo griego, propio de una opinión mundana: «El que huía, luchará otra vez». ¡Para huir acaso también otra vez! ¿Y cuándo vencerá el que ha sufrido la derrota por haber huido? ¡Menudo soldado ofrece a Cristo, su general, quien, estando tan bien armado por el Apóstol, deserta el día de la persecución después de oír su trompeta! También responderé yo algo que proviene del mundo: «¿Hasta tal punto es triste morir?»[64].

2. De cualquier modo que muera, siempre será o vencedor o vencido. Pues, aunque haya caído oponiéndose, sin embargo ha combatido con los tormentos. Prefiero tener que ser compadecido a tener que ser avergonzado. Es más hermoso un soldado perdido en la lucha que uno que se ha salvado por huir. Tienes miedo de un hombre, cristiano, tú, a quien deben temer los ángeles, pues has de juzgarlos[65]; tú, a quien deben temer los demonios, pues has recibido en verdad poder sobre ellos[66]; tú, que debes ser temido por todo el mundo, pues el mundo es juzgado en ti[67]. Estás revestido de Cristo[68], pues has sido bautizado en Cristo, tú, que

64. Virgilio, *Eneida* XII, 646.
65. Cf. 1 Co 6, 3.
66. Cf. Mt 10, 8; Mc 16, 17.
67. Cf. 1 Co 6, 2.
68. Cf. Ga 3, 27.

huyes del Diablo. Has despreciado a Cristo, que está en ti; te has vuelto fugitivo en compañía del Diablo.

3. Al huir del Señor le reprochas, junto con los que huyen de Él, la vanidad de su consejo. También había huido del Señor cierto profeta intrépido, había pasado desde Joppe a Tarsis[69], como si cruzara el mar huyendo de Dios, pero lo encontró no en el mar o en tierra, sino en el vientre de un animal[70], dentro del cual estuvo durante tres días, y ni siquiera así pudo escapar de Dios. Con mayor razón no escapará el que no huye del enemigo de Dios, aunque tenga miedo, sino que lo rechaza confiando en la protección de Dios. Ni tampoco escapará quien teme mucho a Dios y, permaneciendo bajo su mirada, dice: «El Señor existe, y es poderoso. Todo le pertenece; donde estuviere, estoy en sus manos; que haga lo que quiera, no huyo y, si quiere, que yo muera, que Él mismo me pierda, mientras que yo me guardo para Él. Prefiero afrentarle pereciendo por su voluntad, antes que provocar su cólera huyendo por mi voluntad».

Capítulo XI

1. Conviene que todo siervo de Dios, incluso el de menor importancia, sienta y haga todas estas cosas para que pueda ser más importante, subiendo algún grado por la paciencia en momento de persecución. Pero si los propios administradores, es decir, los mismos diáconos, presbíteros y obispos, huyen, ¿cómo podrá entender un laico por qué razón se dijo: *Huid de una ciudad a otra*[71]? Así pues, cuando los jefes huyen, ¿quién de entre el rebaño soportará que

69. Cf. Jon 1, 3.
70. Cf. Jon 2, 1.
71. Mt 10, 23.

le aconsejen quedarse en la línea de combate? En verdad, el buen pastor da su vida por sus ovejas[72], como dice Moisés cuando aún no se había manifestado Cristo el Señor, pero ya figurado en él: *Si pierdes a este pueblo*, dice, *piérdeme junto con él*[73].

2. Por lo demás, habiendo confirmado Cristo lo que eran figuras suyas, es un mal pastor el que huye tras ver al lobo, y abandona sus ovejas de modo que las arrebaten[74]. Un pastor así será arrojado de la finca, se le retendrá la paga de su encargo como compensación, y, más aún, se le exigirá restituir su sueldo anterior por el daño sufrido por su señor. Pues *al que tiene se le dará; pero al que no tiene, se le quitará incluso aquello que parece tener*[75]. Así amenaza Zacarías: *Sal, espada, contra los pastores, arrebatadles las ovejas, y pondré mi mano contra los pastores*[76]. Contra ellos hablan Ezequiel[77] y Jeremías[78] con las mismas amenazas, diciendo que no sólo se alimentan malvadamente de las ovejas, apacentándose más bien a sí mismos, sino que incluso dispersan al rebaño y lo hacen presa de todas las bestias del campo, ya que no tienen pastor. Esto sucede en mayor medida cuando la Iglesia es abandonada por el clero en la persecución. Si alguien reconoce al Espíritu, escuchará que señala a los fugitivos.

3. Además, si no conviene, es más, si no es lícito que huyan los que están al frente del rebaño cuando irrumpen los lobos –lo condenó el que dijo que un pastor tal es malvado; y todo lo que ha sido condenado, ha sido considerado ilícito sin duda alguna– tampoco será oportuno que los que presiden la Iglesia huyan en momentos de persecución. En todo caso, si la grey debiera huir, entonces no debería

72. Cf. Jn 10, 11.
73. Cf. Ex 32, 32. La cita no es literal.
74. Cf. Jn 10, 12.
75. Lc 8, 18; Mt 13, 12.
76. Za 13, 7.
77. Cf. Ez 34, 2ss.
78. Cf. Jr 23, 1ss.

quedarse el pastor, pues estaría sin motivo al cuidado del rebaño, un cuidado que el rebaño no desearía, evidentemente, pues tiene permiso para escapar.

Capítulo XII

1. En lo que afecta a tu problema, hermano, tienes la respuesta y exhortación de lo que opinamos. Además, a la pregunta de si hay que escapar de la persecución, también es preciso que mire atentamente a la siguiente cuestión: si se puede pagar un rescate para librarse, puesto que no hay que huir de ella. Te añadiré una sugerencia sobre esto, precisando que acerca de la persecución, que no debe ser rehuida, como consta, tampoco debe pagarse para librarse de ella. La diferencia está en el precio: así como la huida es una liberación gratuita, del mismo modo la liberación por el dinero es una huida; y también es consecuencia de esta cobardía. Compras lo que temes, por consiguiente huyes. Has resistido con tus pies, pero has corrido con tu dinero. Has escapado de lo mismo que resististe, comprándolo.

2. ¡Qué cosa tan indigna para Dios y su designio es que tú rescates con dinero a un hombre, a quien Cristo ha rescatado con su sangre! El que *no perdonó a su Hijo*[79] por ti, de modo que le hizo *maldición en beneficio nuestro*[80]; porque *es maldito el que cuelga de un madero*[81], y fue conducido como oveja al matadero y, como un cordero ante el esquilador, no abrió la boca[82], y puso su espalda a los azotes, y su rostro a las bofetadas, y no apartó su cara de los que le escupían[83], y fue considerado entre los malhechores, y en-

79. Rm 8, 32.
80. Ga 3, 13.
81. *Ibid.*; cf. Dt 21, 23.
82. Cf. Is 53, 7.
83. Cf. Is 50, 6.

tregado a la muerte, y *muerte de cruz*[84]. ¡Todo esto, para rescatarnos del pecado! El sol se apagó el día de nuestra redención[85]. Nuestra emancipación está en los infiernos, y nuestra promesa está en el cielo. Se levantaron las puertas eternas, para que entrara el Rey de la gloria, el Señor todopoderoso[86] después de comprar el ser humano a la tierra, mejor dicho, a los infiernos, para los Cielos.

3. ¿Quién hay, pues, que se resista contra Él, es más, que desprecie su favor, comprado a un precio tan grande, con la preciosísima sangre del Cordero inmaculado[87]? En consecuencia, es mejor huir que hacerse más malvado; y no tanto por lo que le cueste al hombre, sino por cuanto costó a Dios. El Señor lo liberó de los ángeles que dominaban el mundo[88], de las potestades, de los espíritus malignos, de las tinieblas de este mundo, del juicio eterno, de la muerte perpetua; pero tú por contra, pactas con el delator, o con el militar, o con algún ladronzuelo, vestido de juez bajo su túnica y sus pliegues, como dicen; pactas a escondidas, tú, a quien Cristo compró ante todo el mundo, es más, ¡hasta te dio la libertad! Entonces, ¿le considerarás libre por el precio, y le poseerás por el mismo precio que le costó al Señor, es decir, por su sangre? ¿Para qué, pues, rescatas a Cristo de un hombre en el que está Cristo?

4. No de otro modo intentó obrar Simón cuando ofreció dinero a los apóstoles a cambio del Espíritu de Cristo[89]. En consecuencia, que oiga también ese que, comprándose a sí mismo, compró el Espíritu de Cristo: *Sea tu dinero, contigo, para la perdición, porque pensaste que podías conseguir la gracia de Dios con dinero*[90]. ¿Quién no despreciará a tal

84. Flp 2, 8.
85. Cf. Mt 27, 45.
86. Cf. Sal 23, 7.
87. Cf. 1 P 1, 19.
88. Cf. Ef 6, 12.
89. Cf. Hch 8, 18.
90. Hch 8, 20.

renegado? En efecto, ¿qué le dice el que le presiona? «Dame dinero». Para que no lo entregue, ciertamente, y eso suponiendo que no negocia otra cosa que lo pactado. Das dinero porque no quieres que te entreguen a la justicia. Pero como no te han entregado, tampoco querías que te expusieran públicamente. Por tanto, al no querer que te pongan en manos de la justicia y no desear que te entreguen, precisamente por eso, has negado ser aquello por lo que no querías que te condenaran. «Ciertamente no», dices, «pues precisamente por no querer ser expuesto, he confesado que soy aquello por lo que no quiero que me entreguen a la justicia, o sea, cristiano».

5. Así pues, ¿eres capaz de reivindicar que te has mostrado consecuentemente como un mártir? Al comprar a Cristo, no lo has mostrado. Si acaso, has confesado ante uno; e incluso sólo por eso has renegado, no queriendo confesar ante muchos. El mismo hecho de salvarse indicará que un hombre, al evadirse, se ha perdido. En consecuencia, se ha perdido el que prefirió huir: rechazar el martirio es también ser un renegado. El cristiano se ha salvado por el dinero, y éste es el valor de sus monedas: no padecer; por lo tanto será rico en contra de Dios: pero Cristo fue rico con su sangre derramada por él. *Felices, en efecto, los pobres, porque de ellos*, dice, *es el reino de los cielos*[91], porque ellos tienen sólo su vida como posesión.

6. Si no podemos servir a Dios y al dinero[92], ¿seremos rescatados por Dios o por el dinero? ¿Quién será el mayor servidor del dinero, sino el que ha comprado su libertad con dinero? Por último, ¿qué ejemplo de la tradición utilizarás para justificar la compra de tu rescate? Los apóstoles, sacudidos por persecuciones, ¿cuándo se libraron mediante di-

91. Mt 5, 3.

92. Cf. Mt 6, 24.

nero? Y no porque éste no les faltara, pues tenían a sus pies los precios de la venta de campos[93], y había muchos creyentes ricos, varones y mujeres, que incluso les suministraban ayuda. ¿Cuándo Onesíforo o Aquila o Estéfanas[94] les ayudaron de este modo en la persecución? El procurador Félix esperó recibir dinero de los discípulos a cambio de Pablo[95], y de esto trataba con el mismo Apóstol en secreto; pero ni Pablo dio dinero, ni tampoco sus discípulos. Éstos, llorando porque persistía en dirigirse a Jerusalén y en no guardarse de la persecuciones que le habían predicho que padecería allí, dijeron finalmente: *Que se haga la voluntad de Dios*[96]. ¿Cuál era esa voluntad? Padecer por el nombre de Dios, y no que le rescataran con dinero.

7. Pues así como Cristo perdió su vida por nosotros[97], así también conviene que lo hagamos nosotros por Él, y no sólo por Él, sino también por nuestros hermanos, por causa de Cristo. Esto lo dijo Juan enseñando que no hay que pagar un rescate por nuestros hermanos, sino más bien morir por ellos. No importa que no debas rescatar o comprar a algún cristiano.

8. Y hasta ese punto es así la voluntad de Dios: contempla la situación de reinos y estados dispuesta efectivamente por Dios, en cuya mano está el corazón del rey[98]: examinan tantos remedios cada día para aumentar el erario, censos, impuestos, contribuciones, tributos, y nunca hasta ahora se ha esperado de los cristianos una cosa tal con motivo de liberar a alguna persona o para reducir nuestra doctrina, pudiéndose sacar una gran cosecha de una multitud tan grande que no

93. Cf. Hch 4, 34ss.
94. Cf. 2 Tm 1, 16; Rm 16, 3ss.; 1 Co 16, 15ss.
95. Cf. Hch 21, 12ss.
96. Hch 21, 14.
97. Cf. 1 Jn 3, 16.
98. Cf. Pr 21, 1.

es desconocida para nadie. Comprados con sangre, pagados con sangre, no debemos ninguna moneda por nuestras cabezas, porque nuestra Cabeza es Cristo[99]. No está bien que Cristo valga dinero. Las muertes por martirio, ¿cómo podrían ser para la gloria de Dios, si comprásemos con un tributo el permiso para nuestra doctrina? Así pues, quien pacta ese permiso con dinero, se opone a la voluntad divina.

9. Puesto que el César no ha señalado que seamos una doctrina sometida a contribución, antes al contrario; y puesto que ni siquiera podría mandar nunca tal cosa, en este momento en que el Anticristo está presente[100] y ansía la sangre de los cristianos, no sus riquezas, ¿qué sentido tiene la Escritura *dad al César lo que es del César*[101]? El soldado me golpea en calidad de delator o de enemigo, sin exigirme nada para el César; más bien hace lo contrario cuando deja marchar a un cristiano, reo de leyes humanas, a cambio de un favor económico. El denario que debo al César es otro, que le pertenece, y del cual se trataba entonces, es decir, el del tributo que se reclamaba a los sujetos a éste, no el que le debían los exentos de él.

10. ¿O, cómo le daré a Dios lo que es de Dios[102]? Le daré su moneda y su imagen inscrita con su nombre, es decir: el hombre cristiano. Pero, así como le debo el denario al César, ¿qué es lo que le debo a Dios, sino la sangre que por mí derramó su propio Hijo? Si a Dios le debo mi ser hombre y mi sangre, y ahora estoy en el tiempo oportuno para que me reclamen lo que le debo a Dios, en verdad engaño a Dios haciendo eso para no pagar lo que debo. ¡Qué bien he observado el precepto dándole al César lo que es del César, pero negándole a Dios lo que es de Dios!

99. Cf. Ef 5, 23.
100. Cf. 1 Jn 2, 18.
101. Mt 22, 21.
102. Cf. Mt 22, 21.

Capítulo XIII

1. Yo daré dinero a todo el que me pida[103], pero no por los golpes, sino como limosna. «Al que me pida», dice. Pero el que golpea no pide. El que amenaza por si no recibiera, no pide, sino que obtiene por la fuerza. No espera limosna el que viene, no para que le compadezcan, sino para que le teman. Mi limosna se deberá a mi misericordia, no a mi cobardía, cuando el que la recibe honra a Dios, y me da la bendición; pero no lo será cuando quien la recibe cree que se ha mostrado incluso más beneficiado, y contemplando su botín dice: «Por tu crimen». Entonces, «¿me enfadaré contra mi enemigo?». Las enemistades tienen otros títulos, y no se habla del que nos entrega, del que nos persigue o nos golpea. ¡Cuánto más amontonaré carbones sobre su cabeza[104], si no compro mi libertad! «Pero dice: *al que te reclamare la túnica, dale también el manto*»[105]. Mas eso le corresponde al que busca quitarme alguna cosa, no la fe. Al que no me amenace con entregarme, le daré hasta el manto; pero si me ha amenazado, le reclamaré hasta la túnica.

2. Todas las palabras del Señor tienen sus causas y sus reglas de interpretación; no se refieren ni a algo indefinido, ni a todas las cosas. Y cuando ordena que se le dé a todo el que pide, Él mismo, cuando le piden una señal, no se la da[106]. Y si consideras que hay que dar a todos indistintamente, me parece que vas a darle, no digo ya vino a uno que tenga fiebre, sino incluso veneno o una espada al que desea la muerte. *Haceos amigos con las riquezas*[107]: la parábola anterior te puede enseñar cómo hay que enten-

103. Cf. Lc 6, 30.
104. Cf. Rm 12, 20.
105. Mt 5, 40.
106. Cf. Mt 16, 4.
107. Lc 16, 9.

derlo. Está dicha al pueblo judío: como administró mal la ley que Dios le encomendó, debía, por medio de las riquezas, considerar a los hombres –es decir, a nosotros– más como amigos que como enemigos, y librarnos de las culpas de los pecados, que nos apartaban de Dios. Esto lo lograrían siempre que nos lo dieran movidos por la ley de Dios. Así, habiendo empezado a faltarles la gracia [divina], hubieran sido recibidos en las moradas eternas al refugiarse en nuestra fe. Considera ahora otra interpretación de la frase y de su sentido, para que te des cuenta de que no es verosímil que nos reciban en las moradas eternas después de hacer amigos por medio del dinero a aquellos que nos golpean.

3. Pero ¡de qué no podrá convencer la cobardía! Como si lo consignado en la Sagrada Escritura permitiera huir y ordenara comprar la libertad. En fin, ¡poca cosa es, si tanto el que golpea como el que cobra un tributo es destruido! Impusieron globalmente, en beneficio suyo, un tributo a toda la Iglesia. No sé si hay que dolerse o avergonzarse, cuando los «impuestos» de los cristianos se contienen en los libros de registro de los soldados y los inspectores provinciales beneficiados por un favor: allí figuran también los tenderos, los porteros, los ladrones de baños, los jugadores y los alcahuetes. ¿Establecieron previsoramente los apóstoles este proceder para el episcopado, de modo que pudieran gozar seguros de su reino, con el pretexto de procurarse la salvación? ¡Está claro: Cristo, cuando volvía al Padre[108], ordenó que compraran tal tipo de paz a los soldados en las Saturnales![109].

108. Cf. Jn 14, 27ss.

109. Tertuliano acentúa irónicamente lo absurdo de la situación: es como si Cristo dijese que debían comprar la paz a los que iban vestidos de soldados en tiempos de carnaval (las fiestas Saturnales).

Capítulo XIV

1. «¿Pero cómo nos reuniremos?», dices. «¿Cómo celebraremos las fiestas solemnes del Señor?». Protegidos por la fe, como hicieron los apóstoles, no por dinero; la fe, que si puede mover una montaña[110], mucho más puede mover a un soldado. Sé prudente no por pagar, sino por la sabiduría. Pues aunque te libres por dinero de la vigilancia de los soldados, eso no te protege precisamente del pueblo. Necesitas, por tanto, la fe y la sabiduría para tu protección; si no las tienes puedes perder tu redención; si te sirves de ellas, también puedes desear la redención.

Por último, si mientras tanto no te puedes reunir de día, tienes la noche, iluminada con la brillante luz de Cristo[111]. ¿No puedes ir de un lado a otro por cada grupo? Donde hay tres reunidos, ahí tienes la Iglesia[112]. Es mejor que a veces no veas a tus multitudes a que las comprometas.

2. Consérvale a Cristo una esposa virgen[113]; que nadie haga negocio a su costa. Estas cosas quizá te parecen, hermano, duras e insoportables, pero reflexiona que Dios ha dicho: *El que entiende, entienda*[114]; es decir: «El que no lo entiende, que se vaya». El que tiene miedo de sufrir, no puede pertenecer al que sufrió. Pero el que no tiene miedo de sufrir, ése será perfecto en el amor[115], sobre todo en el amor de Dios, pues el amor perfecto arroja fuera al temor. Y por esto *son muchos los llamados y pocos los elegidos*[116]. No se busca a quien esté dispuesto a recorrer un camino ancho, sino al preparado para marchar por un camino estrecho[117].

110. Cf. 1 Co 13, 2.
111. Cf. Ef 5, 14.
112. Cf. Mt 18, 20.
113. Cf. Ef 5, 27.
114. Mt 19, 12.
115. Cf. 1 Jn 4, 18.
116. Mt 22, 14.
117. Cf. Mt 7, 13ss.

3. Y por esto es necesario el Paráclito, el que nos conduce a todas las verdades[118], el que exhorta a tolerar todo. Los que lo han recibido, no saben huir de la persecución, ni comprar la libertad. Porque tienen a Aquel que estará para defendernos, y lo mismo que ha de hablar en el interrogatorio[119], así también les ayudará en los tormentos.

118. Cf. Jn 16, 13.

119. Cf. Mt 10, 19ss.

ÍNDICES

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis
1, 10: 156.
3, 15: 115.
4, 3-8: 122.
28, 12: 150.

Éxodo
3, 17: 104.
20, 2ss.: 105.
20, 22: 105.
22: 109.
32, 32: 168.

Levítico
19, 4: 107.
25, 55: 108.
26, 1: 108.

Números
25, 1ss.: 109.

Deuteronomio
6, 4ss.: 105.
11, 16-17: 105.
10, 20: 105.
11, 27ss.: 106.
12, 2ss.: 106.
12, 30: 106.
13, 1ss.: 106.
13, 6ss.: 107.
13, 15ss.: 107.
21, 23: 169.
27, 15: 107.
32, 39: 155.

Jueces
2, 8.13: 110.
2, 16ss.: 110.
2, 20ss.: 110.

1 Samuel
16, 14: 154.
18, 12ss.: 122.

1 Reyes
19ss.: 122.
19, 4: 91.

Job
1, 12: 152.
2, 6: 152.

Salmos
11, 7: 104.
18, 5: 160.
23, 7: 170.
24, 7: 130.
31, 1ss.: 118.
99, 13: 103.
105, 5: 121.
115, 4ss.: 108.
135, 15ss.: 108.

Proverbios
1, 20: 119.
9, 2: 119.
10, 12: 118.
21, 1: 172.

Sabiduría
3, 8: 91.

Isaías
1, 18: 139.
5, 20: 104.
40, 15: 129, 153.
44, 5: 119.
45, 7: 155.
50, 6: 169.
53, 7: 169.
57, 1: 121.

Jeremías
23, 1ss.: 168.

Baruc
6, 3ss.: 122.

Ezequiel
33, 11: 103.
34, 2ss.: 168.

Daniel
3: 122.
3, 16: 123.
6: 123.

Amós
9, 6: 130.

Jonás
1, 3: 167.
2, 1: 167.

Zacarías
13, 7: 168.
13, 9: 155.
13, 19: 120.

Mateo
3, 12: 150.
4, 10: 145.
5, 3: 171.
5, 10ss.: 124, 162.
5, 40: 174.
6, 13: 153.
6, 21: 92.
6, 24: 171.
7, 12: 129.
7, 13ss.: 176.
8, 31-32: 153.
10, 5ss.: 159s.
10, 8: 166.
10, 16-18: 125.
10, 19ss.: 134, 177.
10, 21: 125.
10, 22: 125, 132s., 162.
10, 23: 159s., 167.
10, 24: 125.
10, 25: 125.
10, 28: 126, 162.
10, 29: 126, 155.
10, 30: 126, 153.
10, 31: 126, 155.
10, 32ss.: 126, 129, 162.
10, 33: 127.
10, 34: 133.
10, 35-36: 133.
10, 38: 162.
10, 39: 134.
13, 3ss.: 134.
13, 12: 168.
14: 122.
14, 13: 129.
16, 4: 174.
16, 19: 131.

16, 23: 145.
16, 25: 159.
17, 1ss.: 92.
17, 2: 136.
18, 20: 176.
19, 12: 176.
20, 20ss.: 138.
22, 11-12: 118.
22, 14: 176.
22, 21: 143, 173.
23, 35: 122.
24, 13: 132.
25, 1-13: 118.
25, 36: 134.
26, 39: 164.
26, 41: 89, 94, 163.
26, 48: 163.
26, 52ss.: 163.
27, 45: 170.

Marcos
8, 38: 128.
9, 1ss.: 92.
10, 30: 159.
14, 38: 89, 94.
16, 17: 166.

Lucas
6, 23: 124.
6, 30: 174.
6, 31: 129.
8, 18: 168.
9, 28ss.: 92.
12, 8: 129.
14, 26ss.: 134, 162.
15, 4-7: 118.
16, 9: 174.
18, 7: 134.
22, 31-32: 153.

Juan
10, 11: 168.
10, 12: 168.
14, 2: 117.
14, 27ss.: 175.
16, 13: 149, 177.
21, 18-19: 144.

Hechos
2, 17: 160.
4: 144.
4, 34ss.: 172.
5, 18ss.: 144.
5, 40: 131, 144.
7, 58ss.: 139, 144.
8, 1ss.: 144.
8, 18: 170.
8, 20: 170.
9, 3-7: 136.
9, 22ss.: 144.
9, 25: 160.
12, 2: 144.
13, 46: 160.
14, 5: 144.
19, 28ss.: 144.
19, 35-40: 144.
21, 10-13: 145, 161, 172.
21, 14: 145, 161, 172.
22, 5-16: 136.
24-26: 144.
25, 11-12: 144.
25, 23-32: 144.
26, 10-18: 136.

Romanos
4, 25: 120.
5, 3ss.: 140.
5, 11: 140.
8, 17-18: 140.
8, 32: 120, 169.
8, 35-39: 140.
11, 1: 139.
11, 34-35: 120.
12, 20: 174.

13, 1ss.: 143.
13, 3-4: 143.
13, 7: 143.
15, 1: 164.
16, 3ss.: 172.

1 Corintios
1, 27: 152.
6, 2: 91, 166.
6, 3: 166.
9, 25: 93.
13, 2: 176.
15, 41: 117.
16, 15ss.: 172.

2 Corintios
4, 8-10: 141.
4, 16-18: 141.
11, 23ss.: 140.
12, 2: 136.
12, 7: 154.
12, 9: 152, 154.
12, 10: 141.

Gálatas
1, 12-17: 136.
3, 13: 169.
3, 27: 166.

Efesios
4, 27: 164.
4, 30: 89.
5, 2: 91.
5, 8: 165.
5, 14: 176.
5, 16: 164.
5, 23: 173.
5, 27: 176.
6, 12: 151, 170.
6, 16: 155, 165.

Filipenses
1, 29-30: 141.
2, 8: 170.
2, 17-18: 141.
3, 5: 139.
3, 20: 93.

1 Tesalonicenses
5, 14: 164.

2 Tesalonicenses
1, 3-4: 140.
1, 4-8: 141.

1 Timoteo
1, 20: 154.
6, 12: 93.

2 Timoteo
1, 7: 142.
1, 8: 142.
1, 15: 154.
1, 16: 172.
2, 11-13: 142.
4, 6-8: 142.

1 Pedro
1, 19: 170.
2, 13: 143.
2, 20ss.: 137.
4, 8: 118.
4, 12ss.: 137.

2 Pedro
1, 16ss.: 92.

1 Juan
2, 18: 173.
2, 20: 93.
3, 16: 165, 172.

4, 8: 139.
4, 18: 137, 165, 176.
16, 13: 149.

Apocalipsis
2, 3: 138.
2, 7: 150.
2, 10-11: 138, 150.
2, 12ss.: 138.
2, 17: 138, 150.
2, 26-28: 138, 150.
3, 5: 138, 150.
3, 7ss.: 138.
3, 12: 138, 150.
3, 21: 138, 150.
6, 9-11: 138.
7, 14: 139.
21, 8: 139, 163, 165.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Aarón: 109.
Abascantes: 128.
Acinetos: 128.
África: 115.
Ágabo: 145, 161.
alma/s: 90, 92s., 95, 102, 105-107, 114, 117s., 126, 128, 131, 137-139, 141, 162s.
altar/es: 95, 106, 121s., 138.
amor: 118, 137, 139s., 142s., 145, 151, 165, 176.
Amós: 130.
anatema: 103, 106s.
ángel/es: 117, 122, 137, 154, 163, 166, 170.
Anticristo: 139, 173.
Antiguo Testamento: 123.
Antipas: 138.
Apocalipsis: 137, 150, 162, 165.
Apóstol (Pablo), 93, 102, 120, 139, 145, 154, 166, 172.
apóstoles: 124s., 131, 143s., 152, 159-161, 163s., 170s., 175s.
Aquila: 172.
Arato: 129.
Ariadna: 129.
Asdrúbal: 95.
Astarté: 110.
autoridad/es: 105, 143, 159.
azotes: 104, 131, 140, 144, 169.
Baal: 110.
Babilonia: 139.
bautismo: 118, 139.
Beelfegor: 109.
Benjamín: 139.
bestia/s: 94-96, 102, 104, 132, 168.
bienaventurada/o/s: 89, 91-94, 96, 104, 118, 121, 124, 137s., 141.
bondad: 92, 104s., 112, 156.
buena/o/s: 89, 92, 112-114, 119, 131, 143, 156, 165.

camino/s: 92, 106, 120, 130, 159s., 176.
cárcel/es: 89-94, 104, 132, 134, 137, 144, 164.
Cardea: 130.
carne: 89, 91s., 94, 103, 114, 132, 139, 141, 150, 154, 160, 163s.
Cartago: 95, 116.
castigo: 121, 137, 139, 143, 154, 158, 165.
Cefeas: 129.
César: 143s., 173.
cielo/s: 92, 105, 124, 126, 128-133, 153, 170s.
Cinocéfalo: 104.

ciudad/es: 97, 107, 116, 158-160, 164, 167.
Cleopatra: 95.
combate: 93s., 112s., 115-118, 121, 138, 141s., 150s., 168.
confesión (de la fe), 103, 121, 126-133, 137, 145, 157s., 162, 164, 171.
confesor: 123s.
confianza: 119, 123, 138, 158.
consecuencia: 114, 121, 126, 132-134, 142s., 150, 154, 159s., 162, 169-171.
consejo: 107, 145, 164, 167.
constancia: 110, 117, 119, 158.
corazón/es: 90, 92, 105s., 109, 121s., 145, 161, 172.
Cordero: 139, 170.
corona: 93, 115s., 138, 142, 150.
corrupción: 135s.
crimen: 111, 114, 116, 119, 174.
cristiana/o/s: 91s., 102-104, 123s., 126-128, 130-132, 134, 136s., 145, 164, 171-173, 175.
Cristo: 103, 120, 124, 126-131, 134, 136s., 140-142, 145, 163, 166-173, 175s.
crueldad/es: 96, 113-115, 119.
cruz: 94, 96s., 102, 144, 162, 170.
cuerpo/s: 91-93, 95, 97, 101, 103, 111, 113, 116-118, 126, 128, 131s., 137, 141, 162s.
culto: 108, 122s.

Daniel: 123.
Darío: 123.
David: 108, 118, 121s., 130.
débil/es: 89, 94, 102s., 145, 152, 162-164.
debilidad: 152, 154, 162-164.
delator: 170, 173.
delito: 115, 118, 150.
Demiurgo: 128.
Deuteronomio: 105.
día/s: 91, 96, 127, 138, 140-142, 165-167, 170, 172, 175s.
Diablo: 89, 115, 131, 137, 145, 149-155, 165, 167.
Diana: 120.
Dido: 95.
digna/o: 115s., 123, 129, 134, 150, 158, 162.
dignidad: 97, 131, 140.
dinero: 158, 169-176.
Dios: 90-93, 96s., 102-115, 117-124, 126s., 134, 137-140, 142s., 145, 149-158, 160-162, 164s., 167, 169-176.
disciplina: 93, 108, 124.
discípulo/s: 92, 124-126, 136, 145, 161s., 172.
doctrina: 111, 124, 160, 172s.
dolor/es: 101, 113s., 116.

Egipto: 104s., 107-109.
Elías: 122.
Empédocles: 94.
enemigo/s: 95, 97, 110, 112, 115, 133, 167, 173-175.
enseñanza: 144, 160, 163.
Erígona: 129.
escorpión/es: 99, 101-103, 111, 119, 135.
Escritura/s Sagrada/s: 129, 133, 135s., 154, 173, 175.
espada/s: 94s., 97, 104, 109, 114, 133, 139s., 143s., 163, 168, 174.
espectáculo/s: 91, 116-118.
esperanza: 117, 130, 140s., 151.
espíritu (humano), 89-92, 94, 103, 109, 142, 144, 151, 154, 163, 170.

Espíritu (Santo), 89, 93, 122, 124, 134, 137, 154, 160, 163-165, 168, 170.
Esteban: 144.
Estéfanas: 172.
Etna: 95.
Evangelio/s: 105, 159s., 164s.
Éxodo: 105.
Ezequiel: 168.

Fabio: 149.
fama: 94, 96, 116.
familia: 89, 117, 154.
fe (ver confesión), 91, 102s., 115, 117s., 120-124, 127s., 130, 134s., 139, 142, 144s., 149-153, 155, 157, 164, 174-176.
Félix: 172.
fidelidad: 92, 121, 157.
fiel/es: 89, 138, 142, 150.
Figelo: 154.
Filadelfia: 138.
Fórculo: 130.
fortaleza: 94, 123, 163s.
fruto: 91, 113s., 121.
fuego: 94, 96, 106s., 109, 120, 123, 126, 139, 158, 163, 165.
fuerza: 111, 141, 149, 157s., 163, 165, 174.
fuga: 158s.
fugitivo/s: 158, 167s.

gehenna: 126, 134, 137, 162.
Génesis: 156.
gentiles: 108-110, 144, 159s.
gloria: 92-96, 115-117, 119, 126, 130, 136-141, 151, 158, 170, 173.
gracia/s: 91, 113s., 117, 119, 136, 153, 170, 175.
guerra: 90, 92, 101, 110, 155.

Hechos de los Apóstoles: 144.
Heráclito: 94.
hereje/s: 102-105, 128, 131, 133, 136, 144, 150.
hermano/s: 91, 102, 106, 122, 125, 131, 133s., 137, 149, 165, 169, 172, 176.
Hermógenes: 154.
hija:/o/s: 95, 106s., 109, 119, 124s., 131, 133, 138, 140, 159, 165.
Hijo (de Dios), 120, 153, 169, 173.
hombre/s: 90, 92, 94, 96s., 102s., 107, 109, 113-118, 121, 124-126, 128-133, 135, 141, 143, 145, 156s., 165s., 169s., 173, 175.
huida/o: 158, 162, 165-167, 169.

idolatría: 109-111, 113, 122, 142.
ídolo/s: 106-110, 123.
Iglesia: 89-91, 102, 131, 137-139, 150s., 155, 168, 175s.
imagen/es: 91, 106, 108s., 116, 122s., 136, 173.
inteligencia: 119s., 123, 156.
ira: 107, 109, 110, 164.
Isaías: 119, 121s., 139.
Israel: 105, 107-111, 119, 159s.

Jacob: 119, 139, 150.
Jeremías: 122, 168.
Jerusalén: 138, 144s., 161, 172.
Jesucristo: 93, 140, 142, 145, 161.
Jesús Nave: 109s.
Job: 152.
Joppe: 167.
Juan (apóstol), 136s., 165, 172.
Judea: 160.
judíos: 131, 140, 144, 174.

juez/ces: 91, 110, 116s., 170.
juicio/s: 90, 111, 118, 140, 143, 150s., 156, 170.
Júpiter: 121.
justicia: 108, 117, 121, 124, 129, 143, 152, 156-158, 165, 171.

lacedemonios: 95.
Lacio: 121.
Levítico: 107.
ley/es: 105, 108, 114, 122-125, 173-175.
libertad: 92, 117, 158, 170s., 174s., 177.
libro: 105, 109, 130, 138.
Limentino: 130.
Lucrecia: 94.
lucha: 94, 113, 118, 151, 166.

Madre: 89, 119.
Maestro (divino), 125s.
maestros (humanos), 136, 144, 161.
maligno/s: 114, 151, 153s., 170.
mandamientos: 106, 111.
mandato/s: 106, 121, 123, 132, 160-162.
mártir/es: 89- 91, 102, 118s., 138s., 150, 158, 171.
martirio/s: 102, 104s., 109, 111-113, 115, 117s., 120-124, 134, 136, 139, 141-145, 162, 165s., 171, 173.
Mercurio: 120.
miedo: 95, 113, 143, 159, 162, 165-167, 176.
misericordia: 158, 174.
Moab: 109.
Moisés: 108s., 168.
Mucio: 94.
muerte/s: 95, 97, 102s., 107, 113-115, 117, 121, 125, 130, 132-134, 138, 140s., 155, 163, 170, 173s.
muerto/s: 97, 103, 112, 115, 119, 122, 124, 126, 132, 138, 142.
mujer/es: 94s., 107, 109, 172.
mundo: 90-93, 96, 103, 108, 115s., 118, 132s., 152, 159s., 166, 170.

nación/es: 109s., 153, 155, 160.
Nerón: 144.
Nicandro: 101.
Nombre (divino), 103, 105, 125, 127, 132, 135, 137s., 145.
nombre (humano), 92, 101, 103, 108, 112, 115, 119, 124s., 129, 131, 138, 141, 144, 150, 161s., 164, 172s.

Onesíforo: 172.
oración/es: 151, 153.
Orión: 132.

Pablo (ver Apóstol), 136, 139, 144s., 160s., 164, 172.
paciencia: 138-140, 142, 154, 164, 167.
padecimiento/s: 96, 123, 126, 142.
padre/s: 90, 95, 106s., 110, 124s., 131, 133, 143.
Padre (Dios), 117, 126, 128s., 131, 153, 162-164, 175.
paganos: 91, 102, 116, 120, 131.
palabra/s: 92, 104, 106, 108s., 112, 115, 119s., 127, 134-136, 139, 142, 144, 156, 160, 165, 174.
parábola/s: 134, 174.
Paráclito (Espíritu), 149, 176.
pariente/s: 95, 109, 131, 135.
paz: 90, 92, 133, 155, 175.

pecado/s: 118, 157, 170, 175.
pecador: 103, 154.
Pedro: 131, 136, 143s., 152, 163.
peligro/s: 101, 114, 116, 124, 136, 140, 158s.
Pérgamo: 138.
Perseas: 129.
persecución/es: 91, 102, 104, 124s., 127, 131-134, 139, 141, 149-162, 165-169, 171s., 177.
picadura: 102s., 135.
piedras: 108, 122, 144.
plata: 105, 108, 120, 122, 155.
Ponto: 136.
potestad/es: 102, 117, 128, 130-132, 135, 138, 142, 153, 170.
precepto/s: 108, 110s., 123s., 131, 158-161, 164, 173.
precio: 118, 169s.
premio: 91, 93, 96, 116, 121, 141, 151.
Pródico: 145.
profeta/s: 91, 106, 108, 122, 124, 167.
protección: 101s., 153, 158, 162, 167, 176.
pueblo/s: 89, 105-107, 109-110, 122, 125, 158s., 168, 174, 176.

rebaño: 167-169.
redención: 170, 176.
Régulo: 95.
religión/es: 116, 121s., 130.
remedio/s: 101, 113, 115, 118, 172.
Rey (divino), 130, 170.
rey/es: 110, 123, 125s., 128, 131, 143s., 172.
Roma: 144, 175.
romana/o/s: 95, 110, 120, 130, 140, 142, 144, 159.
Rutilio: 158.

Sabiduría (divina), 119s.
sabiduría (humana), 119, 142, 152, 165, 176.
Salomón: 119.
salvación: 94, 96, 103s., 114s., 118, 145, 156s., 175.
sangre: 103, 114, 116, 118, 121s., 138s., 144, 151, 169-171, 173.
Santiago: 136, 144.
Satanás: 138, 145, 152, 154.
Saturnales: 175.
Saturno: 120, 175.
Saúl: 154.
Señor (Dios), 89, 91, 94, 104-108, 110, 114s., 120, 124-131, 133-138, 140, 142, 145, 150, 152s., 155, 158-165, 167s., 170, 174s.
Septentrión: 132.
servicio: 143, 151s.
Setim: 109.
siervo/s: 107, 125s., 134, 145, 150-152, 154, 167.
Simón (Mago), 170.
sinagogas: 125, 131, 159.
Sofía: 119s.
soldado/s: 92, 112, 166, 173, 175s.
sufrimientos: 96, 134, 137, 140, 145.

Tarsis: 167.
Teletos: 128.
temor: 96, 102, 122, 131, 137, 139, 142, 151, 165, 176.
tentación: 137, 152s.
tesalonicenses: 139, 141.
testimonio/s: 111, 121, 125, 129, 142, 152, 158, 160.
tiempo/s: 97, 115, 120, 140, 145, 149, 151, 154s., 159-162, 164s., 173.

tierra/s: 101, 105-108, 126, 128, 130-133, 145, 153, 160, 167, 170.
Timoteo: 142.
tinieblas: 90s., 104, 165, 170.
tormento/s: 94-96, 114, 117, 120, 132, 154, 158, 166, 177.
transgresión: 109, 111, 114s., 121.
tribulación/es: 139-141.
tribunal/es: 93, 134, 144, 159.

Valentín: 128, 145.
valentinianos: 102.
vanidad: 96, 103, 167.
vencedor/es: 138, 140, 166.
veneno/s: 101, 103, 115, 145, 174.
victoria: 93, 116s., 120, 138, 150.
vida/s: 91, 93, 103s., 113-115, 117-120, 128s., 134, 137s., 140, 143-145, 152, 155, 160-162, 165, 168, 171s.
violencia: 93, 101, 111, 116, 121, 127, 144.
virtud/es: 93, 115, 140, 142, 152, 154.
voluntad: 94-96, 105, 111s., 121, 124, 126, 145, 150s., 155, 157s., 161, 167, 172s.

Zacarías: 122, 168.
Zebedeo: 138.
Zodíaco: 132.

ÍNDICE GENERAL

PRESENTACIÓN 5

INTRODUCCIÓN 7
I. TERTULIANO 7
II. EL ÁFRICA PROCONSULAR CRISTIANA 15
III. EL MONTANISMO 26
1. Fuentes para la historia del montanismo 27
Documentos reunidos por Eusebio de Cesarea 27
Obras de Tertuliano 27
Otros autores del siglo III 28
Documentos posteriores 28
2. La nueva profecía 29
3. La supervivencia del montanismo 35
IV. TERTULIANO, MONTANISTA 36
V. LA CONFESIÓN DE FE Y EL MARTIRIO 56
1. Los términos *martyr* y *confessor* en Tertuliano 56
2. La causa «externa» de la persecución. Paganos y judíos 62
3. Tertuliano y los adversarios del martirio 65
VI. EL TRATADO *AD MARTYRAS* 67
1. Fecha y ocasión 67
2. Contenido 68
VII. EL *SCORPIACE* 70
1. Fecha y ocasión 70
2. Estructura y contenido 72
VIII. EL TRATADO *DE FUGA IN PERSECUTIONE* 77
1. Fecha y ocasión 77
2. El *De fuga in persecutione*, obra montanista 77
3. Estructura de la obra 79

BIBLIOGRAFÍA 83

A LOS MÁRTIRES. Texto 89

EL ESCORPIÓN. Texto 101

LA HUIDA EN LA PERSECUCIÓN. Texto 149

ÍNDICE BÍBLICO 181
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 187

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente sociocultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.